

ALFREDO VALLEJO DE MIGUEL



**EN SORIA
LAS ALDEAS SE MUEREN:
LA VENTOSA DE FUENTEPINILLA**

COLECCIÓN: PAISAJES, LUGARES Y GENTES

EN SORIA
LAS ALDEAS SE MUEREN
LA VENTOSA DE FUENTEPINILLA



ALFREDO VALLEJO DE MIGUEL

EN SORIA LAS ALDEAS SE MUEREN:
LA VENTOSA DE FUENTEPINILLA

© Excma. Diputación Provincial de Soria
Alfredo Vallejo de Miguel

EDITA: Excma. Diputación Provincial

MAQUETA E IMPRIME: Imprenta Provincial de Soria

I.S.B.N.: 84-96695-38-7

Depósito legal: SO-143/2009

Queda prohibida, sin la autorización escrita del autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

A Jesús de Miguel y a José Antón, sin cuyo amor por La Ventosa este libro nunca hubiera salido a la luz.

A todos los hijos de La Ventosa y de las aldeas sorianas, ejemplo de grandeza y reciedumbre, como testimonio de respeto y de admiración.

El Autor: Alfredo Vallejo de Miguel

“Las ruinas son llanto, pero también son advertencia”



“Nada se detiene ni puede detenerse; hasta la muerte es un eslabón de la vida”

ÍNDICE

	Página
Prólogo	11
PRIMERA PARTE: Vida, costumbres y cultura.	
Capítulo 1: Muerte y origen de las aldeas sorianas	
La muerte de las aldeas	19
La Iglesia y el origen de las aldeas sorianas	22
A la torre de las campanas	25
Capítulo 2: Acontecimientos históricos de La Ventosa	
Hechos históricos.....	29
La Guerra Civil.....	29
La francesada	33
La luz eléctrica	35
Las tierras de La Romana.....	37
La torre y el olmo de la iglesia.....	39
Capítulo 3: Poemas y canciones	
Albada	43
Cantares de ronda.....	46
El tuerto Catachán	48
El “punchacico”	49
Costumbres.....	50
Las bodas en La Ventosa	52
Cantar al Cristo.....	53
Capítulo 4: Instituciones, fundamento de la vida social	
La iglesia.....	59
Cofradía de La Vera Cruz.....	61
Cofradía de San Fabián y Sebastián.....	63
Entrada de Vecino	63
La escuela de La Ventosa.....	65
La fragua	70
Los mozos	71
El sacristán.....	75
El vaquero.....	76
Los monaguillos	79
Capítulo 5: Juegos y entretenimientos. El vestido	
Buscar nidos.....	85
Juegos	88
El vestido.....	94
Capítulo 6: Lugares más significativos	
Llenaron ya tus hijos	99
El cementerio	100
El molino.....	102
El riego y el molinero.....	105
La fuente	106
Las eras.....	110
Las eras de La Ventosa	111
La dehesa.....	112

	Página
El Altozano.....	114
Añoranzas del Atozano	115
Las viñas	116
Capítulo 7: Personajes curiosos	
El cedacero y la coción del pan	121
El latero	123
La Perrera.....	125
Pobres y componedores	127
Un médico que estaba como una cabra	130
Un mentiroso de antología	132
Los gitanos.....	135
SEGUNDA PARTE: “Los trabajos y los días”	
Capítulo 8: Trabajos y ovejas	
Los pastores.....	141
El esquilo	151
Los pastores. Epílogo.....	154
Capítulo 9: <i>Trabajos de agricultura</i>	
El arado romano.....	157
El arado de la tierra.....	159
Abonar	163
Escardar. Hacer río.....	164
“Hacer arroyo”	165
Sembrar	166
La siega y sus útiles	167
El acarreo y el carro.....	170
La trilla.....	175
Abeldar.....	177
Meter paja.....	180
Subir el grano	182
Llevar el trigo a Quintana	184
Capítulo 10: <i>Otros trabajos</i>	
Las “cenderas”	189
La cocina	192
La matanza	194
Cocer el pan.....	196
La caza.....	199
La pesca	202
Capítulo 11: <i>Algunas palabras muertas de La Ventosa</i>	
Introducción	209
Palabras que he oído.....	210
Los que venían de fuera.....	216
Parajes del término.....	218
Sendas y caminos	221
EPÍLOGO	222
ADDENDA:	
Las fotos que figuran en las páginas 79 (superior), 80 (idem.), 81, 84, 82 (superior), 84, 106, 107, 115, 133 (superior), 135, 137, 223, 228, 237, 244, 246, 249, 264, 288 289, fueron realizadas por Jesús de Miguel.	

Prólogo

Miguel de Unamuno consagró el término “intrahistoria” para referirse a esa historia que no es la de relumbrón, la superficial de los reinados, gobiernos, batallas o llamativos acontecimientos, sino esa otra mucho más profunda, más auténtica y mucho más influyente en el devenir de los pueblos.

Esa historia interna, intrahistoria, que es la vida cotidiana y real de aquellos que precisamente no tienen historia. La de todas esas gentes anónimas que generación tras generación con sus trabajos y sus días van haciendo pueblo, van haciendo tradición tomando de sus padres el testigo vital que luego transmitirán a sus hijos. Tradición que ha pervivido hasta el presente, pero que si no es rescatada y fijada en letra impresa como en este libro, pronto habitará el mundo de los silencios y el olvido.

Vida cotidiana, anónima, con sus afanes y sus protagonistas sin nombre son la sustancia de esa historia profunda y verdadera, auténtica, base sólida en la que se fundamenta el presente y que el pueblo la va forjando con su devenir a través del tiempo y que en ese transcurrir constante asienta el futuro.

Historia del pueblo, intrahistoria, que se va forjando desde la noche de los tiempos. Anónima, sin rostro, sin estridencias, fluyendo como las aguas de un río. Unas veces serenas, otras agitadas y turbulentas, pero siempre en orden de sucesión infinita, como diría Antonio Machado “Todo pasa y todo queda / pero lo nuestro es pasar, / pasar haciendo caminos / caminos sobre la mar”. Historia vivida, protagonizada según las soberanas leyes de la Naturaleza, con cambios casi imperceptibles, a lo largo de siglos, y aún de milenios hasta épocas más bien recientes.

Pero un día, ese discurrir secular intrahistórico se rompió. Aquellas formas de vida, aquellos saberes, aquellas ilusiones y aquellas apetencias que habían colmado las necesidades de generaciones y generaciones ya no sirvieron. Las formas de vida de nuestros pueblos, que habían protagonizado su intrahistoria durante tanto tiempo de forma casi invariable, se verían radicalmente alteradas y muchas de sus gentes, sobre todo los más

jóvenes, hubieron de abandonar sus pueblos y aldeas e ir a otros lugares, extraños para ellos para seguir siendo protagonistas silenciosos y anónimos de la eterna intrahistoria. Tuvieron que dejar su pueblo y con él todo lo que hasta entonces había sido las formas de vida de sus antepasados. Los pueblos, nuestros pueblos, se fueron quedando solos y en muchos casos abandonados, testigos mudos del pasado, depositarios de melancolías y habitados de olvido. Tumbas de siglos y siglos de vida, de cultura, de trabajo, de amor y odio, de sufrimientos, de dichas y desdichas. Formas de vida, intrahistoria, que al no estar escritas se olvidarían para siempre.

Y así hubiera sido en el caso de La Ventosa de Fuentepinilla si algunos de sus hijos no hubieran rescatado su intrahistoria del reino del olvido.

Su autor, Alfredo Vallejo de Miguel, como podrá ver el lector, ha escrito una crónica completa de lo que fue la vida en el pueblo de nuestros antepasados. Desde su origen, pasando por sus instituciones, personajes y tradiciones, cantares, decires, lugares y palabras. En la segunda parte del libro, "Los trabajos y los días" se centra en darnos a conocer los trabajos en el campo según el transcurrir de las estaciones del año para dar paso a continuación a esos otros trabajos domésticos como cocer el pan, hacer la matanza o hilar la lana.

Me consta que Alfredo Vallejo ha escrito este libro motivado por múltiples y profundas razones, alguna de las cuales irá descubriendo el lector a través de su lectura. No obstante, yo quisiera destacar su amor al pueblo de sus antepasados y el aprecio que profesa a sus gentes, y también es fruto este libro de sus reflexiones a cerca de la vida y de una escala de valores muy de acuerdo con el encanto y la grandeza de las cosas sencillas que, para él, son las más importantes porque como para Miguel de Unamuno son las que van haciendo intrahistoria.

En esta completa relación de lo que fue la vida de La Ventosa de Fuentepinilla, el autor ha contado con la colaboración inestimable de dos tíos nuestros: José Antón y Jesús de Miguel que desgraciadamente no podrán leer este libro.

José era la memoria y la sabiduría de la vida vivida en su pueblo, que consciente de que un capítulo intrahistórico de La Ventosa de Fuentepinilla se cerraba para siempre con la mecanización del campo y con la emigración a las ciudades, fue tomando notas, coleccionando aperos de

labranza y utensilios variados, recopilando tradiciones, decires, canciones y palabras para rescatarlas del olvido.

Jesús de Miguel, como tantos jóvenes, tuvo que emigrar de su pueblo a la ciudad, a Madrid, lo que hizo que la lejanía y la añoranza aumentara aún más el amor a su pueblo y a sus gentes. Fruto de ese sentir es el testimonio gráfico que nos ha dejado en sus magníficas fotografías de personas, cosas y acontecimientos que, al igual que José, nos las ha transmitido gracias a su fina sensibilidad y al afecto que siempre sintió por su pueblo.

Pero además de estos testimonios tan valiosos, Alfredo Vallejo ha contado con las vivencias y los recuerdos de su niñez transcurridos en el pueblo y en la casa de nuestros abuelos. Recuerdos y vivencias que dan frescura y espontaneidad al relato.

Alfredo Vallejo nace precisamente en La Ventosa de Fuentepinilla durante la siega de 1941. Su infancia transcurre en el pueblo que le vio nacer y en otros varios dada la condición de funcionario de nuestro padre. Como tantas familias sorianas, nuestros padres querían que sus hijos fueran más que ellos y ser más que ellos no era tener más dinero, sino tener más cultura, por lo que el autor de este libro estudia primero en el Seminario de El Burgo de Osma y luego Magisterio en Soria. Más tarde, como tantos sorianos, se traslada de maestro a Barcelona donde se matricula en su Universidad. Accede a la Cátedra de Lengua y Literatura Latinas y ejerce como profesor en varios institutos, entre los que están el de Almazán, donde desempeña la función de director y en el I.E.S. "Castilla" de Soria.

Por su dedicación a la enseñanza y profesionalidad, se le concede el premio Nacional Francisco Giner de los Ríos. Ha sido colaborador en la prensa soriana con numerosos artículos y ensayos. Sus aficiones, aparte de la docencia, son la lectura, la Naturaleza y la apicultura.

Este libro, precisamente, es el fruto de su formación y de su escala de valores. Alfredo es pueblo, se siente pueblo, se siente Naturaleza y es un trasmisor de conocimientos. En el caso de este libro nos transmite la intrahistoria del pueblo de sus antepasados rescatándola del olvido.

Esther Vallejo de Miguel

PRIMERA PARTE

Donde se cuenta el origen de las aldeas sorianas, sus costumbres, su vida, sus peculiaridades culturales, personajes curiosos, anécdotas; hechos históricos que guardaron en su memoria gozos y miserias y cantares.

Y todo desde la aldea de **La Ventosa de Fuentepinilla**.



Capítulo 1

Cómo mueren las aldeas.-Aquí se cuenta cómo se han muerto las aldeas de Soria después de muchos siglos de arropar a sus gentes; también se dan noticias sobre su nacimiento en tiempos ya lejanos.

- La muerte de las aldeas sorianas.
- El origen de las aldeas sorianas. La Iglesia.
- “Sólo belleza”. *A la torre de las campanas.*

LA MUERTE DE LAS ALDEAS

Hemos asistido a finales del siglo XX y principios del XXI a un hecho sociohistórico de incalculable alcance: **La muerte de la aldea.**

Pocas veces antes una generación ha asistido en el transcurso de unos pocos lustros a unos cambios tan drásticos en todos los terrenos de la cultura y de la sensibilidad. Hemos viajado desde la más profunda Edad Media a una Posmodernidad desconcertante en un viaje de vértigo.

La generación nacida en el segundo tercio del siglo pasado ha sido testigo y partícipe de unos cambios sobrecogedores que la han superado ampliamente. Todo esto ha determinado una forma de ser, una añoranza a flor de piel y un **sentirse a la intemperie.**

Se han ido perdiendo los soportes existenciales de una religión y de unas mitologías que daban sentido a la vida. Se ha dejado atrás una austeridad en las costumbres que había desterrado de estas **tierras de Soria** tanto al Hambre como al Despilfarro. Unas nuevas morales han desbancado a la conducta estricta de antaño, tanto a nivel social como individual.

Y el soporte sociológico del campo soriano, **la aldea se ha muerto.**

La muerte de las aldeas va de la mano de un proceso de modernización que se desencadena en el mundo occidental con fuerza a partir de la Segunda Guerra Mundial. En España, un poco más tarde; a partir de los años cincuenta



o sesenta. Aunque el punto de partida sería la Guerra Civil. Oí decir a un viejo que participó en esta contienda: “A partir de la Guerra todo empezó a cambiar, todo ha sido distinto”.

Los avances tecnológicos se van a plasmar en una nueva economía y en unas formas nuevas de trabajo; la creciente industrialización trasegó a la gente del campo a la ciudad. Este desarraigo brusco llevó consigo un cambio de costumbres, de fes, de sensibilidades, de esperanzas. El hombre que abandonaba el campo se llevó la vida tras de sí; apenas dejaba allá, en el pueblo añorado, un cementerio donde descansar más tarde, unos padres viejos y desconcertados y muchos recuerdos entrañables, pero que pertenecían a un pasado sin retorno.

Y al morir las aldeas han dejado además de nostalgias, un acervo histórico y antropológico de incalculable valor y significación; una estética que ya es documento y unos recuerdos que no deben perderse.

He tenido la suerte de conocer muy de cerca a un hombre excepcional, **cronista de la vida de una aldea, y de la muerte de una aldea, LA VENTOSA DE FUENTEPINILLA**. Una aldea como cualquier otra, en que ya no queda apenas nadie. Sólo tractores y hectáreas, y herbicidas, y abonos, y sequías, y negocio, y contaminación.

José, durante varios años hasta el mismo día de su muerte, me ha ido contando historias y datos, anécdotas y tradiciones que a no ser por él hubieran desaparecido para siempre. Habría sido una pérdida irreparable. En este libro he pretendido contar la vida y la muerte de una realidad vigente durante bastantes siglos y que se nos ha muerto entre las manos, como se mueren los niños.

José era un hombre de una memoria y de una lucidez increíbles; conocía datos de fechas muy anteriores a él mismo y que decía haberlas oído de niño a viejos o a viejas; era un hombre cabal, digno de toda confianza documental. Este libro es su obra, en su honor se hace.



Recientemente han muerto en La Ventosa dos hijos del pueblo que la amaron hasta el exceso y que con su muerte termina de morir La Ventosa:

Jesús de Miguel, escritor y periodista, fotógrafo y “labriego”.

Marín de Diago, coleccionista de Vírgenes del Pilar, donador de fortunas a la iglesia de La Ventosa, el primero en descansar en el cementerio nuevo; añorador de un pasado que siempre amó.

A Jesús y a Marín, que han muerto en el pueblo que tanto amaron, recuerdo y honor.

Por último este documento es una labor de equipo de hombres y mujeres de La Ventosa que han colaborado con información y con su trabajo a veces; han animado siempre y sin ellos nunca se habría hecho.

LA IGLESIA Y EL ORIGEN DE LAS ALDEAS SORIANAS

Si usted recorre la tierra desolada que hoy son los campos de Soria, le llamará la atención que en todas las aldeas y poblados **la iglesia se yergue vigilante** sobre casas y corrales, semejante a una “clueca” que estuviese vigilando a sus polluelos.

Alrededor de la iglesia se estructuraron estas comunidades y de ella dependió la vida y la evolución de estas poblaciones sencillas e importantes a la vez.



La iglesia de La Ventosa y el tronco seco del antiguo “olmo de la iglesia”.

La **implantación de aldeas** juntamente con la **fundación de monasterios** fueron los dos grandes sistemas de ocupación y repoblación de los territorios vacíos por parte de los reyes y condes cristianos que iban expulsando a los árabes hacia el sur en **La Reconquista**.

Los reyes y obispos fijaban poblaciones de colonos en territorios desiertos, erigiendo una iglesia cada cinco kilómetros más o menos. Alrededor de este centro sagrado, jurídicamente sancionado por la autoridad, se asentaban gentes venidas sobre todo del norte de Castilla, León, Cordillera Cantábrica... Así nacieron nuestras aldeas.

Al amparo de la iglesia y en derredor se iba formando el poblado de labradores y pastores, que recibían tierras de cultivo y pasto y condición jurídica de lugar habitado, sancionándose las propiedades y normas establecidas.

La figura del sacerdote que regía aquella iglesia representaba inicialmente a la autoridad, los aldeanos a su vez aportaban a la autoridad dos servicios fundamentales:

Ocupaban el territorio, con todo lo que ello llevaba consigo.

Pagaban tributos en dinero y hombres para la guerra.

Estas comunidades emergentes se cimentaron en la iglesia; organizaron su vida y su muerte al amparo de registros eclesiales; de campanarios y cementerios; de pilas bautismales, de clérigos cercanos (algunas veces ilustrados, otras no tanto).



Ábside de la iglesia de La Ventosa

Las campanas decían el amanecer y el mediodía; el crepúsculo en el toque de oraciones. Cantaban a nacimiento y a muerte. Llamaban a la comunidad a “cenderas”, a fuego, a guerra, a peligro, a regocijo, a dicha y a desdicha; a tormenta, a la venida del obispo o del conde; a lo que fuera... a soltar el ganado, a concejo.

Estas aldeas se rigieron por unas normas-costumbre muy bien estructuradas que a lo largo del tiempo fueron evolucionando lentamente para adaptarse a la evolución social y económica de la comunidad. **Lo religioso permaneció como eje axial**, no evolucionando apenas.

La aldea era un mundo cerrado, siempre en ella se desconfió de las “soluciones” venidas de fuera. El pragmatismo y la eficacia de sus cimientos basados en la cotidianidad bien organizada hacían a estos aldeanos **reacios a buscar aventuras**.

La iglesia daba sentido y daba remedio además de algo fundamental y necesario para organizar a los hombres, **identidad frente a terceros**.

En la iglesia se aprendían las patrias, se aprendía:

A ser cristiano (la gran patria)

A ser castellano (la patria)

A ser de La Ventosa, de La Seca, de Fuentelárbol... (la patria chica).

Así la iglesia fue el centro de gravedad de las aldeas; hoy aún, cuando las aldeas se mueren y se han quedado sin gente, la silueta de la iglesia se yergue solitaria y recia, callada, aglutinando a los pocos que no se han marchado o se han muerto. Y cuando en verano los hijos de La Ventosa vienen y celebran sus raíces, lo hacen en su iglesia. En su fiesta de encuentro honran a sus santos y a su virgen; hacen sonar las campanas, acuden a misa. Vuelven a ser ellos mismos durante unas pocas horas apenas, pero ellos mismos, de La Ventosa; como son, como fueron de generación en generación. En derredor de la iglesia de sus padres.

La celebración de estos ritos de identidad se perderá pronto; las aldeas se están muriendo “a chorro”. Cuando muera la última generación que nació en las aldeas morirá del todo ya la aldea.

Los hijos de los últimos aldeanos no se identifican con un mundo que ya no es el suyo, que desconocen y que ya no les interesa. Que **no tiene sentido para ellos**.

¡Qué lejos queda ya la iglesia de los hombres!



La iglesia de La Ventosa, vista aérea

A LA TORRE DE LAS CAMPANAS DE LA VENTOSA

*¿Es tu mirada,
Permanente y sola,
Mirada de doncella
O calavera?*

*Tus ojos huecos
Lo penetran todo para nada.
¿Has visto tantos mares
De aguas violeta
En medio de esta tierra de sequías!*

*Mares de lágrimas sin gota,
De madres que enterrarán
A sus hijos
Traídos de la guerra.*

*De madres jardineras
De rosas incipientes.
De madres paridoras de mil hijos
Y manos vacías en el halda.*

*Ojos sin llanto,
Corazón endurecido,
Donde apenas anidan
Palomas y vencejos.*

*Ya no queda nadie
Para poder mirar
O ser mirado
A tu través vacío.*

*Campanas en tus cuencas
Sin badajo;
Cabezas de campana **carcomidas**
De tiempo.*



Óleo del Pintor de La Ventosa, Jesús de Miguel

*Cabezas que tiritan
Al viento violeta
Del vacío.*

*El olmo centenario,
Que apoyaba
Tu silueta sola,
Sola te dejó
En manos de los vientos presurosos
Que todo lo consumen.*

*Campanario
De piedra y soledad,
Humilde torre hoy,
Ayer grandiosa,
Los tordos ya no anidan tus entrañas;
Ya no hay tordos,
Ni vencejos, ni hombres.
Tan sólo unos muertos floreciendo,
Dormidos y callados a tus pies.*

*Torre de la iglesia,
Pétreo mole campanera,
Sola,
De La Ventosa muerta.*

*Campanario
Con campanas y sin sonos.
Campanario solo.*



Capítulo 2

Aquí encontrarás algunos acontecimientos históricos que conmocionaron la tranquila vida de La Ventosa y que conformaron su realidad.

- Introducción
- La Guerra Civil
- La Guerra de la Independencia (La Francesada)
- La luz eléctrica
- La tierra de La Romana
- Sólo belleza. La torre y el olmo de la iglesia

HECHOS HISTÓRICOS

INTRODUCCIÓN

Las aldeas sorianas fueron tantas y cogieron tanto pan, y tantos hombres criaban para la guerra que tuvieron un cierto peso ante los ojos del poder.

Cosa muy distinta fuera que llegaran a su lejanía los vaivenes de una política ajena a sus intereses y sobre todo a **su tradicional sentido común**.

Sólo en contadas ocasiones de especial relevancia o implicaciones sociales el maremoto de la Historia arremetía con aquellas comunidades estables y de vida sencilla y apartada.

Oí de niño un dicho de los viejos del pueblo de La Ventosa que he recordado como testimonio de un pragmatismo sabio de aquellos hombres de la tierra: **“Rey tengamos, pero no lo veamos”**

En las tradiciones y narraciones de los pueblos siempre quedan, y quedan únicamente los hechos históricos que llegan a su alma o a su dolor de una forma especial. A los hombres de La Ventosa nunca oí contar hechos históricos, excepto de la Guerra Civil del 36 y de “la Francesada”; algo, de “La Guerra de Marruecos”.

No quiere decir esto que una aldea no tenga **HISTORIA**, su historia. Su historia de verdad, la que hace la comunidad, aquella en que se construye la comunidad; la que se parece a sí misma y la va haciendo día a día. Normalmente pacífica; a veces simples reyertas de vecinos o problemas no demasiado relevantes de riñas o linderos.

En La Ventosa recordaban con tristeza casi siempre la historia impuesta desde afuera. Con agrado, la vivida en su comunidad: Las primeras máquinas, la llegada de la luz eléctrica, la implantación del Servicio Nacional del Trigo (ésta venía de fuera pero fue para ellos la solución a un problema ancestral hecha a su medida, la venta de la cosecha segura y sin usureros); los curas que se sucedían a lo largo de los años; los maestros y maestras que iban rigiendo su escuela, las bodas más celebradas, las primeras mozas que se pusieron **“medias de cristal”**, las encerradas más sonadas... **La vida misma**.

LA GUERRA CIVIL

La Guerra Civil del 36 supuso un cataclismo en la vida y en la esencia profunda de las aldeas sorianas; también en la de La Ventosa.

La turbulenta historia de España en todo el siglo XIX y primeras décadas del XX apenas afectó a la esencia de las aldeas sorianas, salvo esporádicamente, como la Guerra de Marruecos, o antes “La Francesada”.

La Guerra Civil del 36 supuso un antes y un después. A partir de entonces nunca sería La Ventosa lo que había sido.

A partir de esta contienda el campo español comienza a modificar su realidad, sus esperanzas, su sentir; sus raíces profundas se tambalean. En una palabra, empieza un proceso de transformación que ha desembocado en la muerte de la aldea, en el despoblamiento del campo, en la secularización de la vida, en el aumento del nivel de vida, en la modernización de los sistemas productivos. Ha sido un cambio copernicano que ha hecho de España una sociedad nueva. Nada volvería a ser como antes.

– “Cuando llegó julio del 36 se vivía con cierto miedo, ya que había rumores de revueltas, de fusilamientos, de ejecuciones, de desórdenes sociales; que si falangistas; que si anarquistas;



que si mataban a curas, quemaban conventos. Que nadie sabía lo que iba a pasar. Que todo estaba muy revuelto y que podía ocurrir cualquier cosa”.

José me contaba estas cosas con cara de amargura evocando un pasado triste y negro.

Florentino, un hombre de la Ventosa, nacido pocos años antes del comienzo de la contienda, me comentaba su primer recuerdo en la vida, con voz



Malos presagios vieron en La Ventosa en vísperas de la Guerra Civil

emocionada y evocando algo insólito que nunca más tarde volvería a ver en sus años de estancia en el pueblo:

– “El primer recuerdo de mi vida fue cuando yo tenía dos años aproximadamente. Estábamos todos los del pueblo, incluso los niños, reunidos en el cementerio; me doy cuenta de que las personas mayores, unas lloraban, otras comentaban nerviosas que iba a llegar otra guerra, o incluso que era el fin del mundo.

Yo solamente veía cómo el firmamento estaba rojo como una bola de fuego. Mientras los mayores entraban a la iglesia a rezar, la tía Lucía nos llevó a su casa a todos los pequeños; no recuerdo si ella se quedó a cuidarnos. Recuerdo que su marido el tío Cristóbal nos acompañó hasta que salieron nuestros padres de la iglesia. Todo el mundo estaba exaltado y temblaba de miedo”.

Pronto llegó a La Ventosa la realidad dolorosa de la guerra con toda su crudeza. En el mes de agosto llamaron a filas a tres jóvenes de pueblo, Francisco Vallejo, Juan Muñoz y Víctor Soria.

Pronto siguieron otros, Francisco de Diago, Juan López, Mauricio López y Santiago de Diago.

Las madres sabían que llevaban a sus hijos a la guerra; un silencio nuevo se apoderó del pueblo. En La Ventosa rogaban a Dios por los suyos ausentes, todo el mundo estaba lleno de temor. Los jóvenes que quedaban esperaban impacientes la llamada a filas.

José, entonces mozalbete, me va contando recuerdos de aquellos tiempos de desasosiego:

– “Pedro de Diago, recién casado, esperaba un hijo; Lorenzo Soria, Teófilo de Diago, Teodoro Antón. Todos fueron a la guerra. Siguieron llamando a gente más joven, Julián de Diago, Fermín Vallejo, Felipe Gómez, Cecilio García, Faustino Muñoz. Por último llamó la guerra a Demetrio del Rincón, casado y con dos hijos.

Justo Hernández se apuntó voluntario a la Escuela de Especialistas de Aviación y se salvó así de las trincheras. Aurelio Cabrerizo ingresó en la Guardia Civil.”



Los mozos de las aldeas sorianas tuvieron que marchar al frente



Fermín Vallejo (derecha) en el frente acompañado por otro soldado.

Se quedó el pueblo sin mozos; era un pueblo fantasma, la llegada del cartero hacía estremecer.

José sigue contando y pensando en aquellos años de la guerra:

– “Con la Guerra Civil se perdieron muchas costumbres; no quedó juventud y se empezó a ver el mundo de otra manera.

Juan Muñoz desapareció a los veinte días de incorporarse; Santiago de Diago murió al final de la contienda. Los que volvieron, en su mayoría no se quedaron en el pueblo. Unos se alistaron a la Guardia Civil; otros, a telégrafos. Cada uno donde pudo. Pero **se marcharon**.



Los mozos se marcharon a la guerra. La plaza quedó sola

Había empezado el éxodo de jóvenes, que ya no terminaría y que con el tiempo había de arruinar a las aldeas. El pueblo se empezó a morir no sólo con los muertos que se iban muriendo. También con los vivos que se iban marchado.

La Guerra Civil terminó pero quedó la escasez y el hambre; si bien es verdad que en La Ventosa nadie pasó necesidad.

Pronto los de Abastos, los Delegados de Consumo, vinieron al pueblo y requisaban todo lo que podían si te descuidabas. Pronto aprendieron los vecinos de La Ventosa, como los de todos los sitios. Cuando veían venir a los de Abastos se apresuraban a esconder jamones, chorizos, costillas... trigo. Todo. Una vez llenaron de jamones el arroyo de Carremazán para esconderlos”

Continúa José evocando unos tiempos de desdicha:

– “Pronto se fundó el **Servicio Nacional del Trigo**; exigían la entrega de un cupo de la cosecha de cada año. Empezamos a esconder parte de las cosechas para no pasar miserias.

Al empezar a haber escasez de muchas cosas comenzó **el estraperlo** con todo un montaje social de riesgos y de granujería.

Te exigían cupos de patatas, de alubias, garbanzos, corderos... de todo. Y todo te lo pagaban a **precio de tasa**.

Así se sobrevivió; así empezó a cambiar todo.”

LA FRANCESADA

La Guerra de la Independencia debió de calar en la sensibilidad de nuestras aldeas y durante muchos años se transmitió de padres a hijos aquella gesta.

José cuenta y no acaba lo que había oído a su padre y a sus abuelos:

– “Según comentarios de los viejos, los franceses, una vez conquistado el sur de la provincia, avanzaban hacia Soria por el camino real que viene desde Berlanga.



Cuando llegaron a La Seca los recaudadores de impuesto franceses, hicieron un alto en la posada y encargaron al posadero que cuidara unas alforjas diciéndole que volverían al día siguiente a por ellas. Le amenazaron con la muerte si era indiscreto o no las guardaba bien.

El tío Bernardo Antón, el posadero, avisó a las aldeas circundantes diciendo que los franceses se dirigían hacia Osonilla, que iban requisando el dinero y lo que encontraban...

Desalojaron el pueblo de Osonilla, les hicieron emboscada entre todos los labriegos de la comarca. Los franceses cogidos a tres fuegos por aquellos aldeanos buenos conocedores del terreno y armados de forma rudimentaria dejaron sus huesos en los barrizales del camino.

Así, no volvieron a La Seca a recoger las alforjas; el posadero Antón se hizo rico y a partir de entonces él y sus descendientes gozaron de buena situación; de labrar con una yunta de burros a tener varias yuntas de buenos mulos y abundantes tierras; se le comenzó a conocer como “el Señorito de La Seca” y como Don Bernardo.

Sus sucesores, ya familia rica y acaudalada, se hacen con el Monte de Centenera, más de mil hectáreas.

Don Toribio, nieto de aquel posadero, acudió a la subasta de este monte que se celebraba en Soria y mandó a Madrid a un primo, tatarabuelo mío, con encargo de “**untar el morro**” a quien fuera si surgían problemas en la subasta. Una vez con el monte en su poder, lo carbonearon y me contaron que vendieron el carbón a medio **real la @**.



La Seca es una aldea que también se está muriendo

También contaban que en el campo de la refriega de Osonilla el tío Sargento de La Ventosa encontró un saquete de monedas que los franceses, al verse perdidos y huir, escondieron en un arroyo. El tío Sargento fue el antepasado de una serie de familias de La Ventosa, a quienes llamaban “los sargentos”; siempre fueron “los sargentos” gente inteligente y bien parecida; los tres hijos del tío Sargento se hicieron casas nuevas una pegando a otra en la misma calle.

También cuentan que cuando desalojaron Osonilla para dar emboscada a los franceses, una mujer del pueblo se puso de parto.

La llevaron a una **taina** y allí parió. Como era el día de San Andrés pusieron al niño ese nombre, aunque de mayor todos lo conocían como “El tío Chaqueta”; mi abuela lo conoció cuando era anciano.”



Osonilla es un villorrio apenas en el camino entre La Ventosa y Tardelcuende.

– “Los hombres de la comarca rememoraban estas cosas en canciones y en decires:

*“La mañana de San Andrés
los franceses madrugaron;
madrugada aquella fue
que de Osonilla no pasaron.”*

Contaban historias que habían oído en ferias y en mercados; se contaba una historia, referida a varios pueblos, que independiente de su verdad histórica, era muy significativa:

“Una vez, cuando la francesada, un grupo de soldados del ejército de Napoleón llegó a un pueblo, exigiendo al alcalde que se les diera cobijo y comida.

Mandó el alcalde dar un bando al alguacil diciendo: “**Por orden del señor Alcalde se hace saber que cada vecino mate su cochino**”.

El jefe del destacamento francés se quedó a dormir en casa del alcalde y agradeció la buena hospitalidad del pueblo.

Al día siguiente al toque de alba, mataron a los franceses mientras dormían, borrando los vestigios de la matanza por miedo a represalias.

El silencio social de una aldea puede llegar a ser impresionante.

Los pobres franceses ignoraban que en las aldeas de aquella comarca se les llamaban “los cochinos”. Los vecinos, cuando les interesa, se unen a su alcalde como la uña al dedo.”



La Ventosa siempre fue un pueblo austero y de apariencia sencilla.

“En La Ventosa, ante la noticia de la llegada inminente de las tropas francesas, escondieron los víveres y sobre todo los bueyes y mulos mejores, dejando solamente los animales viejos y escuálidos; dicen que emparedaron a algunos animales y a otros los alejaron del pueblo sin dejar rastro. Al ver los franceses el estado de pobreza de aquella aldea se marcharon hacia Soria sin molestar”.

LA LUZ ELÉCTRICA

La llegada de la luz eléctrica a La Ventosa fue un acontecimiento muy importante para aquella comunidad rural que se había alumbrado siempre con teas, con candiles, faroles, velas; ya a última hora con quinqués. No podían creer que por unos hilos de metal pudiera llegar la luz a las casas.

Aquellas personas decían que tenía que ser “cosa de brujas”. Los chicos y los grandes miraban con ojos incrédulos aquellas bombillas de cristal colgadas del techo de portales y cocinas, que daban luz pero no ardían, que no quemaban; que se apagaban simplemente con tocar con el dedo un objeto al que llamaban “llave”.

Meter la luz en las alcobas y dormitorios era un atrevimiento que no todos fueron capaces de asumir al principio; la mayoría sentía miedo de incendios y sólo el tiempo fue acostumbrando a la gente haciéndola más confiada.

Durante algún tiempo se simultaneó, en no pocas casas, la luz eléctrica y los sistemas tradicionales; se podía ver en el portal una bombilla y encima del morillo de la cocina las teas ardiendo como siempre había sido.

En el año 1935 se produjo el primer intento de traer la luz a La Ventosa. Un electricista se comprometió a traerla desde Fuentepinilla a las aldeas de alrededor (La Seca, Osona, La Ventosa). Por problemas de dinero el proyecto fracasó.

Se enteró del asunto D. **Leocadio Suárez** de Quintanas de Gormaz que había montado en el Duero una central eléctrica; convocó en Tajuelo a varios pueblos para intentar llegar a un acuerdo al respecto y poder electrificar la comarca.

En el acuerdo se exigía a los pueblos un número mínimo de bombillas; algunas aldeas se echaron atrás. Tajueco, Valderrueda, Fuentepinilla, Osona, La Seca y La Ventosa lo aceptaron.

Algún alcalde que no aceptó llevar la luz eléctrica a su pueblo alegó como motivo de su negativa que “los ladrones podían andar a sus anchas y así robar con más facilidad”.

El día 27 de enero de 1936 llegó la luz eléctrica a La Ventosa.

Dice José evocando aquel acontecimiento:

“Fue algo muy grande, nos parecía mentira que pudiéramos estar por la noche en casa sin tener que estar todos en la cocina; algunos miraban a las bombillas con un temor no disimulado. Todos con mucha curiosidad.

Hubo quienes no lo podían creer. Algunos viejos comentaron que aquello traería malas consecuencias, que no podía ser sino cosa de bru-



Un carburo de los años 20; eran muy útiles y baratos.



Las bombillas sustituyeron paulatinamente a candiles y quinqués.

jas. Se decía también que podría esa luz dañar a los ojos, que iba a arruinar a la gente.

Se pagaban dos pesetas al mes por bombilla; si era “conmutada”, 2,50 en cada casa tenía que haber al menos 2 encendidas a la vez por la noche...

Ni que decir tiene que no daban mucha luz aquellas bombillas, pero la gente se fue acostumbrando y poco a poco el asunto se normalizó”.

LAS TIERRAS DE LA ROMANA

Las leyendas forman siempre una base de información colectiva; muchas veces de acontecimientos lejanos en el tiempo; otras de hechos no tan alejados del presente. Llama la atención la rapidez con que se forjan a veces; una sola generación es suficiente para convertir un acontecimiento en leyenda.

Esto parece que ha ocurrido con las “tierras de La Romana”, una serie de hectáreas de buena tierra de cultivo propiedad del común de La Ventosa. Se hallan al nordeste del pueblo a la izquierda del camino que conduce de La Ventosa a Quintana Redonda. Forman una pequeña vega de tierras fértiles cuyo origen histórico pudiera buscarse en el hecho de la Desamortización de Mendizábal del s. XIX.

Las tierras de La Romana siempre han tenido una especial presencia, no sólo económica, sino afectiva y existencial entre los hombres y mujeres de La Ventosa. Su adquisición debió de suponer un acontecimiento importante en la vida de la comunidad. Tal vez se deba a esto la temprana aparición de una leyenda producida por la fantasía popular. También podría haber influido en esta mitologización tan temprana el deseo de superar algún aspecto de “culpabilidad



Las tierras de La Romana pertenecieron al antiguo monasterio de La Virgen del Roble

colectiva”, ya que la desamortización se vivió en España en muchos niveles sociales, especialmente en los más ligados a la Iglesia, como un robo y una injusticia.

La mitología y la leyenda sirven para muchas cosas; entre ellas para exorcizar los demonios sociales de la culpabilidad e instalarse cómodamente en una realidad determinada.

Hablando con José sobre este tema empezó a contar emocionado algo que había oído de niño y que había transmitido a sus hijos:

– “Se cree que estas tierras pertenecían a la Virgen del Roble; según he oído decir la ermita estaba en el término de La Revilla junto a la vadera de Santa María. No sé por qué causa la cultivan los vecinos de La Ventosa; dicen que era un censo que una vez redimido pasó en propiedad a los vecinos no blasfemos del pueblo.

Se hacían varios sorteos, ya que hay varias fincas; cada diez años se hacían sorteos nuevos haciendo tantos lotes como vecinos. El vecino nuevo que entraba después de hacer la partición no tenía parte hasta que había una baja por fallecimiento. Las viudas seguían teniendo parte si pagaban los impuestos correspondientes, quedando obligadas a asistir a las “cenderas”; a ellas se les asignaba trabajos especiales más acorde con su condición femenina. También podían poner una persona en su puesto.

Existe una tradición o leyenda según la cual los vecinos de La Ventosa y los de La Revilla litigaban por la posesión de La Romana. Llegaron al acuerdo de hacer dos lotes; uno era la Virgen del Roble; el otro, las tierras. Colocaron la imagen de la Virgen en un carro, “yuncieron” dos bueyes al carro, uno de La Revilla, otro de La Ventosa. Dejaron los bueyes solos después de espolearlos con la “ahijada”. La Virgen sería del pueblo del buey que consiguiera arrastrar a su compañero hacia el poblado correspondiente.



Las tierras de La Romana son especialmente fértiles; se sitúan cerca del Prado

Los de La Revilla pusieron el mejor buey de su cabaña; los de La Ventosa, el peor. De esta manera el buey con más fuerza fue el que se llevó la Virgen, hacia La Revilla. Los de La Ventosa, muy ladinos, se quedaron con las tierras que era lo que querían.”

Parece que hay en el Ayuntamiento un legajo, documento histórico, que testimonia la posesión de los vecinos de La Ventosa sobre las tierras de La Romana junto a la vadera de Santa María. Que aún se reconoce la ubicación de un monasterio junto a lo que fue la ermita de la Virgen del Roble. Que la Virgen del Roble se veneraba en la iglesia de La Revilla.

LA TORRE Y EL OLMO DE LA IGLESIA

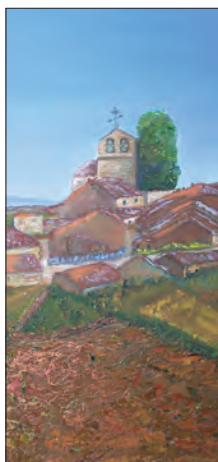
*El olmo centenario
que apoyaba
tu silueta sola,
sola te dejó
en manos de los vientos
presurosos, calmos,
que todo lo consumen.
Hasta el ALMA.*

*Alma de campana,
de piedra
y soledad,
humilde torre.*

*Los tordos ya no anidan
tus entrañas.
Ya no hay tordos
ni vencejos, ni hombres.
Tan solo unos muertos
floreciendo
y dormidos a tus pies.*

*Torre de la iglesia,
pétreo mole,
campanera sola
de La Ventosa muerta.*

*Campanario con campanas
ya sin sonos.
Campanario solo.*



Capítulo 3

Donde se cuenta cómo en las aldeas de las tierras sorianas, **cómo en La Ventosa**, los hombres raramente cantaban; lo hacía **el grupo**

- En las ferias y mercados muy antiguamente en forma de cantares de ciego. Un ciego cantando siempre evocaba lo común.
- En las rondas de mozos hasta tiempos recientes, hasta que fue quedando mermada de jóvenes la aldea y ya el amor se hizo más callado, menos ritualizado socialmente.
- Cantares de la iglesia: Era donde más y peor se cantaba. Todos los domingos el sacristán y los mozos en el coro cantaban unas salmodias en “latín sometido”. Se cantaban mejor algunas liturgias al Cristo o a la Virgen.
- Cantaban en la alba los mozos en las bodas; o las cerradas en las “bodas torcidas”. Cantaban villancicos en familia o nanas no frecuentes al borde de las cunas.
- Se cantaba el “Cara al sol” en las escuelas en tiempos de emociones importadas de fuera y sin entender muy bien lo que era aquello.

Y una vez esto advertido transcribo algunos documentos antiguos del cantar en grupo de la aldea que he podido oír de quienes lo habían oído o cantado hacía mucho tiempo, cuando **La Ventosa estaba viva**.

ALBADA

*Paso entre paso venimos,
paso entre paso llegamos
a darle la enhorabuena
a estos recién desposados.*

*Yo que primero llegué
vengo a cantar esta albada;
si hay alguno que la sepa
esta es mi primera entrada.*



*Lo primero es buenas noches,
lo segundo es atención;
a todos los de esta casa
buenas noches les dé Dios.*

*A todos los de esta casa
la Virgen los acompañe
y a nosotros Dios del cielo
porque estamos en la calle.*

*Hemos tenido noticias
de que os habéis desposado,
mis compañeros y yo
la enhorabuena os damos.*

*Os haga Dios muy felices
y sea por muchos años
y que todo sea en paz
que así se os ha mandado.*

*Esta mañana temprano
antes de salir el sol
los dos fuisteis a la iglesia
a hacer vuestra confesión.*

*Luego volvisteis a casa,
os echa la bendición
en el portal vuestro padre
en tan grande ocasión.*

*Todo el acompañamiento
a la iglesia os ha llevado
y en la puerta de la iglesia
a un lado se han retirado.*

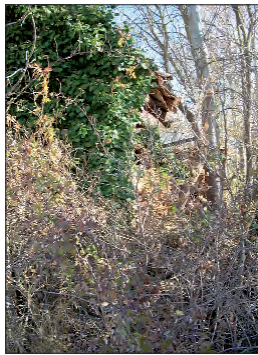
*El padrino a la derecha,
la madrina al otro lado
y en medio de entre los dos
están los enamorados.*

*Ha salido el señor cura
a recibiros a ambos
y a toda la demás gente
que os iba acompañando.*

*Ha salido el señor cura
en una mano la cruz,
la estola en el otro lado,
que así lo mandó Jesús.*

*Lo primero que os pregunta
aquel ministro de Dios
si sabéis o pensáis algo
que tenéis que decir hoy.*

*Y lo mismo ha preguntado
a quien presente se hallaba;
y todos han respondido
que nadie sabía nada.*



*Aquel ministro de Dios
luego os ha preguntado
si os queréis por esposos
o por honrados casados.*

*Respondisteis sí señor,
sí queremos y otorgamos.
Y frente al altar mayor
Fuisteis arrodillados.*

*Las arras y ese anillo
que tu esposo te ha entregado
en señal de matrimonio
recíbelas con agrado.*

*Disteis la mano derecha
a aquel ministro de Dios
y aquel ministro de Cristo
gustoso la recibió.*

*Ya os meten en la iglesia,
ya os llevan de la mano,
allá en la grada mayor
os habéis arrodillado.*

*Oísteis la misa santa
con humildad y atención
y al punto de tocar el *santus*
os levantasteis los dos.*

*Al alzar a ver a Dios
la banda os han echado,*

*que la banda tiene gracia,
gracia tiene pa casados.*

*Este yugo, casadita,
que en la iglesia te han echado,
aunque en la iglesia no pesa,
algún día es bien pesado.*

*Al decir el *pater noster*
el señor cura os ha dicho
que os améis uno al otro
como la Virgen a Cristo.*

*Al concluirse la misa
os dice de esta manera:
que os améis uno al otro
como Cristo amó a su iglesia.*

*Y ahora os digo yo
que os gocéis muchos años
y que todo sea en paz
que así os lo hemos mandado.*

*Viva la novia y el novio
y el cura que los casó
y el padrino y la madrina,
los convidados y yo.*

*Y también mis compañeros
que traigo en mi compañía,
que vienen a acompañarme
a daros la despedida.*

*La madrina es una rosa,
el padrino es un clavel,
la novia es un espejo
que el novio se mira en él.*

*Lo que te encargo fulana
que lo trates con amor
que lo han tenido sus padres
metido en el corazón.*

*Lo que te encargo, fulano,
es que no le des que sentir,
que la han tenido sus padres
guardadita para ti.*

*Adiós, adiós, ya os vais,
ya os vais a vuestro bando,
al bando de los casados;
no os despedáis llorando.*

*A la señora madrina
debéis de darle las gracias
porque os ha puesto en el camino
de la bienaventuranzas.*

*A vuestros señores padres
también las debéis de dar
porque han tenido a bien
de llevaros a casar.*

*Esta noche te despides
de tu linda mocedad
y también yo me despido
de tu puerta sin cantar.*

*Florezcan todas las flores,
florezca la de romero;
florezca y viva la madre
del señor cura el primero.*

*Todas la flores florezcan,
florezcan las de los olmos;
florezca y viva la fama
de los padres de los novios.*



*Florezcan todas las flores,
florezca la de la endrina;
florezca y viva la fama
de la señora madrina.*

*Todas las flores florezcan,
florezca el saúco hermoso;
florezca y viva la fama
de la novia y de su esposo.*

*Florezcan todas las flores,
florezcan las del peral;
florezca y viva la fama
de todos en general.*

*Ventana, cómo no te abres;
balcón, cómo no te rompes;
fulano, cómo no sales
a darnos la buenas noches.*

*A la señora madrina
le tengo que encargar yo
que nos guarde tarta y vino
que la albada ya cayó.*

*Allá va la despedida
en compañía de amante;
si no nos abres la puerta
nos iremos a otra parte.*

*Alegraros, compañeros,
que ya la veo venir
a la señora madrina
con las llaves para abrir.*

*Buenas noches a la una,
buenas noches a las dos;
buenas noches tengan ustedes
y buenas nos las dé Dios.*

CANTARES DE RONDA

Los cantares de ronda tenían una serie de componentes que los hacían únicos dentro de la poesía popular y el folclore. Abarcaban aspectos tan dispares como la delicadeza, la mordacidad; el buen gusto y la vulgaridad; la seriedad y el chascarrillo; la buena y la mala intención; la espontaneidad y lo improvisado; lo bonito y lo feo... Son documentos antropológicos que nos acercan a zonas inconscientes de las comunidades de aldea.

José Antón, el archivo viviente de La Ventosa, me canta algunos cantares de ronda que transcribo:

*Eres tú la que tiraste
a San Antonio al arroyo;
no lo querías bien
porque no te daba novio.*

*La madre que te parió
si hubiera parido otra;
la una para el que canta,
la otra para el que toca.*

*Tu madre tuvo la culpa
por dejar la puerta abierta;
tu padre, por dejarme entrar;
y tú, por estarte quieta.*

*A esta puerta hemos llegado
con intención de cantar;
si no quieres que cantemos
nos volveremos atrás.*

*Lo que te digo, fulana,
y no lo echas en olvido,
que me guardes el pellejo
de la zorra que has cogido.*

*En esta puerta he de cantar
hasta que salga la luna,*

*por si puedo conseguir
de las tres hermanas una.*

*Te pones por todas partes
a publicar que te quiero
y hasta el nombre de tu madre
aborrecido lo tengo.*

*Señor alcalde mayor,
no aprese a ningún ladrón
que tiene una hija
que me roba el corazón.*

*Vas a decirle a la Virgen
que no quiero ir a verla,
me da vergüenza decirle
que te quiero más que a ella.*

*Ya sé que estás en la cama
embozadita en las mantas,
tirándote algún pedito
y quizás para quien canta.*

*En tu puerta me cagué
porque así me dio la gana.
Allí te dejé el clavel
pa que lo huelas mañana.*

*Cuando dos quieren a una
y los dos están presentes,
el uno baja los ojos,
el otro aprieta los dientes.*

*Por la calle abajo va
la ronda de la Alpargata,
si sale la del Zapato
se armará la zaragata.*

*Allá va la despedida,
la que echan los de Tajueco
si les llevas la contraria
se ponen a hacer pucheros.*

*Las mujeres cuando paren
se acuerdan de San Ramón,
pero ya se han olvidado
el día de la Función.*

*Los curas y taberneros
son de la misma opinión,
cuanto más bautizos hagan,
más dineros al cajón.*

*Cuando se murió el tío Paco
decía la tía Calixta:
“Que lástima de tío Paco,
con las cosas que decía”.*

*Las mujeres y las pulgas
se parecen de buen modo,
por lo que cuesta cogerlas
y lo picantes que son.*

*Yo me enamoré de noche
y la luna me engañó;
otra vez que me enamore
sea de día y con sol.*

*La primer novia que tuve
se meaba en la cama,
la cambié por una burra
y no me devolvieron nada.*

*Te tengo comparadita
a las piedras de la calle,
que las pisa todo el mundo
y no se quejan de nadie.*

*Permita Dios y la Virgen
si con mi hija no te casas,
hagas un viaje en tercera
sentado y con almorranas.*

*No creas que porque canto
tengo el corazón alegre,
que soy como el pajarito
que si no canta se muere.*

*Un corazón de madera
tengo de mandar hacer
pa que no sufra ni padezca
ni sepa lo que es querer.*

*Ya sé que estás en la cama
entre sábanas calientes,
y yo me encuentro en tu puerta
pegando diente con diente.*

*Dicen que los celos matan;
yo digo que no es así,
que si los celos mataran
me hubieran matado a mí.*

*La burra pide cebada
y la mujer, otro traje.
¡Ay rediez! lo que cuesta
tener en casa animales.*

EL TUERTO CATACHAN

José recuerda una canción que hace muchísimos años un ciego cantaba en las ferias de Almazán y Berlanga; incluso decían que el invidente recorría la comarca de mercado en mercado pidiendo limosna.

Me pareció un documento único y valiosísimo. Primero me lo recitó de memoria. Le rogué que lo escribiera y a continuación lo transcribo:

*Todo el mundo ha de temblar
ante este noble baratero:
soy el tuerto Catachán
que a nadie le tiene miedo.*

*A la edad de quince años,
siendo aún un chiquillo,
aprendí yo a manejar
con destreza este cuchillo.*

*Fueron mis quehaceres,
en algunos ratos,
por calles y plazas,
robar bien los cuartos.*

*Yo nací en Cádiz,
criado en Santa María,
hijo de pecado
según mi hermano decía.*

*Yo soy hijo de mi madre
y sobrino de mi tía;
abuelos nunca he tenido
según a mí me decían.*

*Sólo por estas razones
me despedí de mi gente
y me trasladé a Madrid
a la calle San Vicente.*

*Entré en una posada,
me puse a almorzar
y al poco rato
me fui sin pagar.*

*Poco más adelante
en un café entré.
“¿Quién cobra los cuartos?”
esta voz eché.*

*Me contestó un andaluz,
muy puesto y bien plantao;
yo me echo mano al bolsillo,
se marchó sobresaltao.*

*Y yo, caballeros,
que esta voz oí,
nada, ¿para qué?,
treinta y dos cayeron
en aquel café.*



*Yo me voy de allí,
con toda tranquilidad
y fui a parar
al barrio de Trinidad.*

*Entré en una posada,
le dije al patrón:
– “Saque de comer
y vino en porrón”.*

*Me saca un puchero,
bonito jamón
y para los postres,
un bello capón.*

*Y al tiempo de la cuenta
vuelvo la cabeza y veo
cien civiles a la puerta.*

*Preguntaron si allí
estuviera Catachán;
y yo les contesto:
– “pronto lo verán”.*

*Pronto y bien mandado
las ligas me até;
catorce mil varas
de un brinco salté.*

*Allí los dejé chascados
a la puerta de la calle
y me marché corriendo
sin encomendarme a nadie.*

*La última sesión
fue con veintinueve viejas
que estaban todas hilando
y espadando madejas.*

*Yo, como siempre
he sido un troneras,
tiré diecinueve
por la chimenea.*

*Las demás restantes
en un ható até;
de cabeza a un pozo
allí las tiré.*

*Catorce mil sastres
y tres mil horneros,
cuarenta aguadores
y mil zapateros
a mí me sirvieron.*

EL “PUNCHACICO”

*Güelta a las andás,
güelta a las glárimas y los suspiros,
siempre lloricando como un maleno,
con los ojos cachos y medio escondíos
como el que tiene miedo
de que le persigan por algún delito.*

*Solamente porque ayer,
por no llevar cuidadico*



*con una rama se dio
en el pie un punchacico,
y esta tarde va a venir
a punchárselo el medico.*

*Mentira me paice
que seas hijo mío;
no te da güervenza
tener a estas horas
diez años cumplidos
y pasate la vida llorando
lo mesmo que un crío.*

*Aguarda una miaja
que no tendrás frío.
Aura estás principiando a ser hombre;
aura estás principiando el camino
y ¡ay de ti si al andar por el mundo
te falta el coraje y el ánimo!
¡Mia tú que afligirse por un punchacico!*

*Hay que ser de piedra
como aquel castillo
que en lo alto el monte
permanece en su sitio
sin que lo amilanen
ni el aire ni el agua,
ni el calor, ni el frío.*

*Tienes que ser fuerte
como la piedra
que está en el camino,
donde nos sentamos los hombres
pa hacer un descanso
y seguir luego
con mayores fuerzas
y mayores bríos.*

*Nunca yo he llorado; nunca,
y he vestido a tu madre muerta,
y a tus hermanicos
camino de África
para no volver nunca,
desde esa ventana
partir los he visto
y estoy viejo y probe;
la fiebre me ha consumío.
Y ya ves, ni glárimas, ni quejas
y a sufrir y padecer me asino.*

*No te asustes,
ni tiembles, ni llores,
aunque te punche el medico.*

¡Mia tú que afligirse por un punchacico!

José evocaba este poema con emoción no disimulada; lo había oído hacía muchos años a su abuelo que lo había aprendido a su vez por tierras lindando a Aragón.

COSTUMBRES MUY HERMOSAS

Era costumbre contar cuentos a los niños cuando se iban a dormir; no solían dormir solos en su cama, sino que solían acostarse con tíos, o abuelos mayores. El momento de irse a la cama era un momento mágico en la vida de un niño. En la oscuridad y en el calor de la cama le contaban leyendas y decires antiguos; poemas u oraciones extrañas y llenas de atractivo para las mentes infan-

tiles. Todo aquello formaba una pedagogía del vivir que pasaba de generación en generación, mucho más eficaz que todas las pedagogías modernas basadas en la comodidad y en el desencanto previo.

Este poema del pueblo profundo debió de impactar hondo en el corazón de José cuando era niño, siempre lo evocaba conmovido y solemne.

Me viene a la mente a este respecto una oración que se enseñaba a los niños con quienes dormía el padre, o el tío o alguna persona mayor, a la hora de meterse en la cama. Era mucho más que una simple oración, era una fórmula de intimidad y de misterio:

*Con Dios me acuesto,
con Dios me levanto,
la Virgen María
y el Espíritu Santo.*

*Dios, nuestro Señor,
no hay otro mejor,
ni habrá ni nacerá.*

*Cuatro esquinitas
Tiene mi cama;
Cuatro angelitos
Vengan a por mi alma.
El delante y yo tras él.*

*Y por la noche se acuestan
Buenos y sanos,
Y por la mañana aparecen
Muertos y finados.*

*Por eso, Dios mío,
buen vivir, buen morir.
Ahora y en la hora
de nuestra muerte. Amén.*



Hay un tiempo en que el hombre aprende a crecer y a ser él mismo a través de la imaginación; es un tiempo mágico lleno de encantamientos. El mundo tradicional de nuestras aldeas había desarrollado toda una “paideia” a este respecto basada en la narración de cuentos, leyendas, plegarias, decires. Una narración enseña a un niño más que mil tratados y mil lecciones. La escuela seguía también por esta senda; los libros de cuentos en la escuela enseñaban más que los maestros de turno. Y sobre todo, eran más bonitos.

LAS BODAS EN LA VENTOSA

*Las bodas en La Ventosa
eran días de alegría
el pueblo participaba
con los novios y familia.*

*Ceremonia religiosa,
momentos muy especiales,
se celebraba en la iglesia
con novios y familiares.*

*Preparaban los banquetes
la familia de la novia,
tirando por la ventana
ahorros que disponía.*

*En la casa de la novia
se hacían varias comidas
junto a invitados y novios,
se comía y se bebía.*

*Se celebraba el Painazgo
en la Casa de Concejo,
con las familias y novios
se juntaba todo el pueblo.*

*La gente se divertía
y se alegraba toda el alma,
se cantaba y se bailaba
y se tomaba “soparra”.*

*Estos festejos duraban
hasta bien entrada el alba,
los novios se retiraban
en secreto hacia la cama.*

*El nido de la pareja
se buscaba en la mañana*

*si se lograba encontrar
había broma pesada.*

*Se les paseaba en burro,
por estas calles del pueblo,
ellos aguantaban todo,
con más o menos esfuerzo.*

*Si el novio era forastero
y había pagado el “piso”,
se le cantaba la **albada**
el día del compromiso.*

*Cuando el novio forastero
las costumbres no cumplía,
mientras duraba la boda,
se le daba **cencerrada**.*

*Estas son a grades rasgos
las bodas de La Ventosa.
¡Qué pena que en estos tiempos
ya no se celebren otras!*

Poema de Emiliano del Rincón, poeta de La Ventosa.



En esta hermosa iglesia hace mucho tiempo que no se celebran bodas; ni se cantan alabadas en el pueblo ni hay ya cencerradas.

CANTAR DEL CRISTO

La liturgia siempre ha incluido el canto en las celebraciones eclesiales; también en las iglesias de las aldeas. En La Ventosa se cantaba al Cristo muerto en Semana Santa.

*Es la pasión de Jesús
un reloj de gracia y vida,
reloj y despertador
que a gemir y a orar convida.*

*Vuestro reloj, Jesús mío,
devoto quiero escuchar
y en cada hora cantar
lo que por mí habéis sufrido.*

*Cuando a las siete os veo
humilde los pies lavar,
¿cómo, si no estoy muy limpio,
me atreveré a comulgar?*

*A las ocho instituiste
la cena de vuestro altar
y en ella, Señor, nos diste
cuanto nos podías dar.*

*A las nueve el gran mandato
de caridad renováis,
que si amasteis al nacer,
hasta el fin, Jesús, amáis.*

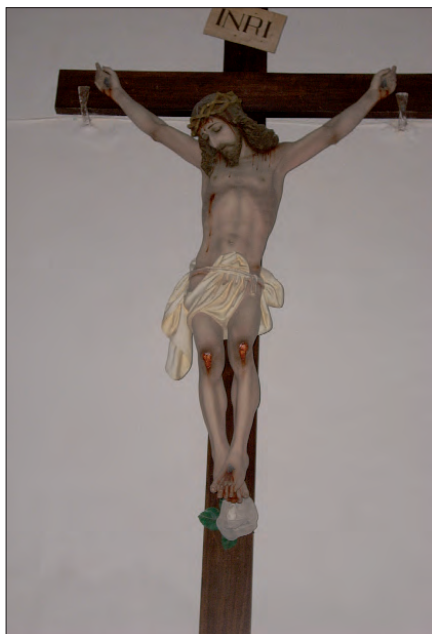
*Llegan las diez y en el huerto
oráis al Padre, postrado;
que yo pida con acierto
haced, mi Jesús amado.*

*Sudando en sangre a las once
os contemplo en agonía
¿Cómo es posible, mi Dios,
que no agonice el alma mía?*

*A las doce de la noche
os prende la turba armada
y luego en casa de Anás
recibís la bofetada.*

*A la una de blasfemia
impío Caifás os mota
y enseguida contra vos
la chusma vil alborota.*

*A los dos falsos testigos
acusan vuestra inocencia,
¿qué impiedad y qué descaro
qué indignidad e insolencia!*



El Cristo que sustituyó a uno antiguo que se quemó hace medio siglo.

*A las tres os escarnecen
e insultan unos villanos,
os dan lo que ellos merecen
con sus sacrílegas manos.*

*Qué dolor cuando a las cuatro
os niega cobarde Pedro;
mas vos, Jesús, lo miráis
y él reconoce su yerro.*

*Las cinco son y en la junta
el concilio malignante
que dice “¡muera Jesús!,
¡muera Jesús al instante!”.*

*A las seis sois presentado
ante Pilatos el juez
y él os declara inocente
hasta por tercera vez.*



Este Cristo del altar ha presidido la misa en La Ventosa durante más de un siglo.

*A las siete por Pilatos
a Herodes sois remitido
como seductor tratado
y como loco vestido.*

*A las ocho ya otra vez
preso a Pilatos volviste
y entonces a Barrabás
pospuesto, Jesús, te viste.*

*A las nueve sus verdugos
os azotan inhumanos
y en una gran columna
os atan de pies y manos.*

*A las diez duras espinas
coronan vuestra cabeza,
espinas que en vuestras sienes
clavan con dura fiereza*

*Cuando a las once os cargan
una cruz de enorme peso,
entonces veo, Dios mío,
cuánto pesan mis excesos.*

*A las once entre ladrones,
Jesús, os veo clavado
y se alienta mi esperanza
viendo al mundo perdonado.*

*Es la una y encomiendas
a Juan tu querida madre
y luego pedís perdón
por nosotros a tu padre.*

*A las dos otra vez hablas
sediento como Ismael
y al punto os mortifican
con el vinagre y la hiel.*

*A las tres gritas y dices
“ya está todo concluido”.
Mueres y llora tu muerte
todo el orbe estremecido.*

*A las cuatro una lanzada
penetra vuestro costado
donde salió sangre y agua
para lavar mis pecados.*

*A las cinco de la cruz
os bajan hombres piadosos
y en los brazos de tu madre
os adoran religiosos.*

*A las seis con gran piedad,
presente también María,
entierran vuestro cadáver
y ella queda en agonía.*

*¡Triste madre de Dios!,
sola viuda y sin consuelo,
ya que no puedo llorar,
llorad, ángeles del cielo.*

*El reloj se ha concluido.
Sólo resta, pecador,
que despiertes a los golpes
y adores al Redentor.*



Imagen de la Virgen Madre,
llamada La Virgen del Banco en La Ventosa.

Capítulo 4

Donde podrán hallar **instituciones** sagradas y profanas que a lo largo de los siglos fundamentaron la vida social de **La Ventosa**. En todas las aldeas sorianas encontramos las mismas instituciones vertebradoras de su realidad.

- La iglesia
- Cofradías: La Vera Cruz y la de San Fabián y Sebastián.
- La comunidad de vecinos.- Entrada de vecinos.
- La escuela
- La fragua
- Los mozos
- El sacristán
- El vaquero
- Los monaguillos

LA IGLESIA

El nacimiento de la aldea estuvo determinado por la iglesia como vimos al comienzo; el desarrollo de su vida, su cotidianidad, sus costumbres en gran medida, giraron alrededor de esta institución.

Incluso la muerte de las aldeas corre paralela a lo que se ha venido en llamar el “proceso de desacralización”

Se han muerto las aldeas, y la iglesia permanece solitaria y hierática, observando con sus ojos huecos de campanas calladas lo que ayer fue vida en plenitud.

Todos han “huido” de la aldea, maestros, secretarios, herreros, sacristanes. El cura sigue yendo a abrir los domingos las puertas de estos bellos templos y así la iglesia no ha abandonado la aldea.

En la aldea el tiempo estaba rigido y anunciado por la iglesia. El amanecer se decía con el toque de alba; el centro de la jornada se anunciaba con el toque de mediodía. Y la llegada del crepúsculo de la tarde se sancionaba con el toque de oraciones.

La gente se levantaba al alba, comía al mediodía y se recogía al toque de oraciones. No se necesitaban relojes, ni advertencias ni horarios; el campanario era la atalaya de la vida.



La vida de los hombres desde el nacimiento a la muerte, incluso después de muertos, estaba determinada por esta institución sólida y permanente. Se daba la bienvenida al mundo con el bautizo; después crecer era un proceso bien definido por la iglesia: primera comunión, confirmación, casamiento, extremaunción, entierro, “plegaria”, misas de aniversario...

Antes de existir los registros civiles, era la iglesia la que llevaba los registros de la sociedad, nacimientos, defunciones, bodas.

La forma de colocarse la comunidad dentro del templo resumía la estructura social de la misma: Junto al altar se colocaban las autoridades y eso en los días de especial relieve. Los niños tenían sus bancos entre el altar y la nave del pueblo.

En la nave las mujeres ocupaban la primera parte, sin bancos, sobre las tumbas de los muertos cuando se enterraba dentro de la iglesia y luego sobre el suelo arrodilladas manteniendo las llamas del recuerdo en las velas y roncinos.

Los hombres estaban en los bancos que había en la parte de la mitad hacia atrás pegados a las paredes. Los mozos, en el coro con el sacristán. Cada uno tenía su sitio. Todo encajaba y encajaba bien.



Fotografía muy antigua.- Mujeres de La Ventosa a la salida de la iglesia.

COFRADÍA DE LA VERA CRUZ

En Occidente todo está, ha estado, determinado por la influencia del cristianismo. Se ha llamado a la religión “la gran matriz de las sociedades”. Esto se siente de una forma muy patente en **la aldea**. En cierto modo en las aldeas todo es religión, todo ha sido religión. No es gratuito que el tiempo de la muerte de las aldeas haya coincidido con la culminación del proceso de desacralización que trajo consigo eso que hemos venido llamando posmodernidad o simplemente “el mundo actual”

La Cofradía de la Vera Cruz era una institución social en La Ventosa tremendamente sólida que regía amplios e importantes ámbitos de la vida comunal:

Era una forma de participación directa del pueblo en la religión y en los grandes acontecimientos litúrgicos, Semana Santa sobre todo.

Era una institución de ayuda y seguridad social en caso de desgracias imprevistas, como la muerte de un animal mayor, por ejemplo.

Garantizaba algo muy importante en la vida del individuo: Ser enterrado como “Dios manda” cuando muriera. Y ser ayudado a morir dignamente.

Administraba los “derechos de los muertos”, tener una sepultura durante un tiempo determinado, guardar un orden en los enterramientos...

José nos cuenta detalles de la Cofradía de la Vera Cruz con esa memoria prodigiosa que lo ha constituido en archivo viviente de La Ventosa:

– “Durante algún tiempo era voluntario entrar o permanecer en la cofradía, sin detrimento de otros derechos de vecino. Llegó un momento en que el que se casaba pedía la vecindad sólo para adquirir los derechos de la tierra de la Romana, y no entraba en la Vera Cruz por egoísmo, para estar libre de obligaciones. Así se ordenó que el que entrara vecino tenía que ser hermano de la cofradía. Por consiguiente tenía que pagar la entrada por ambas causas.

Al figurar como nuevo hermano tenía que pagar un concejo a todos los cofrades, más o menos una arroba de vino.

Durante un año sería “piostre” mayordomo; existía otro turno de los veteranos que eran los que ostentaban la autoridad. Durante ese tiempo estaba obligado a organizar el turno de los que les tocaba hacer el pozo al que se moría, y enterrarlo, y repartir las velas a los asistentes al entierro.



Pasaba lista y tomaba nota de aquellos que faltaban a los actos de obligación de la iglesia, días especiales, como el día de la Cruz de Mayo, la Cruz de Septiembre, los actos de Semana Santa y los entierros. Los cofrades debían asistir con capa hasta tiempos relativamente recientes.

Los que faltaban a estas obligaciones eran multados, figurando las denuncias en el libro de actas.

En tiempos también eran denunciados los que no se confesaban una vez al año o los que no llevaban vela en los entierros.

El día de Domingo de Ramos venían los cofrades con su buena merienda que se acompañaba con dos arrobas de vino; a las viudas, como no asistían a conejo, se les llevaba a su casa dos cuartillos de vino. La chiquillería también lo pasaba bien, ya que los padres y parientes les daban de merendar y el alguacil les daba vino.

A esta reunión asistía el cura; y una vez terminada la merienda remataban las “insinias” de las procesiones. Se remataba primeramente el pendón, después el estandarte, la cruz de Cristo, los banzos y el palio. A continuación se remataba el quitar el manto a la Virgen el día de la Pascua.

En algún tiempo el pago se hacía en trigo cobrándolo en septiembre. El día 14 de este mes se hacía la reunión para hacer cuentas. Se hacía otra reunión el Domingo de Ramos, con merienda y otras dos arrobas de vino. Antiguamente el vino se bebía en tazas, más tarde en porrón; con las tazas algunos se alteraban demasiado.

En el año de 1921, en la visita pastoral que hizo el obispo D. Mateo Mújica, Obispo de Osmá, viendo él las cuentas de la Vera Cruz, escamado, prohibió que el vino de las cuatro arrobas anuales se contabilizara como “refresco”. Ni que

decir tiene que las arrobas continuaron refrescando los gznates y las almas de aquellos cofrades, piadosos a su manera y llenos de sentido común. El vino ya no era refrescos, era lo que siempre había sido, “otros gastos y estipendios”, es decir vino, vino tinto y recio de Aragón o de La Mancha. Bebida sacramental, al fin y al cabo bebida comunal de La Vera Cruz de Cristo.”

A José se le alegran los ojos evocando aquellas meriendas y rituales en que participaba toda la comunidad, excepción hecha de las mujeres y las niñas. —“Mira que hemos sido machistas ¡redió!; pero aquellos tragos que nos daba el alguacil nos ponía contentos para el resto del día. Eran tiempos muy bonitos, aunque tuvieran defectos.



Abuelo de José Antón con su familia,
Cofrade Mayor de La Vera Cruz.

LA COFRADÍA DE SAN FABIÁN Y SAN SEBASTIÁN

Las cofradías eran formas de acercamiento del pueblo a la iglesia, permitiéndole a éste ejercer una serie de responsabilidades claramente establecidas en ámbitos muy concretos.

Antes de que se estableciera en La Ventosa la cofradía de La Vera Cruz debieron de existir otras cofradías más orientadas al acercamiento del pueblo a la liturgia y a la iglesia.

Que se sepa a ciencia cierta hubo en La Ventosa, al menos a partir del año 1674 una cofradía llamada de **San Fabián y Sebastián**, de la que José Antón ha oído hablar a los más viejos, hace ya muchos años, anécdotas curiosas de algunos de sus miembros. Pone especial énfasis en el documento de fundación de la cofradía en el que aparece un castellano que a él le llama la atención:

“En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero y a la honra de la Virgen, Reina de los ángeles, Senoxa mía y de todos los santos en especial de los gloriosos mártires San Fabián y Sebastián en cuyo honor está fundada esta cofradía en este lugar de Ventosa desde tiempo inmemorial y por cosa tan piadosa.

No se admiten en esta cofradía personas juradoras o que no sean de buena vida y costumbres, quietos, pacíficos...”

Recuerda José que, siendo él muy niño, en las procesiones los cofrades tiraban tiros con escopetas de “La Fusé”, que echaban mucho humo y que cargaban con pólvora de Villafeliche; una pólvora muy floja, según decían los cazadores.

Algunos cofrades de San Fabián y Sebastián fueron reacios a entrar en la cofradía de La Vera Cruz. Cuenta José que un hombre de La Ventosa al ser obligado a entrar en la nueva cofradía protestó el resto de su vida de una forma muy curiosa: En los actos de la nueva cofradía llevaba la **anguarina** más vieja que tenía.

De este hombre cuentan anécdotas curiosas que indican un carácter muy tradicional y chapado a la antigua; debía de recoger por las calles los “moñigos” de los animales y los iba guardando para estiércol; también solía recoger los restos que quedaban al herrar las pezuñas de los mulos y bueyes y los echaba a su muladar para abonar las tierras, especialmente los huertos.

LA ENTRADA DE VECINO

La estructura social en el mundo rural castellano era de una solidez cercana al inmovilismo por un lado; y de un pragmatismo eficaz por otro que la hacía sencilla y funcional, resolviendo adecuadamente los múltiples problemas que

fueran surgiendo. Era un código sencillo convertido en costumbre; no estaba escrito y su origen ni siquiera era preguntado ni rastreado. Sencillamente era así.

La figura del “vecino” era el status de participación plena en la vida social de la aldea; cuando se era vecino ya se era de La Ventosa, o de La Seca, o de Fuentepinilla, según fuera el caso; antes se era un don nadie. De hecho no solía haber nadie que no fuera vecino por desheredado, o pobre, o extraño que fuere a la comunidad.

La condición de vecino conllevaba una serie de derechos y deberes: Obedecer al Sr. Alcalde en lo referente a las normas de la vida comunal, desempeñar los cargos que le fueran encomendados por las normas o costumbres, asistir a concejo cuando fuere necesario, pertenecer a la Cofradía de la Vera Cruz, enterrar a los muertos, ayudar a otros vecinos en situaciones extremas en la recolección de cosechas, en trabajos, o cuando se les moría algún animal... Los derechos eran los correspondientes a los deberes.

Este sistema sencillo suponía una especie de “seguridad social” que te cubría de la intemperie en situaciones difíciles.



Julio, uno de los últimos vecinos de La Ventosa

El nuevo vecino solía ser un recién casado; le costaba la entrada dos arrobas de vino más una cena a los del Ayuntamiento: Alcalde y concejales.

Era llamado a concejo para, en público y de forma solemne, leerle sus obligaciones y hacerle jurar que las iba a cumplir. A continuación el alcalde le señalaba su asiento entre los vecinos del concejo. El que entraba ocupaba el último asiento al final de la fila.

Durante un año debía desempeñar el cargo gratuito de alguacil y depositario. Hay que señalar que todos los cargos del Ayuntamiento desempeñados por vecinos no tenían remuneración económica alguna; únicamente algunos derechos menores como alguna cena o merienda, ocupar sitio destacado en la iglesia o en concejo y cosas así.

Cuando el alcalde necesitaba reunir a los vecinos, la noche del día anterior iba el alguacil casa por casa diciendo: “Por orden del Sr. Alcalde no te vayas de casa sin su permiso, y mañana, tío fulano, a la casa de concejo”.

En las “cenderas” y en el concejo el alguacil tenía que servir el vino a los vecinos participantes.



Vecinos de La Ventosa, acompañados de sus mujeres e hijos, un día de fiesta con el gaitero en primera fila. Fotografía de 1918.

LA ESCUELA DE LA VENTOSA

En las aldeas sorianas siempre se tuvo en mucho la cultura; la escuela era una institución valorada y cuidada.

En la Ventosa la escuela estaba instalada en el piso superior de la Casa Ayuntamiento; era un rectángulo amplio, bien soleado; tenía un estrado alto donde estaba la mesa del maestro. Bien dotada de material; los niños se sentaban en pupitres de dos en dos con tinteros blancos; tenía varios armarios con libros que servían no sólo ya para leer, para soñar también; para soñar el resto de la vida. ¿Quién de las últimas generaciones no ha soñado con la “Fiera Corrupia”, con “Tengo, tengo; tengo tres ovejas...”, con “El hambre y el despilfarro”, un cuento que enseñaba más en un instante que en todas las asignaturas modernas de educación ética; los libros de Historia Sagrada con dibujos que abrían la mente infantil a universos fascinantes, dotados de un potencial educativo hoy no sospechado tan siquiera por los pedagogos de pacotilla paridores de reformas educativas, que se suceden inútiles y que rechazan todo lo que no sea facilidad y economía.

En la escuela de la Ventosa se aprendía a leer, escribir, cuentas, algo de geografía e historia... y sobre todo SE APRENDÍA A SOÑAR. ¡Qué asignatu-



En el piso superior estaba la escuela, abajo el Ayuntamiento.



Tapas de un libro de la escuela.

ra tan importante! Si los niños sueñan, tendrán. Si los niños sueñan cuando son niños, serán “hombres de provecho”, como se decía entonces.

“Ser hombre de provecho”, ese era el objetivo de toda educación; lo repetían los abuelos, los padres, el cura, el señor maestro; sobre todo el señor maestro: “Tenéis que estudiar para que seáis hombres de provecho”

La escuela estaba orientada a hacer hombres de provecho. Y los hombres de provecho eran corteses, saludaban, sabían obedecer, trabajaban ayudando a sus

familias, eran algo “pillos”, jugaban, jugaban; estaban bien socializados; eran niños niños; sabían lo que tenían que saber para ser felices: buscar nidos, ayudar a misa, echarse una pelea en los muladares, tocar las campanas, jugar al hinue, a la pelota. Cada época del ciclo anual tenía sus juegos.

El concepto “hombre de provecho” se entendía de forma genérica referido también a las niñas, aún advirtiéndose que en nuestras aldeas la estructura social era lo que hoy se llamaría “machista”, pero con algunos matices tan importante como éste: en la mayoría de las familias había un matriarcado funcional y muy eficaz; la vida giraba alrededor y bajo la supervisión inteligente de la “madre”. “Lo ha dicho la madre”, “lo necesita la madre”, “la madre se va a enfadar”, “dice la madre”...

Tras la supremacía sociolaboral del hombre, estaba, como en penumbra de luz inteligente, la mujer. Una mujer sólida, que nunca fallaba, que sabía bien todo lo que le tocaba a ella y también lo que correspondía a los demás; a los bebés, a los niños, a los chicos, a los hombres, a su hombre, a los viejos, a los moribundos, a los vivos, a los muertos, a las novias, a los idiotas, a los espabiladillos, al cura, al ama del cura; al bien común o al mal común.

La mujer en las aldeas, en la Ventosa, era una fortaleza-castillo cuidadora de la realidad y de los hombres.

El único maestro que yo recuerdo y el único que yo conocí siendo niño fue Don Felipe. Era hombre pulcro, decían que “había venido desterrado” por motivos políticos, tenía una mujer muy guapa y su hijo se llamaba Felipín. Don Felipe pegaba que daba gusto; no sé si enseñaba mucho o poco, pero pegaba mucho. Los chicos le teníamos miedo; no le hacíamos mucho caso pues no le amábamos. Sin amor no hay quien haga caso, y menos los niños.

Durante mucho tiempo critiqué un hacer pedagógico de Don Felipe, que más tarde he llegado a valorar muy positivamente; en cuanto salíamos de la cartilla y leíamos aún con dificultad, nos pasaba a leer el Quijote. ¡Un niño pequeño leyendo el Quijote!; leíamos el Quijote, nos aburríamos con el Quijote; odiábamos el Quijote; nos imaginábamos a Don Quijote; supimos temprano que don Quijote existía de verdad; nuestra mente infantil se iba adaptando dolorosamente a la sintaxis elevada y recia de Cervantes.

Esta adaptación daría más tarde un fruto lingüístico que para su obra quisieran los paridores actuales de reformas educativas. El lenguaje se forma en los amaneceres y en las pri-



Esta estantería de la escuela la recuerdan varias generaciones.



En este atlas se aprendía el mundo.

meras horas del día. ¡Qué razón tenía Quintiliano cuando hace dos mil años afirmaba: “La cuba sabe al primer vino que ha tenido”!

Don Felipe nos hizo con meter el Quijote en nuestras almas de niño. Otro acierto formidable fue que dejara libertad para coger de los armarios los libros que quisiéramos. Eran libros “más bonitos” que el Quijote, tenían ogros, brujas, “fieras corruptias”, “infantes vengadores”, diluvios universales, paraísos, infiernos, y cosas que no entendíamos y que por ello eran muy interesantes y fascinaban y nos hacían soñar y eran lo que nuestra mente infantil hacía que fueran.

¡Qué gran error querer saber todo y no soñar nada! Siempre soñé, incluso ahora que sé que es un simple concepto, que el Despilfarrero era alguien feo, malévolo, engañador, amigo de El Hambre. Aquellos dibujos en blanco y negro tenían una exuberancia de significación conceptual de la que carece normalmente el color.



Los cuentos que había en la escuela hacían volar la imaginación de los niños de la Ventosa.

Don Felipe era mucho donfelipe; a mí siempre me pareció displicente y al que le

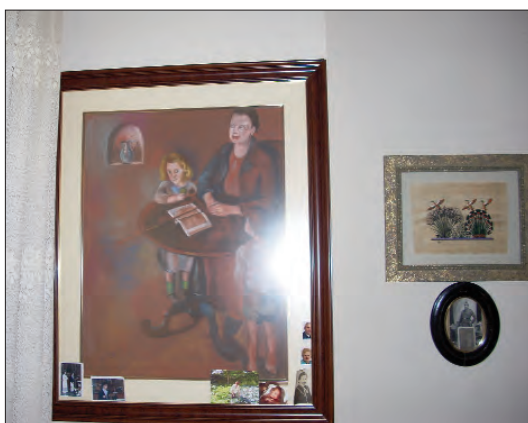


Un clan familiar de la Ventosa. Sus tres generaciones aprendieron en su escuela a leer, a escribir y a "ser hombres de provecho". Foto de Jesús de Miguel

importábamos un bledo; pero la escuela con los amigos, con los libros de Don Felipe, con la estufa, con los recreos, con el hoyito de mear en la piedra de la salida, con los hiques... Era mucho más escuela que el maestro de turno y que seguramente se encontraba a disgusto en una aldea perdida entre barrizales.

La escuela de la Ventosa fue una ESCUELA que ayudó a triunfar a varias generaciones.

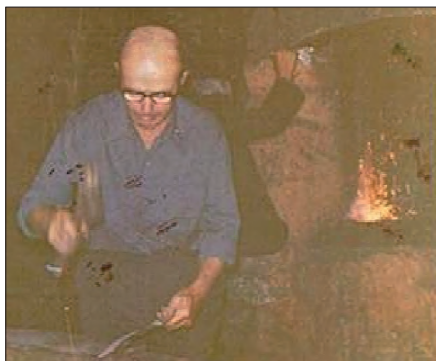
Los maestros de la Ventosa eran funcionarios, que juntamente con el cura, tenían relieve social en aquella comunidad.



Doña Alejandra era una de las maestras de la Ventosa. Llevaba fama de dura. Óleo de Don Jesús de Miguel, el pintor de la Ventosa. Fotografía tomada en el rincón de una casa de Soria el 25 de noviembre de 2007.

LA FRAGUA

Junto a la iglesia el lugar sagrado en La Ventosa. El sumo sacerdote de la fragua era el herrero. Jorge se llamaba el de La Ventosa, el último herrero de La Ventosa.



Jorge, el herrero de La Ventosa, era un hombre querido y respetado por todos. Foto de Jesús de Miguel.



La fragua hoy es un museo de lo que fue, junto con la iglesia, el rincón más importante de La Ventosa.



Fotografía de la fragua en tiempos de Jorge.

Recuerdo al Jorge como un hombre inteligente y “distinto”; era cazador, no tenía hijos. Una vez en el cementerio ante una tumba antigua de una niña oí comentar a una vieja que aquélla era la tumba de la única hija que habían tenido el Jorge y la Juliana. Lo tengo grabado en mi memoria.

La fragua era el ágora y el lugar de reunión de los hombres. Se solía decir: “Día de agua, día de fragua” Como no se podía salir a las faenas del campo, se aprovechaba para arreglar los útiles de labranza, sacar punta a rejas y barrones, afilar cuchillos.

También acudíamos los chicos fuera de las horas de escuela. Recuerdo las conversaciones de los mayores en la fragua; solían versar de mujeres, de faroles con mujeres, de anécdotas con mujeres, de majadas y mujeres, de caminos y mujeres, de ventanas y mujeres, de madres de mujeres, de trances de mujeres, de mu-je-res.

– “El día en que se calzaban las rejas, que se hacía muy de tarde en tarde, como suponía grandes caldas (fuego), a parte de llevar el porrón a la fragua, se solía invitar al herrero a comer.

El día de San Isidro paga el herrero un concejo por el ajuste de un año más, y otro concejo el día de San Juan Degollado, antiguo patrón de La Ventosa; de esta manera el herrero



Esta es la fragua de La Ventosa hoy, remozado el edificio con especial esmero.

ponía de manifiesto su contento con el pueblo, después de cobrar una fanega de trigo por yunta. Otros arreglos eran pagados a parte.”

También la muerte de La Ventosa comenzó pronto a notarse en la fragua. Se empezaron a comprar tractores, desaparecían las yuntas, no se arreglaban rejas ni burzones, no se mataban cerdos, no se afilaban cuchillos, no quedaban mujeres, ni hombres, ni el Jorge. Se marchó, junto con su esposa Juliana, a una residencia a morir. Ni niños. Ni nadie. Todos se marcharon a vivir a Soria, a Quintana Redonda. ¡Todos ya lejos de la fragua! En la fragua se murió La Ventosa.

¡Cómo cantaba el martillo en el yunque! Después todo fue silencio. La fragua y La Ventosa. El Jorge. La Juliana. Las mujeres. Los hombres. Los chicos. Todo ya en silencio.

LOS MOZOS

En las aldeas de nuestro medio rural, en La Ventosa, el tesoro social máspreciado era la juventud. Era numerosa, llena de vida e ilusiones, era el soporte existencial de la comunidad; era el elemento dinamizador que traía las ideas, la información, las transgresiones necesarias para sobrevivir en un medio tan conservador y estructurado. Era el recordatorio permanente de que la vida merece vivirse pese a todo el cúmulo de dificultades y carencias que formaban parte de la vida sencilla de aquellos hombres y mujeres.

Desde niños habían aprendido que la vida era “un valle de lágrimas”, que las normas morales eran para cumplirse, que la vida era como era y no había otro remedio.



En el potro los bueyes se herraban con las herraduras hechas por “el Jorge”.



Todo se ha quedado ya vacío; antaño todo estaba lleno de vida. Los mozos y mozas trabajaban y gozaban, y lo llenaban todo.

En medio de este panorama, hoy tan inaceptable, entonces simplemente natural y por ende normal y adecuado, había algunas piezas de consolación y exorcismo. “Los mozos”. “Las mozas”: una “clase social” denominada genéricamente “La juventud”.

Estaba regida por sus normas y costumbres, de forma que se integraba sin estridencias en la estructura orgánica de una sociedad sólidamente estructurada y basada en la tradición.

Al comenzar la pubertad, el muchacho, la muchacha permanecían unos años en “tierra de nadie”, abandonando poco a poco el territorio social que los había sostenido y alimentado, “los chicos”, “las chicas”. Se iban acercando de forma tímida al estamento de “los mozos”. Solía haber un tiempo de iniciación en que eran frecuentes bromas y chanzas de que eran objeto, especialmente los muchachos. En el terreno femenino todo era más sencillo; apoyadas en amigas mayores o hermanas llegaba un momento en que ya eran “mozas”, ejercían los derechos de “las mozas” y asumían sus deberes inherentes a la nueva condición.

En La Ventosa hacia los 16/17 años se ingresaba en el nuevo status. Me voy a referir a los varones; las nuevas mozas tenían un proceso de integración mucho más simple y enmarcado en la familia inmediata: Solía ser la madre y la observación quienes ayudaban a sumir los nuevos roles sociales, sexuales y de trabajo que suponía el dejar de ser niña.

El paso de adolescente a mozo de ronda tenía un ritual y unas obligaciones. Llegado el momento los mozos reunidos en asamblea aceptaban al neófito y en medio de bromas y chanzas de inequívoca tendencia sexual, hacían la “revisión” al postulante. Lo tumbaban sobre una mesa en la cantina o en la casa de ayuntamiento, le registraban sus partes; a veces las bautizaban con vino; se organizaban un gran jolgorio y una bacanal rústica. Se les hacía saber sus derechos y deberes a los nuevos mozos. Ya podían cortejar y rondar a las mozas.



La juventud era el bien social máspreciado; las aldeas estaban llenas de juventud. Foto de Jesús de Miguel.



Hoy todo vacío; ayer lleno de vida.

Los mozos solían ayudar al sacristán cantando la misa en el coro y tocando las campanas; el campanario era el lugar más interesante de la iglesia. Ejercía una fascinación intensa sobre toda la chiquillería. Los mozos podían subir y tocar las campanas.

La “coral” de los mozos y el sacristán era de un “virtuosismo” muy especial; no haber recogido debidamente su forma de cantar ha sido una pérdida irreparable en el estudio de nuestros pueblos. A nivel técnico era un cantar desastroso y bárbaro. En sí mismo era tremendamente interesante llegando a ser una señal de identidad de una aldea. En cada sitio el sacristán cantaba a su manera y

los mozos le secundaban a la suya. Y el cura aguantaba a todos. ¡Qué lástima haber perdido estos documentos antropológicos, zambra sagrada popular, cantar de sacristanes y de mozos!



El campanario era feudo del sacristán y de los mozos.

El campanario era feudo en exclusiva del sacristán y de los mozos por delegación suya. Voltar las campanas era una “machotada” en que competían los mozos más fuertes y decididos. Daba la impresión de que la campana en cualquier momento podría dejar sin cabeza a los arriesgados campaneros.

La mayor hombrada era dejar mudas a las campanas por un volteo tan rápido que no diera tiempo al badajo a tocar el metal de la campana. “Encanar las campanas” se llamaba. Así hacían enmudecer los mozos a aquellos monstruos de metal, monstruos sonoros con cabeza de encina o de añoso roble.

La primera vez que subí al campanario, siendo niño, tuve una impresión curiosa hecha de olor a orines y de trueno sobrecogedor.

Después me enteré de que los mozos y el sacristán se meaban en un bote o lata que tenían en el campanario para luego “engrasar” las campanas con el “aceitillo”. Decían que se notaba, que iban mucho mejor, que no había mejor grasa para los ejes de campana.

– “Para figurar como mozo de ronda, había que pagar una quartilla de vino y poco más; después ya se era mozo, ya estaba obligado a cotizar cuantos escotes fueran necesarios para los gastos de la cuadrilla.



Lata del “aceitillo” con que se engrasaban las campanas.



Los mozos siempre cantaban en el coro ayudando al sacristán.

El primer cargo que se ostentaba recién llegado a mozo era el de alguacil de mozos, que el interesado desempeñaría hasta que entrara un nuevo mozo.”

José Antón va contando dibujando en su cara de viejo labriego ilustrado una sonrisa al evocar sus tiempos de mozo en La Ventosa.

– “Aquellos eran otros tiempos; no tienen que ver nada con lo que estamos viviendo ahora. La gente no tenía nada, pero creo que era mucho más feliz.

El alcalde de los mozos siempre era el más viejo. Sus obligaciones más importantes eran acompañar a los gaiteros en las dianas de las fiestas y darles de comer. El pueblo se encargaba de pagarles.

Los mozos en compensación por sus desvelos en las fiestas pedían la “gallofa”, recogiendo por las casas carne, alubias, vino, roscas...; con todo ello organizaban grandes “merendolas”. El Ayuntamiento les pagaba una quartilla de vino.

En carnavales organizaban ellos la fiesta con disfraces y jolgorio; pedían

la gallofa y los vecinos les solían dar un trago de vino o una copa de aguardiente al llegar a su casa. Lo pasaban fenomenal. Después invitaban a las mozas a la merienda, que solía terminar en baile con música de guitarra y de bandurria. Al final cada mozo acompañaba a su moza hasta casa; y en el camino, y en los umbrales, y en los lugares adecuados, en apartamiento y soledad terminaba la fiesta en un abrazo. No era como ahora, antes las mozas eran muy “miradas”.

Los sábados se rondaba y cada mozo a su moza le dedicaba un cantar. Los domingos se rondaba antes y después de cenar.

Cuando un forastero festejaba con alguna moza del pueblo, antes de llegar el día de la boda si no pagaba lo establecido, al llegar la segunda amonestación se le “daba una cencerrada”. Era una ley justa, ya que el forastero había bailado al son de las guitarras o gramola de los mozos del pueblo. Algunas cencerradas fueron sonadas.

En el año 1932 compraron los mozos una gramola y como había mozos que habían estado fuera, en Argentina alguno, otros en Barcelona o Madrid, empezaron en los bailes a aprender tangos, chotis... En La Ventosa se sabía bailar”.

EL SACRISTÁN

En todas las aldeas el sacristán era una figura emblemática al servicio y cuidado de la iglesia. No había pueblo sin sacristán, como no había pueblo sin iglesia.

Solía ser un vecino con una personalidad marcada por el oficio y por el trato estrecho y cordial con los curas. No solía blasfemar (“jurar” en el lenguaje del pueblo), solía ser piadoso o lo aparentaba sin esfuerzo alguno, desempeñaba con decoro sus funciones de ayudante de culto, de campanero, de cuidador de la iglesia, de encendedor de velas, de cantor de coro, de todo lo que le mandara el señor cura o la comunidad en relación a la iglesia.

José rememora así al sacristán de La Ventosa:

– “Cada vecino estaba obligado a pagarle dos o tres celemines de trigo al año. Las viudas pagaban la mitad.

Su obligación además de cantar en las misas, era limpiar la iglesia y rezar el rosario por las tardes de octubre y mayo, además de los días de fiesta en todo el año en el caso de que no hubiera cura. Cuando lo había el encargado de dirigir el rezo del rosario era éste.

Al amanecer tocaba las campanas al “alba” (nueve campanadas con la campana pequeña y después unos minutos con la campana grande). En los días de fiesta daba las campanas a bandeó anunciando así que era domingo o día especial.



El campanario y el coro son feudos casi exclusivos del sacristán.

A las doce tocaba “a mediodía”. Tocaba al rosario o a misa haciendo el toque de “primeras”, “segundas” y ya al comenzar el acto, el toque de “terceras”.

Todos los días del año tocaba al anochecer el “toque de oraciones”, bandedo las campanas los días de fiesta.

Llegado el día de la Cruz de Mayo, antes de los toques normales correspondientes, hacía un repiqueteo de campanas llamado “el tenerenublo”, decían que para ahuyentar las malas tormentas. Cuando oían el repiqueteo del tenerenublo los chicos decían mediocantando:

“-Tenterenublo, tente tú; más vale Dios que ciento tú-”.

También cantaban este chascarrillo soez y chiquillero: “-Que me l’han tocao, que me l’han tocao. Si te l’han tocao, no haberte dejao-.”

EL VAQUERO

– “Se le daban unas treinta fanegas de trigo; el reparto se hacía por las cabezas de ganado (vacas, toros, bueyes, mulos, caballos y yeguas) que había en el momento del ajuste que se solía hacer el día de san Miguel. El ganado que se añadiera después quedaba en prorrato para el año siguiente.

Se almacenaba el trigo en un lugar del ayuntamiento y se le iba dando por meses. Como ayuda a este menguado ingreso el día de la matanza se le llevaba al



En la casa del rincón vivían los vaqueros; se quemó y hubo que rehacerla.

vaquero “caldo morcillas”, picadillo y otras menudencias del cochino o de “las viejas”: ovejas viejas que se engordaban para matarlas. Cuando parían las vacas, las burras o las yeguas se le hacían regalos. También se dejaba al vaquero algún huerto para que lo cultivase.”

Así nos describe José Antón los emolumentos que ganaba el vaquero, que nunca salía de pobre y que siempre llevaba una vida llena de privaciones; los vaqueros solían ser gentes con pocas luces y ninguna ambición, pero era una institución importante en la aldea.

“Por la mañana temprano el vaquero daba la vuelta al pueblo tocando una trompeta o un cencerro para que los vecinos soltaran el ganado. Últimamente tocaba una bocina.

Llevaba el ganado al “prao”, donde lo vigilaba todo el día. Cuando éste se regaba, el vaquero al recoger el ganado, además de tocar el cuerno, la trompeta o lo que fuere, advertía a los vecinos sobre la parte del “prao” donde pastarían ese día los ganados a la voz de “el gana arriba” o “el gana abajo”.

Recuerdo a un vaquero que estuvo muchos años en La Ventosa; le llamaban El Filorras y se llamaba Félix. Era un hombre bajito; no sé si sabía leer y escribir, pero arrechante y decidido; muy eficaz en su trabajo y bastante estimado por los vecinos.

El Filorras era un hombre muy especial; los perros del pueblo le ladraban al pasar, de forma frenética y extraña. Nunca supe a ciencia cierta el por qué; tal vez fuese porque la cornetilla que tocaba El Félix hiriese el sensible oído de los canes y no lo podían ver; o tal vez porque El Filorras era el verdugo de los perros y gatos del pueblo de La Ventosa.

Cuando alguien quería deshacerse de un perro porque fuera viejo o porque había hecho alguna zalagardada, se lo decía al Filorras, le entregaba el perro atado del cuello con un ramal y el vaquero lo ahorcaba en un espino del Prado que había acondicionado para tales menesteres.

Tras el sacrificio del pobre animal, lo desollaba y la piel solía entregarla al amo; si éste no la quería, él se quedaba con ella o la daba a los mozos para forrar pelotas con que jugaban en el frontón. La piel de los gatos era más fina y menos abundante, pues se solían ahorcar más perros que gatos. En las cámaras de las casas (el desván) en todas solía haber pellejas de perros y gatos para hacer útiles o forrar pelotas de chicos o grandes. Antiguamente se emplearon mucho para hacer bolsas donde llevar el dinero.

“Por San Isidro –dice José– ya se había regado el “prau” y empezaba a criar una hierba nueva y abundante; decían “echar al verde” el llevar los animales allí a pastar. Esta abundancia de hierba preparaba al ganado para los rudos trabajos de la recolección.

Los mulos los traía el vaquero al pueblo a la puesta del sol o toque de oraciones; el ganado vacuno se quedaba en el prado por la noche; los bueyes de trabajo los llevaba a sus casas al amanecer o toque de alba para que pudieran ir a labrar”.



Hoy el frontón es lugar de aparcamiento; antaño lugar concurrido los días de fiesta en interesantes partidos de pelota.



La dehesa, antesala del prado.

En las aldeas de Soria, en La Ventosa, las costumbres eran eficaces medios de adaptación que permitían resolver los duros problemas que planteaba la necesidad.

¡Cuánta eficacia y cuánta sencillez sabia en la organización de la aldea!

LOS MONAGUILLOS

En los escalafones de poder, a veces, hay “peldaños” bajos que adquieren una significación especial. Así todos nos habremos encontrado con conserjes, o porteros, o subalternos que decidían en la realidad práctica tanto o más que las instancias superiores.

Algo así pasaba con los monaguillos. No me refiero al poder de poder en sí, que nada podían los monaguillos ni estaban en edad de entender nada de poder y menos de apetererlo. Pero podían beberse el vino de celebrar que sobraba al cura, o al vino de celebrar en sí, pues solían ser ellos los que manejaban el garrafón de ese vino sagrado y delicioso donde los hubiera. Y un traguillo nunca se notaba.

Por otra parte llegar a monaguillo era comenzar el “cursus honorum” de las aldeas, que podría llegar a desembocar en Alcalde Mayor, o Sr. Alcalde incluso.

Los monaguillos significaban y daban la gracia, como los sacramentos de verdad. De hecho la decadencia de las aldeas, también la de La Ventosa, se comenzó a notar en los monaguillos. Ya no había monaguillos, ya no había niños; en lugar de dos, como era de ley, sólo había un monaguillo; pronto nin-

guno. Era el señor cura el que tenía que vérselas solo con la misa. Ante la carencia de machos, empezó a haber monaguillas. Ni que decir tiene que los sacristanes se habían acabado mucho antes. El último sacristán de La Ventosa, el único que yo he conocido era “El Serafín”, pues así se llamaba por nombre de pila, Serafín. Era el marido de la Toribia, y padre del Marín que al morir dejara una fortuna para la iglesia. Pero eso es otro cuento que contaré después.

José, como siempre, recrea el pasado con un encanto y una información inigualable:

– “En los días grandes de fiesta se vestían los monaguillos unos hábitos largos, como si fueran obispos. Hábitos llamados roquetes.

Los monaguillos tenían que saber “ayudar a misa”, porque si no “no había perra” (se refiere a la propina que daba el cura al finalizar la misa a los monaguillos).

Solían ser muy avispados; como les gustaba el vino de celebrar, cuidaban de echarle al cura en el cáliz lo menos posible, para que sobrara más. Entre la prebendas de los monaguillos estaba el de beberse el vino que sobrara al cura además de la perra gorda o chica, según fuera de roñoso el cura; que había de todo en la viña del Señor.

Al finalizar la misa, uno de los monaguillos “daba el pastecum” a todos los vecinos-hombres de la comunidad antes de que salieran de la iglesia. Iba poniendo delante de las narices de cada vecino un objeto de metal con una imagen de Nuestro Señor Jesucristo Crucificado para que lo besaran, al mismo tiempo decía las palabras latinas “pax tecum” que ellos pronunciaban “pastecún”. El



Las vinajeras de la iglesia de La Ventosa; agua y vino para celebrar. A los monaguillos les gustaba administrar el vino para que sobrara.

hombre abordado con semejante atrevimiento respondía “etcumespiritutuo”. Antigamente todos besaban con sus labios al cristo de metal, trasmitiéndose miasmas y sabores; más tarde, cuando la gente comenzó a hacerse fina y escrupulosa –esto sería el final– el monaguillo llevaba en la otra mano un pañito para limpiar al Cristo de los besos entre beso y beso, y evitar así posibles contagios.”

Entre los deberes más arriesgados de los monaguillos estaba dirigir el rezo del rosario. Tenían que saber todos los misterios. Los dolorosos, los gozosos; los días que correspondían cada uno de ellos; la letanía de la Virgen en latín; también en latín las oraciones que venían después, y todo según un orden concreto y adecuado. El que salía ileso de semejante prueba ya era **un monaguillo**. Todo esto era un auténtico rito de iniciación.”

¡Qué bien estaban estructurados los “trabajos y los días” en la aldea, en La Ventosa! El camino de la cuna a la sepultura era un camino claro y bien definido. Todo encajaba y encajaba bien.



Ayudar a misa era la función principal de los monaguillos.



Ayudar al Sr. Cura a vestirse en la sacristía era una de las funciones de los monaguillos.

Capítulo 5

Donde se cuenta cómo el buscar nidos era una tradición de relieve en la gente joven; y se dicen y se describen algunos juegos de las aldeas sorianas.

- Buscar nidos
- Juegos de La Ventosa:
 - La tanguilla
 - El juego del moscón
 - El escondite
 - La gallina ciega
 - Cuatro esquinas
- Relación de juegos
- El vestido y el calzado

BUSCAR NIDOS

Cada época tiene sus recompensas que premian a los hombres por vivir una realidad que también conlleva siempre determinados grados de desdicha.

Buscar nidos era para los chicos de La Ventosa, lo que cazar o fumar para los mayores. El beber pertenecía a otro nivel de necesidades; era alimento o era fiesta, cosas ambas absolutamente necesarias para vivir.

Cuando llegaba la primavera y la naturaleza comenzaba a levantarse del sueño largo y frío del invierno soriano, los pájaros cantaban de otra manera, los días se hacían más largos, los viejos tenían menos frío, los mozos y las mozas se atraían más; los chicos comenzaban a fantasear de nidos que se sabían, de nidos en zarzales, o en los huecos de las chaparras, o en lo alto de los chopos y en los olmos.

“Buscar nidos” era algo instintivo y atávico; posiblemente reminiscencia genética de los millones de años en que los hombres fueron cazadores y vivieron en comunión sagrada con los animales. Tenía una emoción especial y exigía unas cualidades complejas de instinto, de observación, de sagacidad, de trabajar en equipo, de aguante físico, de esperanza, de intuición.

Cada tipo de nidos tenía su encanto. Los nidos de pájaros pequeños como rebalbas, jilgueros, pajarillas... tenían un sentir delicado y bellissimo especialmente deseado por los chicos más pequeños, pero nunca despreciados por ninguno. Lo más curioso de estos nidos chiquitos eran las “blanduras” y el color de los huevos, casi siempre vistosos y delicados (azulines, blanquitos, moteados).

Las rebalbas solían hacer sus nidos en los huecos de las paredes de las majadas. Las rebalbas de río hacían sus nidos entre los carrizos.



Al comenzar la primavera buscar nidos era la actividad más apasionante para los chicos.



En cualquier ruina, entre las piedras, podías encontrar nidos de “rebalba” o de abubilla.

Los jilgueros criaban en manzanos, perales, arbustos de cualquier sitio y de cualquier tipo. Las pajarillas eran un tipo de jilguero pero menos finas y de peor cantar.

Los gorriones eran pájaros pequeños, pero formaban un grupo aparte y muy especial junto con los tordos.

Eran los gorriones y tordos enemigos de tejados y edificios; terminaban por estropear los tejados de las casas, de las majadas y corrales; y hasta el tejado de la iglesia.



Los tordos hacían sus nidos bajo las tejas. Estropeaban los tejados.

Los mozos, cuando en los nidos había crías ya crecidas, solían dedicar algún domingo a cogerlas y con los pájaros hacían unas “merendolas” memorables. “**Tordo con vino alivia el camino**” y “**Gorrión bien frito quita el hipo**”

Pedían permiso al señor cura para subir al tejado de la iglesia a “coger los tordos”; a veces no se lo daba, pues les temía más que a un nublado; en su falta de cuidado y exceso de regocijo hacían más goteras en un momento que los pájaros en todo el año.

Los nidos, ya en serio, los que más merecían la pena eran los de grajo, los de mochuelo, los de halcotán... Había un nivel superior de nidos, patrimonio de unos pocos, los más aguerridos, nivel vedado a los chicos normales; eran los nidos de ave grande como águilas, lechuzas, moriles...

Existían también nidos exóticos; raros y con leyenda añadida. Así los nidos de abubilla, se encontraban en los huecos de paredes o de árboles añosos. Estos nidos tenían una atracción ambigua y contradictoria; gustaba encontrarlos por ser infrecuentes, pero daba un poco de asco por su mal olor. Las abubillas son unos pájaros bellísimos que tienen cresta de guerrero antiguo y su pico nos hace soñar con las espadas de los héroes, pero desprenden un olor fétido muy característico.

Los nidos de **arrandrajo** eran ya el colmo; decían que estos pájaros sabían los secretos del mundo y que sólo se los contaban entre ellos en días apacibles y especialmente hermosos. Una vez aprendí uno; escuché con atención, pero ni las crías ni los padres soltaron prenda.

Evoco al hablar de estas cosas un pasaje de la mitología grecorromana tremendamente interesante que nos cuenta la historia de Marsias, el fauno que conocía “**El gran secreto del mundo**”.



Rincón umbroso, ruinas del molino en La Ventosa.

miendo la borrachera de aquel día. Lo ató de pies y manos con lianas, llamó a sus compañeras y empezaron a hacerle cosquillas. Se despertó sobresaltado el pobre fauno, no podía aguantar y se moría de risa.

Las ninfas traviesas y desalmadas exigieron a Marsias para dejarlo en paz que les contase el Gran Secreto del Mundo. Si no accedía lo matarían de risa. Un rato grande aguantó el conocedor de secretos sin decirles nada, pero, no pudiendo más, entre risas atroces les advierte:

– Vale, os lo contaré; haré cuanto queráis, pero dejadme de hacer cosquillas. Vuestros delicados dedos, vuestros labios deliciosos, vuestros cabellos de viento me están matando de risa. ¿Sabéis cuáles el Gran Secreto del Mundo?

Las ninfas dejaron de hacerle cosquillas y guardaron un silencio expectante esperando oír la



Los arrandrajos y los faunos vivían en lugares apartados y frondosos.

revelación de Marsias. Él callaba dando densidad a un tiempo de espera que a las ninfas les pareció infinito.

– ¿Sabéis cuál es el Gran Secreto del Mundo? Todos lo sospechan y nadie lo termina de saber, pero es muy sencillo. El Gran Secreto es que no hay secreto.

Dicen que las ninfas se marcharon en silen-

cio a sus mansiones de agua, o de bosque o de viento, sin saber muy bien si era liberación o condena el regalo que les había hecho Marsias El Fauno.

Arrandrajos y faunos. Nunca me encontré un nido de fauno o de ninfa, ni de viento, ni de cárabo, ni de moril. Ni de “gorrión zurdo”.

Junto al molino de La Ventosa estuve a punto de hacerlo, como les he contado. Faunos y molineros antiguos conocían los secretos de los hombres; los leían en el agua de los ríos o escuchaban en los vientos.

Félix, el molinero de La Ventosa, estuvo a punto de enseñarme el Gran Secreto del Mundo mucho antes de que pudiera ni siquiera sospechar la mitología antigua. A su manera el molinero nos contó a tres niños buscadores de nidos una mañana de primavera que el Gran Secreto del Mundo era una mierda cagada debajo de un lampazo.

Faunos y molineros. Lenguajes distintos para decir tal vez lo mismo. Eso es todo.

JUEGOS EN LA VENTOSA

Llama la atención que nuestras aldeas, unas comunidades de vida austera y de costumbres muy comedidas, fueran **tan ricas en juegos** y pasatiempos.

Todos jugaban, los niños, los chicos, los mozos, los hombres; los viejos menos, mucho menos, casi tan sólo recordar. Las mujeres y niñas participaban activamente de este mundo lúdico asombroso con algunas matizaciones; algunos juegos que exigían más agresividad o fuerza física no despertaban el interés de ellas.

Otro aspecto digno de resaltar era que los juegos en las aldeas, en La Ventosa, estaban **determinados por el ciclo de los días**. Era un fenómeno muy curio-

Jugando en la plaza un día de fiesta de los años 60. Fotografías de Jesús de Miguel.



so. Sin que nadie lo pretendiera, llegaba el tiempo de jugar a algo y se jugaba, y así se sucedían a lo largo del año los distintos tiempos en los juegos. La aldea estaba sometida en todo a los ciclos naturales.

Expondré algunos juegos de La Ventosa.

Los más mayores jugaban exclusivamente a **las cartas**; y no mucho. Solían pasar su tiempo de ocio charlando con sus iguales y evocando el pasado o comentando los acontecimientos del presente, como pequeños escándalos, lo que se hacía mal, lo que no se hacía; nunca les oí hablar de política. Cuando jugaban a las cartas solían jugar al **guiñote** los hombres; las mujeres, a **la brisca**.



En las aldeas los viejos vivían apaciblemente. Hablar con sus iguales era su principal distracción.

Los hombres jugaban a la calva y a la tanguilla además de los juegos de cartas (guiñote o subastado).

El juego de **la calva** fue desapareciendo a partir de los años cuarenta. Del medio siglo en adelante era muy raro; antaño debió de ser un juego muy frecuente. Consistía este juego en colocar “la calva”, una pieza de madera en forma de ángulo de 90 grados, y desde una distancia de unos 15 metros intentar derribarla con unas piedras lisas y alargaditas terminadas en una especie de punta suave en los extremos, llamadas “guarros”. Era un juego paralelo al juego de **los bolos** de las mujeres.

La tanguilla permaneció vigente hasta el final de las aldeas sorianas. Consistía en tirar “la tanguilla” (una pequeña pieza cilíndrica de hierro) con ayuda de unos discos aplanados de hierro en forma de lenteja que se llamaban “tangos”. Encima de la tanguilla se colocaban monedas y el ganador se las llevaba. Para ganar el dinero no era suficiente con derribar la tanguilla, sólo se ganaban las monedas que habían caído más cerca del tango que de la tanguilla.

Los mozos tenían sus juegos específicos. El juego rey era **la pelota**. Exigía este juego fuerza, destreza, agresividad, decisión, mucha agilidad, dureza e intuición. En todas las aldeas sorianas había un frontón siempre cuidado con esmero mientras la aldea estuvo viva; aun hoy en nuestras aldeas muertas el frontón y la iglesia suelen permanecer como nostalgia de otros tiempos.

Se jugaba con pelotas muy duras y pesadas, y con la mano desnuda; hasta muy tarde no se conocieron las paletas.

Los jugadores de pelota, a veces, se lesionaban las manos por la violencia del juego, resintiéndose para bastante tiempo; decían que les “había salido sobre-



En este frontón, silencioso hoy, antaño hubo emoción y grandes partidos de pelota.

hueso”; para evitarlo se cogían con una goma dos dedos; así conseguían tener menos riesgo de que se les “abriese” la mano.

Otro juego de mozos era “**El juego del moscón**”; era muy bruto y aparatoso. Se solía jugar en invierno, después del baile. Cuando las mozas ya se habían ido a casa se quedaban los mozos en el salón de la Casa Ayuntamiento a jugar a las “**siete y media**” o al moscón”.

En el juego del moscón el que la quedaba se ponía con una mano debajo del sobaco con la palma hacia fuera y la otra levantada apoyándola en la cara para evitar ver a los demás jugadores que quedaban detrás. Luego empezaban todos, poniendo un dedo en la nariz, a hacer un ruido como de moscón y en medio de aquella sinfonía mosconera uno de los jugadores le pegaba un golpe descomunal en la palma de la mano al que la quedaba; éste se volvía y tenía que acertar quién

le había dado. Si acertaba, el pegador la quedaba; si no, seguía quedándola él mismo, y podía terminar recibiendo una verdadera paliza.



En la parte inferior de la Casa Ayuntamiento estaba el salón donde se celebraban los concejos de los vecinos y el baile de los mozos. Aquí se jugaba al “moscón”.

Los chicos Haber vivido la infancia en La Ventosa ha sido una de las mejores cosas que me han ocurrido; las aldeas ofrecían a los chicos una serie de experiencias y motivaciones que enriquecían y desarrollaban la personalidad de una forma armoniosa en contacto con la naturaleza y con las tradiciones.

Voy a explicar algunos de los juegos de los chicos de La Ventosa y de las aldeas sorianas, juegos que permanecieron desde siempre hasta que las aldeas se quedaron sin niños y empezaron a morir:

“**Tres navíos en el mar**” era un juego de grupo; jugábamos todos los chicos y chicas del pueblo. Era un juego de atardecer o entrada la noche. Se hacían dos grupos, la mitad se escondían por las callejuelas del pueblo, la otra mitad tenía que encontrarlos.

Cuando se comenzaba a jugar y ya se habían escondido, gritaban: “**¡Tres navíos en el mar!**”; los buscadores respondían: “**¡Y otros tres en busca van!**”. La emoción y la intriga al esconderse y de buscar en el crepúsculo de la tarde o en las tinieblas de los callejones mal iluminados producía una sensación de solidaridad con el grupo difícil de explicar. Cuando los buscadores encontraban a los otros, gritaban “**Tierra descubierta**”. Y se cambiaban las tornas; los buscadores eran los buscados y al revés.

Era un juego universal en el medio rural soriano; evoca el descubrimiento de América, y a buen seguro que data de los tiempos de los Reyes Católicos, como resto fósil de aquel acontecimiento histórico que caló en el alma más profunda de los españoles.



Junto a estos edificios, hoy amenazando ruina, en las callejas en cuesta hacia la iglesia, los chicos jugaban al atardecer a “Los Tres Navíos”.



¡Cuántos chicos corrieron y gritaron por estas calles de La Ventosa, hoy vacías! El “progreso” acabó con la tradición. ¿También con la vida?

“**El escondite**”.-En La Ventosa le decíamos “escondite”; era algo parecido al anterior, pero en éste era uno solo el que la quedaba y los demás chicos se escondían. Se fijaba un lugar concreto desde donde el buscador partía para encontrar a los demás. Los iba “cogiendo” de uno en uno y los iba juntando en el sitio señalado; cuando encontraba al último él se liberaba y el último la quedaba. Si alguno de los escondidos, sin ser visto, podía llegar al sitio donde estaban los atrapados, podía liberarlos. Y así se empezaba de nuevo.

Cuando se empezaba a jugar el que la quedaba contaba hasta treinta en voz alta para

dar tiempo de esconderse a los demás; cuando acababa de contar decía: “El que no se haya escondido, pata de burro ha tenido”. Y empezaba a buscar.

“**La gallina ciega**”.-Juego tradicional muy extendido por toda España. Se jugaba en recinto muy delimitado. En La Ventosa solía ser en el “juego pelota”. Se vendaban los ojos al que la quedaba; los demás revoloteaban a su alrededor gastándole bromas. El “ciego” tenía que atrapar a alguno y reconocerlo. Si acertaba quien era, se liberaba y el atrapado la quedaba.

Si el que tenía los ojos tapados corría peligro de toparse con algún objeto o pared, se le avisaba en voz alta; “¡Ajo huele!”.

“**Las cuatro esquinas**”.- Era un juego de habilidad y de rapidez de reflejos. En un recinto bien delimitado el grupo de chicos se movía y correteaba, para terminar colocándose todos en la espalda en la pared; el último en hacerlo la quedaba. Se situaba en el centro vacío del lugar del juego; los demás, de forma aleatoria y voluntaria, dejaban su puesto seguro junto a la pared y corriendo atravesaban el centro vacío. El que la quedaba podía ocupar cualquier puesto libre que dejaban los decididos que se lanzaban al centro. Así siempre había uno que estaba sin sitio y que era el que iba perdiendo el juego.

Cuando se comenzaba a jugar a algún juego en el que había bandos o algún chico tenía que quedarla, se echaba a suerte. Había fórmulas curiosas y bonitas. Se decía: “Vamos a echar”. Se reunía el grupo en corro y un chico iba señalando a los miembros del corro de uno en uno mientras canturreaba algunas de las fórmulas de sorteo que se decían desde siempre:

*“Pinto pinto, gorgorito;
tengo las cabras a veinticinco.
¿En qué lugar? En Portugal.
¿En qué calleja? En la Mora Vieja.
Tengo un chucho que sabe arar, estercolar,
dar la vuelta a la redonda
y esta mano que se esconda.
Detrás de la puerta de San Miguel,
hay una cinta de veinte colores,
pa-ra-la-Vir-gen-de-los-Do-lo-res.”*

El que era señalado al pronunciar la última palabra, ése la quedaba.

O esta fórmula o ensalmo de la suerte para señalar bandos:

*“Madre e hija fueron a misa;
se encontraron a un francés,
preguntaron la hora que es,
la una, las dos, las tres.
Pan y bizcocho. Hoja de laurel.
Liebre y cazador. Civil y ladrón”.*



En este poyo actual, donde nadie ya hoy se sienta, estuvo el olmo de la plaza. La chiquillería de la Ventosa se reunía aquí por la tarde después de salir de la escuela y de merendar, y jugaba hasta que llegaba la hora de recogerse.

José Antón me dejó antes de morir una lista de juegos frecuentes en La Ventosa cuando él era chico. Algunos yo ya no los he conocido, otros han pervivido hasta el final:

- | | |
|---------------------|--------------------------|
| – La pella. | – Las tabas. |
| – La pítola. | – La perindola. * |
| – El hinque. | – Las carambolas.* |
| – El escondite. | – La campana. * |
| – Tapacostillas. * | – La comba. |
| – La gallina ciega. | – Las prendas. |
| – El cuadro. * | – El moscón. |
| – El calderón. | – A la una anda la mula. |
| – El avión | – Sacar agua de un pozo* |
| – La naranja | – El disparate * |
| – El palmo. * | – Los bolos |
| – La calva. | – El cucurumbá* |
| – La geroa | – El aro |
| – La tanguilla. | – En busca del tesoro |
| – Las chapas. | |

Nota.- Los juegos con asterisco ya no los he conocido.

EL VESTIDO

En La Ventosa el vestido era austero y adecuado a la circunstancia que determinaba la forma de vivir de aquella comunidad.

La austeridad de su vida se reflejaba en su vestir; la reciedumbre de su carácter y su actividad cotidiana llevaba consigo que el vestir fuese simple y práctico.

Durante mucho tiempo permaneció casi inalterable; a partir de la Guerra Civil del 36 todo cambió muy deprisa, también la forma de vestir y de calzarse. Fueron los jóvenes quines fueron importando de fuera nuevas formas más modernas. La gente mayor fue refractaria a estos cambios y permaneció hasta el fin con sus sayas y trajes de pana negra, boinas y sus abarcas.

Los chicos, tanto ellos y ellas calzaban abarcas y escarpines.

En los días de fiesta llevaban alpargatas; antes de suela de cáñamo; después con suela de goma. Eran blancas o negras, nunca de otros colores.

Los chicos llevaban pantalones de pana que iban heredando de sus hermanos más mayores y que solían estar llenos de pedazos y cosidos muchas veces hasta que ya no servían. Se completaba la indumentaria exterior con un jersey grueso de lana de oveja que servía para todo tiempo; si hacía mucho calor sencillamente se quitaba y se quedaba uno “en mangas de camisa”.

Las niñas llevaban una falda gruesa y larga, que fue cambiando a formas y tejidos más variados y “modernos”; en invierno podían llevar medias de lana que sustituían eficazmente a prendas de abrigo específicas. Llevaban así mismo jerséis de lana muy parecidos a los de los chicos, pero con más colores.

En tiempos de frío no faltaban las bufandas, recias y hechas en casa con la lana de las ovejas.

Los “peleles” recuerdo, eran una especie de pantalones cortos con la entrepierna descosida para facilitar la higiene y la limpieza; con simplemente agacharse, como no se llevaban calzoncillos, se podían hacer las necesidades de forma cómoda y sin problemas. Las chicas nunca los llevaban; como solían ir sin bragas, no los necesitaban.

A los bebés se les solía llevar fajados durante mucho tiempo, incluso en verano; esta costumbre junto con la de no darles de beber agua cuando tenían fiebre hacía que muchos niños pequeños murieran deshidratados. Por aquel entonces incluso los propios médicos aconsejaban estos manejos.

Los mozos y mozas, especialmente ellas, eran los más presumidos y fueron los que antes comenzaron a cambiar la indumentaria tradicional.

Los mozos vestían pantalones de pana; llevaban abarcas, chaqueta negra de pana y en invierno “tapabocas”, una especie de bufanda grande y ancha.



La tía Eustaquia de La Ventosa hilando cáñamo. Su vestido era el de todas las mujeres de más de 40 años. Fotografía de Jesús de Miguel.



José Antón con manta de pastor, pantalones de pana, abarcas y gorra.

Las mozas pronto fueron modernizando su forma de vestir dando paso a vestidos y faldas de telas nuevas y nuevos colores. Para los días de fiesta algunas se ponían medias de nylon, ya finas y transparentes. “Medias de cristal” decían.

Tanto ellas como ellos calzaban abarcas los “días de cuitio” (días de trabajo); los días de fiesta solían llevar alpargatas, y algunas mozas concretas pronto zapatos de color negro.

Los hombres y mujeres vestían siempre de una forma permanente y fijada por la tradición.

Ellos siempre traje de pana negra, abarcas tanto los días de hacer como en las fiestas; solían llevar todos un chalequillo debajo de la chaqueta; camisa de rayas o de colores sufridos. La gorra negra fue muy usada, incluso entre los chicos antiguamente. Entre los hombres siempre.

Antes de la guerra algunos viejos todavía llevaban calzón y capa; incluso hubo algunos que aún usaban la anguarina.

Las mujeres a partir de los treinta años se vestían de negro, con pañuelo, saya larga y recia, jersey de lana. Llevaban una camisa y antiguamente no llevaban bragas; no era infrecuente ver a las viejas meando de pie con toda comodidad.



José Antón y su nieta con traje de lujo tradicional.



Una guapa moza de La Ventosa con traje típico de fiesta.

Las mujeres solían llevar encima del vestido un delantalito con bolsillos, creo que le llamaban “el halda”. Las mujeres viejas solían llevar en los bolsillos del halda cacahuets para dar a sus nietos y otras menudencias.

NOTA: Sobre el vestido típico tradicional remito al lector al libro de Esther Vallejo sobre este tema editado por la Excm. Diputación de Soria.

Capítulo 6

Donde puedes conocer los **lugares** más significativos de la aldea soriana de La Ventosa, que a lo largo de su tiempo dilatado conformaron la vida de muchas generaciones. Hoy son sólo memoria y recuerdo.

- El cementerio
- El molino
- La fuente
- Las eras
- La dehesa y el “prau”
- El Altozano
- Las viñas

*Llenaron ya tus hijos
el camposanto de siempre.
Nuevo sitio se buscaron
los muertos que van muriendo,
entre la era y el prado.*



Cementerio nuevo.

*Inodejo, limpio y puro
en horizonte lejano.
Oyen los muertos ahora
el ruiseñor en el prado,
el cuervo, la alondra,
los vencejos en verano.*

*El viento cuenta a los muertos
historias de amor de antaño,
de lágrimas ya muy secas,
de dulces tiempos pasados.*

*Todo es dormir y es soñar
en tus tiempos acabados,
Ventosa,
bella Ventosa.
Tan muerta
y al fin tan sola.*



Tumba de Marín en el cementerio nuevo.

EL CEMENTERIO

En La Ventosa en este momento hay dos cementerios; tres en realidad: El nuevo, el tradicional y uno ancestral delante de la puerta de la iglesia. Incluso se podría añadir un cuarto de antiquísimos enterramientos, la nave de la iglesia misma.

¡Qué bien se lleva la muerte con la aldea!

En tiempos inmemoriales se enterraba a la gente dentro de la propia iglesia; las tumbas eran grandes tablones de madera que formaban el piso. Sobre estas tumbas domésticas se colocaban las mujeres de la familia del difunto en los actos litúrgicos. Estaban medio arrodilladas medio en cuclillas cuidando las velas en recuerdo de sus muertos.

Cuando se dejó en desuso este enterramiento y se echó nuevo pavimento a la nave de las iglesias permaneció esta costumbre de las mujeres hasta tiempos relativamente recientes. Cada mujer siempre ocupaba el mismo sitio y cuidaba la misma “luz” hasta el final de sus días.

Después, seguramente por motivo de espacio, el cementerio se sacó fuera de la iglesia, delante de la puerta. Este era un cementerio amplio y casi tan cercano como el anterior. Cuando aumentaron los habitantes de las aldeas aparecieron estos “cementérios de la entrada”.



Toda esta amplia explanada fue el cementerio antiguo, que se sacó de la iglesia.

A continuación se trasladó el dormitorio de los muertos (la palabra “cementerio” significa “dormitorio”) a la parte de atrás de las iglesias.

Solían ser estos cementerios más pequeños que los anteriores, lo que indica una necesidad de enterrar a menos gente, fuera por que los habitantes eran menos o que ya no se producían las muertes masivas de tiempos de peste o de epidemias mortales.

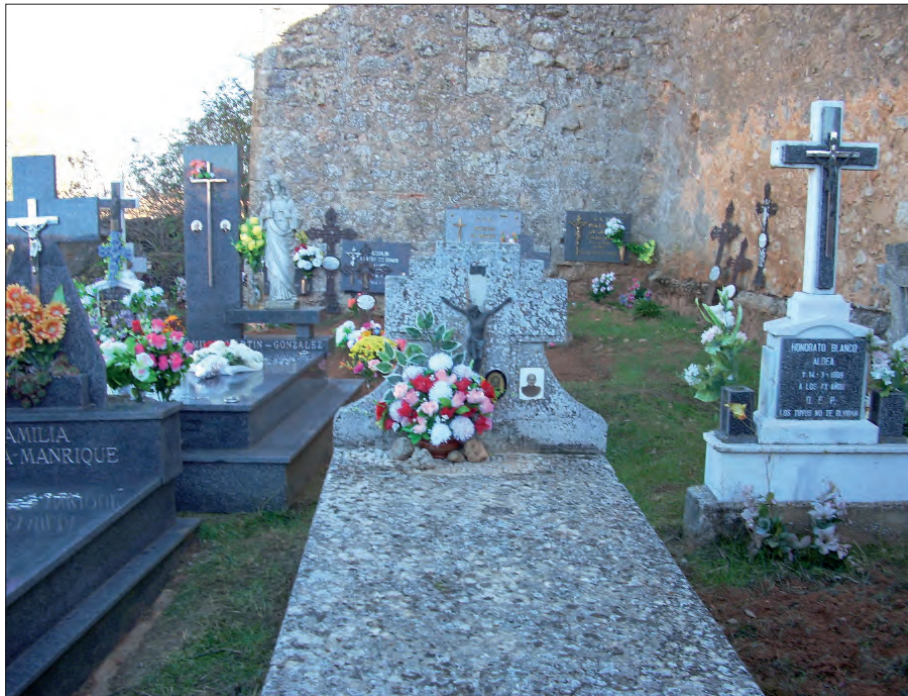
Este ha sido el cementerio tradicional de La Ventosa; lugar sombreado y fresco siempre a la sombra de la iglesia. Tumbas de tierra y cruces de hierro con unas plaquitas ovaladas de porcelana donde se dice el nombre, la edad y el deseo de descanso para el muerto; a veces incluso un retrato.

En la actualidad se produce una contradicción aparente; no queda gente en La Ventosa y el cementerio se quedó pequeño. La explicación es sencilla y proclama la vigencia de las aldeas en el corazón de sus hijos. Los que se marcharon a trabajar fuera, que fueron casi todos, sueñan con descansar en la tierra que aman.

Así se ha hecho un nuevo cementerio alejado del casco urbano, como a medio kilómetro, en tierras que antaño fueran eras. Nuevo lugar sagrado arropado



Placa de porcelana insertada en la cruz de hierro de una tumba.



Este aspecto cuidado y pulcro ofrece hoy el cementerio tradicional de La Ventosa.



Cementerio nuevo y la Sierra de Inodejo en lontananza.

de belleza y de lugares entrañables para los que vivieron y trabajaron en La Ventosa: La era, la dehesa, el prado, la roza; y en lontananza, la silueta bellísima de la sierra de Inodejo.

¡El lenguaje de la muerte qué bien explica la vida! El proceso de desacralización, lo que hemos venido a llamar **progreso**, ha ido “alejando” a la muerte de nuestras vidas y a los muertos de nuestros espacios. Antes la muerte era un hecho normalizado en la vida; los niños se acostumbraban a verlo como algo normal en la dinámica de la comunidad.

Hoy queremos olvidar compulsivamente a la muerte y no nos la podemos quitar de la cabeza. A la muerte la hemos desnudado de sentido al matar las mitologías y esta falta de sentido es insoportable.

Alejarse no es suficiente para **instalarse en la libertad**.

EL MOLINO

El molino siempre fue un rincón significativo en la tranquila y en cierto sentido monótona vida de La Ventosa. Lugar de maquila, cruce de mil caminos, donde las noticias mezclaban la realidad y la imaginación según leyes enigmáticas del alma de los hombres, siempre deseosos de novedades y necesitados de atisbos de emociones nuevas.

No se conocen datos históricos del origen del molino. Las noticias más antiguas que tenemos datan de comienzo del siglo XIX: Se llega a un acuerdo del



Sólo hoy ruinas el molino que no hace mucho tiempo fue lugar importante.

servicio de aguas entre molineros y regantes. A los regantes se les concedió el derecho de regar tres días por semana durante el verano. Si durante esos tres días surgía una necesidad urgente y perentoria de moler, el derecho del molinero prevalecía sobre el de los regantes.

El caudal de agua que afluía al molino era normalmente escaso, especialmente en épocas de estiaje, por ello era frecuente moler a represasdas.

Se recogía el agua de varios arroyos que desembocaban en el río y se aumentaba así el mermado caudal del río/arroyo principal. Existía un trasvase desde el río Erices (Término de La Revilla) que llamaban “La Cacera”, llegaba a “Los Pradejones”; desde allí por el arroyo de “La Grulla” iba hasta la presa en el Río Castro. Desde allí, a través del caz llegaba el agua a la presa del molino.

Esta presa era redonda y profunda en forma de un cilindro, los chicos miraban aquella concavidad siempre llena de agua con temor y cierto espanto. Algunos suicidas se habían tirado a ahogar y el dramatismo llenaba de leyendas y fantasmas dicho enclave.



Todavía queda el rodezno, pieza fundamental de la molienda.

Se contaba que una mujer desesperada de la vida fue a la presa del molino, se tiró y sus sayas llenas de aire, en forma de paracaídas acuático, la salvaron del intento, añadiendo desdicha a la pobre desdichada.

En el año 1922 fue reformado, aumentando la eficacia molinera de aquel viejo molino, e instalando “una limpia” para seleccionar el grano.

En los años 50 (1950), como la mayoría de los molinos de aldea de estas tierras, fue definitivamente cerrado y poco a poco se convirtió en unas ruinas cargadas de pasado y de servicio, antaño a la comunidad de La Ventosa.

Dicen que el último molinero se llamaba Félix, y que era un mozo viejo y solterón a quien debían gustarle las mujeres. Cuentan que una vez intentó meterle mano a una jovencita que fue a dar agua a los bueyes a la fuente; esta hembra en primavera con ayuda de una hermana mayor le propinó tal paliza al rijoso molinero que a partir de entonces no echó el pelo malo. Dicen que murió en un manicomio.

Félix era socarrón y malicioso a su manera. Una vez tres chavalillos de La Ventosa iban buscando nidos por las cercanías del molino. Los vio “El Félix” y los engatusó diciéndoles que si querían les enseñaba un nido de “gorrión zurdo”. Alfredo, Carlos y Felipín nunca habían visto un “gorrión zurdo” y mucho menos su nido; dejándose guiar por el molinero, llegaron a un huerto lleno de maleza que había detrás del molino. Les señaló un lampazo gigantesco y les dijo:

– “Id con mucho cuidado, la pájara está engüerando; si metéis la mano con decisión debajo del lampazo, la podréis coger”.

Alfredo y Felipín se quedaron un poco cortados desconfiando de aquel molinero tan bien intencionado. Carlos, decidido y lleno de anhelo cazador, fue, metió con rapidez la mano debajo del lampazo,... y la sacó llena de mierda entre las carcajadas del molinero y el espanto de los chicos. El molinero detrás del molino tenía el cagadero.

Los molinos siempre fueron lugares especiales; y especiales eran molineras y molineros.

¡Cuántas historias podrían contar sus muros, hoy en silencio y derruidos!



“Estos, Fabio, ay dolor, que ves ahora, fueron un tiempo...”

Los molinos solían estar lejos de los núcleos urbanos; esto aumentaba su poder de fascinación y misterio. El molino de La Ventosa estaba en La Vega, a un kilómetro del pueblo en línea recta. Desde el pueblo, de noche, parecía un nido de trasgos y de brujas, donde todos los misterios de la comarca tenían cita.

“EL RIEGO Y EL MOLINERO”

*En tiempos no muy lejanos
en La Ventosa tuvimos
una vega extraordinaria
y unos excelentes huertos.*

*Se producían en ellos
gran cantidad de patatas,
verduras de todas clases
buenas legumbres y frutas.
Con estos productos básicos
el pueblo se alimentaba,
se abastecía de ellos,
que vega y huertos le daban.*

*Con agua del río Castro
vega y huertos se regaban;
la comunidad de regantes
las mismas administraban.*

*Las aguas se compartían
con el molino harinero.
Cuatro días el molino
y tres días para el pueblo.*

*Este sistema de riego
era a veces conflictivo;
no se podía regar
si no represaba el molino.*

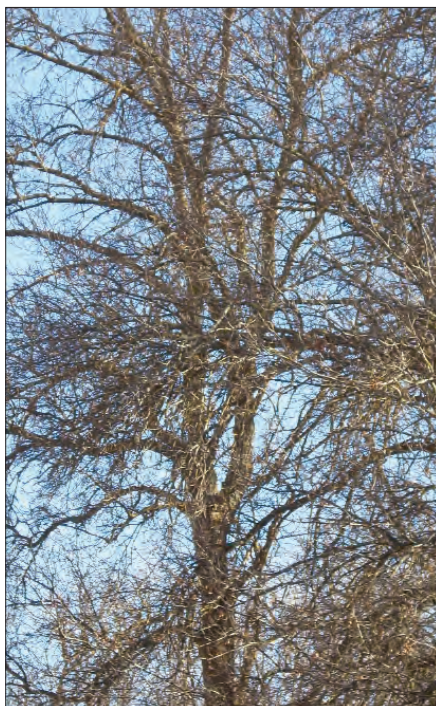
*El pueblo se amotinó
en contra del molinero,
cuando éste no respetó
el reglamento del riego.*

*Vino la Guardia Civil
a poner paz en el pueblo,
cosa que no consiguió.
Y en juicio finalizó.*

*El pueblo reaccionó
igual que en Fuenteovejuna;
todos contra el molinero,
al juicio, todos a una.*

*No recuerdo la sentencia.
El molinero se fue,
las gentes de La Ventosa
felices por esta vez.*

**Emiliano del Rincón. Ventosa de
Fuentepinilla, agosto 2007**



LA FUENTE

El agua siempre ha sido determinante en el asentamiento del hombre en el territorio. Desde que el hombre es hombre ha vivido en lugares con agua suficiente y con humedales suficientes. El territorio que no ofrecía soluciones adecuadas a la necesidad de agua del hombre era sitio de tránsito. De hecho el agua determina el hábitat; cuando es abundante de forma generalizada el hábitat es disperso, como ocurre en la España del Norte. Si el territorio es seco, con puntos de humedad muy lejanos entre sí, se habla de hábitat concentrado, siendo las



La fuente antigua, de amplio pilón para abreviar a los animales, fue sustituida por esta fuente "de ocasión". Se pueden ver restos de la antigua fuente en este lugar hoy desolado, antes concurrido y muy cuidado.



Aquí está el primitivo manantial que determinó el asentamiento de La Ventosa. Fue la fuente primera de La Ventosa, un pozo cubierto de una construcción de piedra, se entraba por una puerta y se llenaban los cántaros o botijas en una especie de charca de agua limpia y fresca. Fue sustituida por este chozo donde está el motor que sube hoy el agua al pueblo.

poblaciones grandes y no muy numerosas; así ocurre en la España Seca: Andalucía, Extremadura, La Mancha...

En territorios con pluviosidad suficiente, y por ello con manantiales y humedales bastante abundantes, el hábitat se concentra en comunidades numerosas y no muy grandes, diseminadas por todo el territorio. Esto ha ocurrido en Castilla La Vieja. La aldea es la forma de hábitat de estos territorios, surgiendo núcleos de población más crecidos, villas, cabeceras de comarca, que fueron lugar de encuentro y de transacción, y que articulaban estos espacios de territorio colonizados por la aldea.

La Ventosa se halla situada en un altozano, teniendo en sus cercanías una fuente y un humedal que forma "la Vega".

Estos humedales eran imprescindibles para la comunidad, ya que era la única posibilidad de tener

una dieta equilibrada y sana, al aportar hortalizas, frutas, tubérculos a unos poblados con una economía cerrada de autosuficiencia.

Otros humedales presentes en todas las aldeas castellanas son las dehesas y prados para el ganado comunal, hoy desaparecidas en la mayor parte y convertidas en tierras de cultivo al ser sustituidos los mulos y bueyes por tractores mecánicos.

La Ventosa tiene hacia el solano una dehesa amplia y feraz, que fue soporte de una fuerza animal (mulos, bueyes, burros, caballos) abundante en tiempos e imprescindible. A la mitad oriental de la dehesa llaman “El Prau” y a la otra mitad “La Desa”.

La fuente siempre fue “un problema” para los habitantes de La Ventosa. El hecho de distar unos 300 metros de la aldea y el haber una cuesta, “La carre-



Llevar el agua de la fuente a casa siempre fue un trabajo añadido al trabajo. Fotografía de Jesús de Miguel

sobre la cabeza, apoyado en un “rodete” para evitar la dureza de la carga. Los chicos solían ser los encargados de subir los botijos y botijas del agua de beber. Los recipientes eran de barro rojo cocido; en Tajueco hacían la mayor parte de los cántaros y botijos y botijas que se usaban

en La Ventosa. En Quintana Redonda también hacían cerámica; eran unos cacharros negros de gran personalidad.



Cerámica de tierra roja de Tajueco. En La Ventosa se subía el agua de beber desde la fuente al pueblo en botijos. Los chicos solían ser los encargados de hacerlo.

José nos comenta: “Hasta el año 1931 en que se hizo la fuente con un caño, existía un pozo, donde se llenaban los cántaros a mano; estaba entibado de piedras en el techo y en los laterales, dejando en la parte delantera un hueco donde se cogía el agua. Cada cierto tiempo era vaciado y se limpiaba cuidadosamente.



Esta fuente moderna en medio de ruinas sirvió para abreviar el ganado cuando se subió el agua al pueblo; hoy ya en desuso al haber desaparecido los machos y los bueyes.



La fuente que se construyó en 1931. Echaba poca agua, especialmente en verano se tardaba mucho a llenar los cántaros y botijos. Era un agua saludable; algunos decían, no obstante, que era sospechoso que en La Ventosa todos se murieran de cáncer y echaban la culpa al agua. Foto de Jesús de Miguel.

Cuando se hizo la fuente de caño cada vecino tuvo que pagar 25 pesetas, habiendo alguno que por no pagar lo establecido renunció a los derechos de vecindad.

En el año 1975 se elevó el agua al pueblo construyendo un depósito en el alto de “Las Viñas” ya que era el único punto que dominaba la altura del pueblo. Dentro del pueblo se hicieron dos fuentes; una con pilón para poder abreviar el ganado; la otra en la plaza para coger agua únicamente. No se puso por las casas por la escasez de agua.

Años más tarde la Diputación dio una subvención para hacer un pozo profundo y tener agua por las casas; no salía con fuerza y en año



La Vega era el humedal de La Ventosa; desde sus orígenes la fuente estuvo allí, como a medio kilómetro de distancia. Subir el agua era un trabajo añadido a aquella comunidad austera y trabajadora.

1987 se instaló un grupo de presión; así se resolvió el problema. Desde entonces La Ventosa tuvo agua corriente”

Ni que decir tiene que hoy sobra el agua y faltan vecinos; en el pilón y abrevadero, en la fuente, en los grifos de las casas incluso, ya no bebe nadie porque no hay nadie. Ni tan siquiera abejas o avispas se ven en las inmediaciones de las fuentes; la varroa y otras enfermedades, y la contaminación, y los insecticidas, y los herbicidas, y los nitratos, y la sequía, y el abandono... las han matado. **Globalización y matadero.** Ruina de los ecosistemas de siempre, progreso desaforado, incertidumbre, futuro incierto. ¿Cómo será La Ventosa mañana? ¿Será? ¿Se secará la fuente para siempre tal vez? ¿Dónde beberán sus muertos?

LAS ERAS



Fotografía de Jesús de Miguel

Durante los meses de la recogida de la cosecha las eras se convertían en el lugar social de estancia dilatada. Todo el mundo estaba en las eras: niños, viejos, mujeres, hombres, jóvenes, mozos, mozas. En las eras se hacinaba, se echaba parva, se trillaba, se recogía la parva, se amontonaba la parva, se barría el solar de la parva, se abeldaba, se metía el grano en las talegas.

Desde la mañana hasta muy entrada la noche era el lugar de estar y trabajar. A casa se iba lo imprescindible; a dormir unas pocas horas, a atender a los animales, a cuidar a los niños muy pequeños o a cuidar a los enfermos. Todo el mundo olía a eras y a mies seca y a trigo recién cogido.

Era un trabajo muy duro y monótono; hacía mucho calor; picaba el polvo de la mies triturada. Se bebía mucha agua en las botijas; algo de vino. Algunos,



Las eras hoy ya están solas; la sierra de Inodejo al fondo, como antaño. Cuando hervían de gente y de trabajo y de ilusión. Y de vida.

mucho. Se comía mucha matanza; chorizo, jamón, lomos. En todas las casas estaban las viandas preparadas para hacer frente a las fatigas del verano.

En un poema **Emiliano** nos ha dejado una descripción magistral de las eras.

“Las eras de La Ventosa”

*En los cuarenta y cincuenta
en los meses de verano
las eras se convertían
en un hervidero humano.*

*Ejecutada la siega
se acarreaban las mieses,
formando grandes hacinas
de todos los cereales.*

*Terminado el acarreo,
cuando más calor hacía,
toda la gente del pueblo
comenzaba ya la trilla.*

*Más o menos treinta días
este trabajo duraba;
las familias al completo
unidas participaban.*

*Hasta finales del día,
la trilla se convertía
con animales y trillos
en un rito, día a día.*

*Cientos y cientos de vueltas
sobre las mieses calientes,
hasta triturarlas todas
con los trillos y sus dientes.*

*Las familias al completo
sobre los trillos pasaban;
a las mulas se arreaba
a la vez que se cantaba.*

*Si había alguna tormenta,
se recogía la parva
con diligencia absoluta
para que no se mojara.*

*Si al finalizar la trilla
alguno se rezagaba,
acudían los vecinos
en ayuda solidaria.*

*Con animales y trillos
los vecinos se ayudaban.
Prestaban todo su apoyo
si alguno no terminaba.*

*Finalizada la trilla
comenzaba el aventeo;
unos usaban la máquina,
otros usaban el viento.*

*Se terminaban las eras
finalizado el verano;
se llenaban los graneros.
Eran los frutos de un año.*

*La paja se aprovechaba,
se metía en los pajares,
alimentaba las bestias
con piensos y vegetales.*

*En estos tiempos que estamos
las eras se han convertido
en almacén eventual
de la cebada y el trigo.”*

Ventosa de Fuentepinilla, Julio 2007

LA DEHESA Y EL “PRAU”

En todas las aldeas sorianas tan imprescindibles como los huertos para la alimentación de los hombres eran otros humedales que servían para la alimentación de los animales, las **dehesas**.

En La Ventosa distinguían con palabras distintas las dos mitades que formaba el territorio dedicado a apacentar los ganados mayores; a la parte oriental llamaban **prado** y a la occidental **dehesa**.



Dehesa de La Ventosa, hoy rodeada de alambre.

Es una llanura herbosa y de buena tierra que seguramente antaño fue posesión de frailes o nobles. Está cercada; antes con espinos y maleza, hoy con alambre pinchosa.

El “Prau” de La Ventosa era un lugar encantado que hacía soñar con cuentos de caza y príncipes, y nomos, y duendecillos, y diosas de la abundancia. Además de criar pastos de buena calidad, en él abundaban parras semisalvajes, endrinos, zarzas, “servares”, cangrejos en su río, ranas en sus charcas, agua limpia en el **Cubillo**, conejos, pájaros de todas clases.



El Roble Mellizo siempre fascinó a los habitantes de La Ventosa. Su bellísima silueta era majestuosa y bellísima.



Hoy el "Prau" apenas se distingue de la Dehesa, se ha reseca considerablemente.

Las gentes de los pueblos vecinos acudían al "prau" de La Ventosa a **coger moras**, a coger endrinas, a pasar alguna tarde de estío.

Existían unas líneas densas de maleza en sentido norte sur que dividían el "prau" en espacios diferenciados; se llamaban **barderas**; la más densa y en la que había más nidos y conejos era la "**bardera de enmedio**".



Toda una maravilla; emblema de La Ventosa.

EL ALTOZANO

Junto al pueblo, al oeste de La Ventosa se encuentra el Altozano. Es un lugar elevado desde donde se divisa buena parte del territorio del término municipal del pueblo. Y mucho más.

Es una pradera que nunca fue roturada; su pequeña inclinación siempre evitó que fuese era.

El Altozano ha sido un lugar emblemático; la gente oteaba desde allí los lugares donde estaban sus pastores, sus labradores, sus caminantes.



El paisaje castellano y el alma de la tierra desde el Altozano.

hacé, hace ya muchos años, a “entender” la infinita belleza de Castilla, de sus paisajes aparentemente austeros y monótonos. Del alma de Castilla:

La vista panorámica es de una belleza incomparable, donde se entrelazan los colores del paisaje castellano, que cambian con las estaciones, con el cielo, con el alma, con la prisa o con la calma del vivir.

Al evocar la belleza de estos paisajes que acogen a las aldeas sorianas recuerdo una anécdota que me ayu-



El cielo dibujando las estribaciones de la Sierra de Inodejo y en medio de la Vega una sintonía de belleza y de espera.

Con ocasión de hacer el camino de Santiago conocí a un profesor francés con el que hice una buena amistad. Era ya un hombre de más de sesenta años, callado y prudente, algo meticuloso.

Se sumó a nuestro grupo y encajó perfectamente.

Cuando entramos en las dilatadas llanuras de Castilla después de dejar atrás la Rioja, se empezó a rezagar; y siempre caminaba retrasado y silencioso. Le pregunté si iba cansado, que podríamos aminorar el ritmo de la marcha.

– “¡Noo!, -me contestó-, es que este paisaje me llena el alma; nunca había sentido antes nada parecido y quiero saborearlo en silencio. ¡Qué bien entiendo a Machado al vivir esta maravillosa experiencia!”

Siempre cuando veo el paisaje desde el Altozano evoco estos recuerdos. El paisaje de Castilla en silencio sobrepasa las pretensiones estéticas más exigentes. Estar en el Altozano callado y tú mismo sin ruidos ni estridencias es una experiencia que se la recomendaría a cualquiera.

Desde el Altozano se ve el alma de la tierra. Y también la tuya si sabes ver.

Así canta **Emiliano** desde Madrid la añoranza del Altozano:



*Cuando vengo a La Ventosa
siempre me asomo al balcón,
el balcón del Altozano,
un hermoso mirador.*

*¡Qué paisaje más hermoso
se ve desde el Altozano,*



“También la tuya si sabes ver”

*qué contrastes se divisan
desde este bello altiplano!*

*Al norte se ve la sierra,
de belleza natural,
es la Sierra de Inodejo,
de gran majestuosidad.*

*En la falda de la sierra
se contemplan varios pueblos,
La Barbolla, La Revilla
y más lejos, Monasterio.*

*Al este se encuentra el pueblo
y hace un poco de barrera
de pinares, de encinares,
del Prado y también la Dehesa.*

*Al sureste y a lo lejos
se divisa Cascajosa,
más cerca se ve la Seca.
a la derecha está Osona.*

*Más al sur y al suroeste
se ven dos sierras muy bellas,
una de Guadalajara,
otra de Ayllón en Segovia.*

*De La Ventosa a Andaluz
hay una vega preciosa,
su centro es Fuentepinilla,
una villa muy hermosa.*

*El Portillo de Andaluz
es un curioso paisaje*

*que divide en dos el risco
para que un río pase.*

*A lo lejos se divisa
el castillo de Gormaz
y también Valderrodilla
rodeada de pinar.*

*Más cerca está Fuentelárbol;
La Muela se ve muy bien,
Las Peñas de La Ventosa,
Vega y río a nuestros pies.*

*Aquí, desde el altozano,
os invito a presenciar
una gran puesta de sol
de belleza natural.*

Ventosa de Fuentepinilla, 1996

LAS VIÑAS

Durante muchos años Las Viñas fueron uno de los lugares más acogedores y bonitos de La Ventosa. Estaban en el Altiplano situado al norte del pueblo.

Era un paraje especialmente cuidado por los vecinos que además de vides ofrecía la posibilidad de encontrar algunos árboles frutales como cerezos, guindales, ciruelos, “servares”. Hoy lugar de labrantío.



Estas tierras rojas fueron antaño las viñas de La Ventosa.

En La Ventosa, como en otras aldeas sorianas donde hoy no queda ni rastro de vides, antaño se hacía vino en cierta abundancia y de una calidad muy agradable. Esto parece prueba de la degradación climática. Hoy el clima no permite en absoluto semejante posibilidad.

Ver a un viejo cuidando su viña es tener ante ti toda la ternura y el

mimo del mundo; yo recuerdo el cuidado de las viñas en La Ventosa; se cavaban, se abonaban, se podaban, se visitaban con frecuencia, se hacía la vendimia con el esmero del que cuida un tesoro.

Y en un momento determinado todo se acabó; cayó un año una helada tardía especialmente fuerte, creo que fue al final de la década de los cuarenta, y quedaron las viñas dañadas para siempre. Ya no serían nunca lo que habían sido, terminando poco a poco hasta ser roturadas y convertidas en barbechos.



No quedan ni rastro de viñas; sólo tierra roja y cielo y horizonte.

Hubo en La Ventosa un hombre especialmente “enamorado” de sus viñas, fue el tío Román. Hablo de él en otro lugar del libro; personaje curioso e interesante; todos los días iba al alto de las viñas, miraba el horizonte y evocaba la antigüedad buscando restos y útiles arqueológicos de una ciudad que allí había existido según él. La ciudad de **La Trimonía**. Tenía su casa llena de objetos antiguos allí encontrados, incluso había llevado algunas piezas interesantes al Museo Numantino, según decían.

Decía el tío Román que la ciudad de La Trimonía había sido una ciudad celtibérica romana que ocupara una superficie considerable. Contaba hechos insólitos al respecto, que labrando unos bueyes habían metido sus patas en un agujero que se abría al pisar, que el labrador estupefacto encontró en el agujero una vasija llena de monedas antiguas, que el alto de las viñas era un territorio para hacer excavaciones. Al tío Román debería habersele nombrado **Adelantado de la ciudad de La Trimonía**.

“Trimonia” hace pensar en una etimología con visos de veracidad, “Tres montes” (latín) o mejor tal vez “Tria moenia” (tres murallas en latín).

Sea la que fuere, un enigma ligado a un hombre de La Ventosa, el **tio Román**.



Junto a las viñas se encontraban los colmenares de La Ventosa.

En La Ventosa no podrás encontrar ningún vestigio de sus viñas, ni de sus vinos; todo se ha perdido, viñas, cubas, los pequeños lagares, botos, azumbres, todo... Sólo queda un paisaje bellísimo en el que el cielo, las sierras del fondo y la tierra roja forman un instante de belleza castellana.

Capítulo 7

Personajes curiosos.- Aquí se cuenta la semblanza de una serie de personajes extravagantes, curiosos, únicos, que se mantuvieron vivos en el recuerdo de varias generaciones de La Ventosa; no pertenecían a la comunidad del pueblo. Llegaban, hacían lo que tenían que hacer y se marchaban dejando un halo de misterio y de curiosidad .

- El cedacero
- El latero
- La Perrera
- Los pobres
- Un médico extravagante
- Un mentiroso de antología
- Los gitanos

EL CEDACERO Y LA COCIÓN DEL PAN

He oído comentar a los viejos de La Ventosa, cuando en La Ventosa había viejos, la fascinación que producía en sus ojos de niño la silueta extravagante y curiosísima del cedacero.

El cedacero era un vendedor ambulante de cedazos; caminaba siempre solitario con una pértiga larga al hombro llena de esos instrumentos; debía de parecer un crucificado ambulante crucificado en una cruz sin palo vertical con el horizontal muy largo y lleno de aquellos aros de madera, que se movían con el viento y que daban a aquel crucificado un aspecto anillado y amenazador cuando paseaba por los caminos su inocencia extravagante.

Por entonces no había panaderos en las aldeas; no se necesitaban. Cada mujer cocía el pan de su familia. Hacer el pan era una actividad artesanal, posiblemente la más importante de las mujeres después de la de parir a sus hijos.

Cada semana aproximadamente encendían el horno, preparaban “el reciento” (levadura que ellas mismas guardaban para la vez siguiente), amasaban, preparaban las hogazas, las tortas de aceite y los roscos para los chicos. Cuando el horno estaba caliente, barrían las cenizas y los restos de combustible que antes habían manejado con el “horguiner”, iban metiendo en el horno las piezas de masa con ayuda de una gran pala de madera de rabo muy largo, cerraban la “portera” (puerta del horno) y esperaban a que todo se convirtiera en pan. De vez en cuando echaban un vistazo a ver cómo iba el proceso. Ya lo contaré con más detenimiento.



Un cedazo y un cunacho hoy ya olvidados en la cámara de una casa abandonada.

Cuando todo estaba cocido y un olor de pan de pueblo en sazón salía por la portera, iban sacando una a una las hogazas de ese pan especial que sabía a gloria recia y que no se ponía duro en mucho tiempo.

Como la harina estaba sin refinar y contenía todo el salvado del trigo, previamente a hacer la masa tenían que “cernerla” separando así una harina blanquísima y natural de un salvado que serviría para alimentar a los cochinos.

Ir a Quintana a llevar el trigo o recoger harina era un acontecimiento de carretas por aquellos caminos primitivos. Decían que por la noche, al regresar, especialmente en tiempo de días cortos y anochecer temprano, el cárabo intentaba atemorizar a aquellos labriegos esforzados; decían que cuando el cárabo se ponía pesado o se comenzaba a sentir miedo había que cantar una canción mágica en voz alta para que pudiera oírla el pájaro de la noche de los pinares de Quintana: “Cárabo comí, que voy a por ti”. Dicen que el ensalmo era eficazísimo y el cárabo se callaba dejando tranquilos a los carreteros.

No olvido la silueta de las mujeres cerniendo con los cedazos la harina para hacer pan. Movían los cedazos en vaivén enérgico; los chicos, pegados a las sayas de aquellas panaderas, miraban con admiración la lluvia finísima de harina que iba cayendo lentamente en la artesa hasta que había suficiente para la hornada de aquel día.



Cocedero de la tía Eustaquia de La Ventosa.

El olor del horno y de la cocienda eran únicos; después de muchos años al volver a visitar aquellos casutaños donde estaba el horno, la artesa, el rallador, el horguínero, los sacos de harina, el salvado... Aún se puede oler el rastro lejano de aquellos olores entrañables de leña de pino o de tamaras de carrasca, de pan cru-

jiente recién hecho, de torta de aceite, de rollo con un huevo dentro para los chicos, de harina, de salvado, de levadura artesanal, de piñas y de piñones. Un mundo de olores fascinante perdido para siempre. Hay lujos silenciosos que de puro intensos pasan desapercibidos. Comer pan antiguo, oler a cocedero, escuchar el crepitar de la leña calentando el horno, mirar la lluvia finísima de la harina limpia cayendo del cedazo. Todo un mundo de sensaciones. Y perdido para siempre.

EL LATERO

Un personaje extravagante y pintoresco donde los haya era el “latero” o vendedor de latas usadas.

Posiblemente será oportuno explicar lo que eran las latas entonces para entender ahora el fenómeno social de “el latero”. Hoy son basura las latas, antaño eran objetos apreciados y utilísimos. La gente las empleaba para mil menesteres: echar la ración de pienso al ganado, echar agua a los tiestos, guardar las nueces, ordeñar las cabras, calentar agua, coger los huevos de las gallinas, poner sal debajo de la cama para evitar el mal de ojo y otras influencias bruñeriles, hacer un juguete a los chicos ...

El latero era un personaje mitad mendigo, mitad comerciante, mitad borracho, mitad reciclador..., tenía el latero muchas mitades y poca utilidad.

Recogía las latas vacías de conserva de pescado en las tiendas de ultramarinos, las lavaba, les quitaba los bordes cortantes machacándolos con un martillo, y cuando tenía muchas las metía en un inmenso saco y se echaba al camino, recorriendo pueblo tras pueblo hasta que las vendía.

La silueta del latero viniendo por Carremazán, o por el camino de Quintana, o de Tardelcuende, o de La Barbolla, o de La Revilla... era una aparición; el latero podía llegar de cualquier sitio, a cualquier hora, cualquier día; su pinta era inequívoca. Un hombre solitario, encorvado con el peso del gran saco lleno de latas vacías; los chicos pequeños y no tan pequeños miraban a distancia a aquel personaje que tan bien encajaba con “el hombre del saco” de los cuentos de miedo y de advertencia”.

“Que viene el hombre del saco”; la voz corría entre los chicos de La Ventosa como reguero de pólvora. Todos corrían al Altozano a verlo venir, si venía del sur; o a las eras si llegaba de Quintana o Tardelcuende. Cuando venía de la parte de Fuentelárbol o La Seca, los chicos acudían a la cruz de piedra que había junto a la pobrera, se apretaban en rededor de este objeto de conjuro y fascinados, con sus ojillos ensimismados, saboreaban la fascinación de ver venir al hombre del saco. Aquel saco monstruoso iba normalmente lleno, era más grande que el hombre, era fascinante; si lo dejaba en el suelo, se tenía solo; si se caía, sonaba a no se sabe qué misterio sonoro. El saco era mucho saco. Era el mundo, un

mundo insinuante en las mentes infantiles de aquellos niños felices que nunca se aburrían.

Como no podía ser menos, se contaban muchas leyendas del hombre del saco; decían que no tenía miedo al cárabo, que hablaba con las hormigas por la noche antes de dormirse, que conocía el canto de mochuelos y cuervos cuando auguraban muertes y desgracias, que podía distinguir los distintos ladridos de los perros, si contaban felicidades o desdichas, si sólo eran amenazas o si eran zalamerías. El latero tenía muchas mitades, y todas a cual más interesantes.

También decían que se convertía en fauno cuando se encontraba en despoblado con alguna pastora guapa, que corría a las pastoras, a todas las pastoras; que se comía los huevos de picaraza o de grajo, crudos y de un sorbo. Que sabía más de brujas que nadie. Que posiblemente era el diablo.

Decían que cuando se convertía en fauno, si iba bebido -como era frecuente- que un cuerno lo tenía verde y el otro rojo porque estaba salido de amores.

Solía dormir el latero en la pobrera, o en las eras si no hacía frío. Evitaba pasar la noche en pajares o cobijos cercanos al mundo de los hombres. Venía de improviso y desaparecía de repente. El hombre del saco grande era un enigma que fascinaba y llenaba de mundos fantásticos la imaginación de la chiquillería.



"Regreso del latero", óleo de Jesús de Miguel.

ma que fascinaba y llenaba de mundos fantásticos la imaginación de la chiquillería.

Una mitad del latero era estética extravagante; la otra, evocación; su mitad tercera, era el diablo. **El diablo tiene tres mitades, ¿lo sabías?**; un pobre diablo bondadoso y que socorría a quienes necesitaban sus servicios a "lata limpia". **El latero de La Ventosa.**

Cuando el latero había vendido el saco de latas, regresaba sin carga alguna; nadie sabe a dónde y con los bolsillos repletos de "perras" y de "reales".

LA PERRERA

Personaje especialmente especial fue La Perrera; no sólo en La Ventosa; en todos los pueblos de Berlanga y en muchas leguas a la redonda La Perrera era famosa y temida y conmisera y tenida como desdichada. Y evocada con frecuencia.

Nunca supe por qué llamaban así a aquella pobre mendiga que al llegar a los pueblos hacía que los chicos se escondieran en las cocinas junto a sus madres y los mozalbetes echaran manos de palos y navajas y se juntaran en pandillas.

Los perros es bien sabido que ladran a desconocidos y que ladran de forma especial a los pobres, malolientes, saltimbanquis, pregoneros, extravagantes, brujas o personajes siniestros. Tal vez fuera por eso por lo que la llamaran La Perrera; no lo sé. A todos los pobres les ladraban parecido.



En estas calles, hoy desoladas, corrían los chicos antaño, gritando cuando veían a La Perrera.

En cuanto llegaba al pueblo La Perrera todos los perros y chicos se soliviantaban; aquella figura de saya larga y sucia, desmelenada, de paso apresurado, de lengua maldiciente, de aspecto siniestro y siniestramente temida debía ser, por lo que más tarde supe, una pobre mujer inocente y desheredada por la Fortuna y la Justicia; mujer mendiga y vieja, obligada a pedir limosna de pueblo en pueblo para no morir de hambre.

Decían los chicos historias estremecedoras de aquella mujer temida e inocente que tenía tan mala pinta y tan mala leche; decían que tenía unos cuchillos de palo que cortaban el corazón, que llevaba una espada de madera debajo de las

faldas, que era una espada más dura que los cuchillos que hacía el Jorge, el herrero, en la fragua; que era una bruja de verdad, que podía hacer daño al más pintado si se lo proponía, que se había comido una vez un niño y que comía con frecuencia grajos y mochuelos... La imaginación infantil hacía de La Perrera el personaje malo más fantástico y terrible que imaginar se pueda.



En la casa del tío Demetrio se refugiaron una vez los chicos perseguidos por La Perrera. Hoy a punto de desmoronarse. Ayer floreciendo de vida y de juventud.

Cuando fui mayor y pregunté sobre la realidad de este personaje encontré que simplemente era una desgraciada que tenía que dedicarse a sobrevivir; debió morir sola en alguna pabrera, una noche fría cualquiera de un invierno cualquiera, en un pueblo cualquiera. ¡Pobre Perrera!

Me he enterado también más tarde que los mozos en algunos pueblos le gastaban bromas muy pesadas a aquella pobre anciana desdentada y sin amparo.

En un pueblo la humillaron de forma atroz; un mozo que estaba de permiso militar se puso el traje de soldado y de esta guisa y acompañado de otros mozos haciéndose pasar por una autoridad le obligaron a desnudarse y le hicieron una “revisión higiénica”. La pobre mujer temblando y callada aguantó toda aquella mascarada y luego la medio emborracharon y se emborracharon ellos a continuación.

La crueldad de los niños y los tontos puede llegar a ser casi infinita.



Un recuerdo de respeto y de reconocimiento, para ti, pobre Perrera que estás ya tan alta y encumbrada como las estrellas que durante tantas noches frías te sirvieron de compañía. Seguramente ya has dejado tu cuchillo de madera y sólo eres sonrisa, incluso para los hombres malos y tontos que te hicieron daño.

POBRES Y COMPONEDORES

En el mundo de la aldea, tan sólidamente socializado y socializante, donde todo parece sustentarse en lo social y en lo comunitario, las personalidades particulares cuando tenían perfiles sobresalientes, cobraban un relieve épico o muy cercano a lo legendario. Son personalidades que llenan la vida y sus decires, los chismorreos de fragua o lavadero, que son contrapuntos necesarios para vivir adecuadamente la monotonía de los tiempos y los hombres; son como antidotos de un veneno especialmente amenazador en esa sociedad estable y monótona, mil veces repetida en unos esquemas férreamente estabilizados: La monotonía.

Son personajes con una estética discordante; con una vida discordante y discordantemente amenazada y amenazadora: “La Perrera”, “La Mariona”, “El Latero”, “El Cedacero”, los carboneros...los gitanos, los vaqueros incluso. Los vagos ilustrados, el tío Román por ejemplo.

A veces estos personajes se hallan por encima del status social común y se cuentan sus extravagancias con una cierta admiración, mezcla de miedo y de deseos inconscientes; suele ocurrir especialmente con médicos, o secretarios; con curas o maestros. Pero por lo común los personajes que más encandilan el alma del pueblo llano de aldea tienen una condición social baja, una vida azarosa y una extravagancia estética atractiva que en cierto modo se acerca a la picaresca. Son los **pobres sobre todo**.



Los componedores "arreglaban" (componían) casi todo; desde pucheros a barreños.

Los componedores era una raza muy especial de pobres; medio mendigos, medios artistas, medio bohemios, medio trabajadores, "medio gentes". Algo muy especial.

"La tía Mariona -nos cuenta José Antón, cronista de La Ventosa- era la mujer del José, el componedor de Berlanga; se ponía en un caracol el marido con los útiles de todo componedor y mientras la tía

Mariona iba recorriendo el pueblo, casa por casa, recogiendo lo que había de componer el componedor: fuelles rotos, faroles, pucheros, sartenes, tinajas, cacerolas... y si se terciaba el alma de algún o alguna desgraciada que estuviera pasando un mal trago; que para toda cuita tenía la tía Mariona remedio y medicina.

Miraba el cacharro a componer y fijaba el precio del arreglo; era una buena regateadora y muy hábil en las lizas del vender y del consejo. Además de ayudar al marido en recoger, devolver y cobrar, ella aumentaba la ganancia vendiendo quincalla de puerta en puerta y llevando así un mundo de ilusión y de remedio a tantos portales y zaguanes que sólo olían a gallinas y a la rutina más desalentadora;



¡Cuánto sabían de pucheros y trébedes aquellos andrajosos componedores que iban por las aldeas arreglando todo!

comprar unas agujas, unos dedales, hiladillos, espejos, torcidas, carretes, bobinas, botones y otras menudencias necesarias o superfluas podía ser un acontecimiento esperado; podía ser un remedio que ayudaba a que los ojos brillaran de otra manera o a que alguna luz nueva en forma de lujo barato hiciera la vida más soportable.

La llegada al pueblo de los componedores de Berlanga, la llegada del José y de la tía Mariona, era anunciada por la chiquillería, “¡que ha venido la tía Mariona, que ha venido la tía Mariona”!, y las casas del pueblo cobraban de repente un ritmo nuevo.

Una cosa que llamaba mucho la atención era que la tía Mariona en cada casa en que hacía un trato exigía una copa de aguardiente, así al finalizar su recorrido en el primer barrio, la componedora era capaz de componer hasta lo más descompuesto, riéndose de las miserias de la vida, y haciendo chiste y chanza de lo divino y de lo humano, oliendo a aguardiente y a iluminación.

Aquella pareja de desheredados y animapueblos llevaban un burro cárdeno para llevar el bagaje de su oficio y de su vida miserable; nunca faltaba sobre la albarda un gallo que con ellos llevaban y que cantaba desde lo alto de la cabalgadura un “quiquiriqui” de olor a azafrán y brillo de quincalla. No hay que olvidar que junto con el gallo siempre llevaban una bota con vino negro y contundente, de esos vinos que si te descuidas te pueden dar alas o dejarte en la cuneta del camino hasta el amanecer del día siguiente.

Decían noticias épicas y sobrehumanas del componedor de Berlanga: “Afirmaban algunos haberlo visto llevar en una romería de la Virgen de Inodejo el pendón con los dientes y a la tía Mariona detrás llena de devoción por su hombre”.

Los chicos del pueblo no se atrevían a acercarse a aquellos personajes misteriosos que con burro y gallo de vez en cuando llegaban a La Ventosa y animaban el pueblo de una forma un tanto misteriosa. ¿Era bruja la tía Mariona? Y el José, el componedor de Berlanga, ¿no sería un príncipe encantado por aquella mujer bebedora de aguardiente y portadora de un gallo?.



Las calderas de cobre las dejaban como nuevas el tío José de Berlanga y la tía Mariona.



Los componedores lo componían todo; desde vajillas finas hasta orinales o caloríferos.

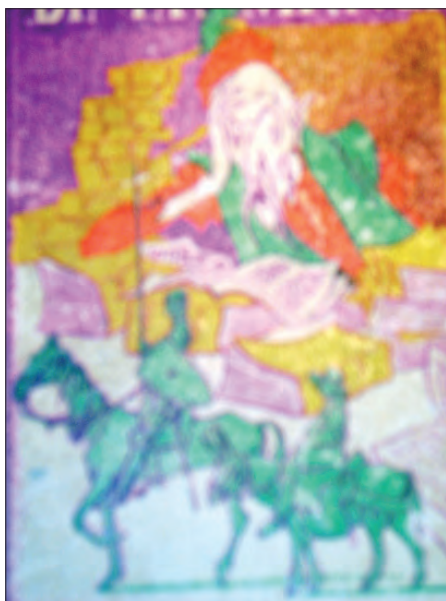
UN MÉDICO QUE ESTABA COMO UNA CABRA

La figura del médico entre los aldeanos de La Ventosa estaba construida de miedo, de necesidad y de un cierto respeto.

No se atrevían a molestar al señor médico por la noche so pena de una necesidad mayor; el galeno que tenía que levantarse para acudir a una urgencia nocturna despotricaba de lo divino y de lo humano; juraba en arameo y solía mandar a hacer hostias a los pobres emisarios que acudían a deshoras para solicitar su ayuda.

He oído contar auténticas “hazañas” de algún médico especialmente extravagante; no sé si era de Fuentepinilla o de Rioseco; no recuerdo su nombre, y aunque lo recordara no lo diría para evitarme posibles líos. Era un médico “fenómeno”, fenómeno tan fiero que “antes de ir al médico me muero”.

Las hazañas que les voy a contar de este galeno, algunas las he oído; otras las he presenciado con mis propios ojos.



En las aldeas de vez en cuando surgían personajes curiosos, curas, secretarios, maestros, hidalgos... que llegaban a estar como “cabras”. Han llegado a formar parte del recuerdo de estas comunidades.

tanto. Coge una mierda seca de perro cagalino; la machacas en el mortero hasta que sea polvo; haces unas sopas hechizas y cuécelas bien después de echar el molido en el puchero. Ya verás como caga.

La pobre mujer hizo todo lo que le mandó el médico. Mientras el pobre marido se comía aquel remedio, le preguntaba:

Había una vez un pobre hombre que no cagaba, un estreñimiento feroz se lo impedía. Llamaron al médico; acudió y echó un vistazo al paciente. Le recetó unas lavativas y un purgante y todos tan contentos. Pasaron los días y el pobre enfermo no podía evacuar.

La mujer del desdichado volvió a llamar al médico; acudió con mala leche y sin mirarlo llamó a la mujer a una estancia aparte y de sopetón le dijo:

– A tu marido lo curo o lo jodo; no te preocupes, lo vamos a curar, pero haz lo que te voy a decir. Hazlo tal cual te lo digo, no tengas reparos para curar a tu pobre marido. No lo veo bien, lo que te mando no falla nunca, o se cura o se jode; tu marido está bastante jodido, lo curarás por

– Marido, ¿qué tal te saben estas sopas?; son una receta salvadora, pronto te vas a poner bien.

– Las mejores sopas que me has hecho nunca, cómo se nota que para que os preocupéis de los maridos necesitáis verlos mal.

Pasaron algunos días y el desdichado no cagaba; y no cagó. Se murió al poco tiempo, de un cáncer de intestino al parecer. “O lo curo o lo jodo” Nuevo juramento de Hipócrates.

Lo he oído contar como cierto; vaya usted a saber.

En otra ocasión, yo mismo fui testigo de ello, una esposa contristada llevó a su marido al médico porque no podía mear. El paciente era ya mayor y posiblemente tuviera problemas de próstata. Iban acobardados con aquella misiva que ellos consideraban deshonorosa.

Llegaron a casa del médico; con una timidez que rayaba en la vergüenza le expusieron el problema. El médico, sentencioso y paternal, le dijo:

– ¡Hala, hombre!, bájate los pantalones, ya verás como meas.

Se bajó los pantalones y calzoncillos para que el médico pudiera curarlo; yo estaba fuera del despacho del médico y de repente oí al médico gritar:

– ¡Pero qué cosa más fea tienes! ¡Cuántos agujeros! ¿Por cual meabas hasta ahora? No me digas que por todos, eso es imposible; hala, ponte una cataplasma caliente y a mear, con que mees por un agujero es suficiente, de los demás no te preocupes, parece que están bien; son antiguos, pero los tienes bien cicatrizados.

La cataplasma caliente hizo pronto su efecto y aquel hombre meó.

Este médico sustituyó el caballo por una moto. Eran los tiempos en que España empezaba a motorizarse. Lo recuerdo bien, la moto era de marca “Osa”; las osas llevaban fama de duras y de buenas motos.

Al parecer el buen galeno había aprendido a ponerla en marcha y a conducirla, pero se le olvidó aprender a pararla.

Fue a hacer la visita a un pueblo que tenía a su cargo; la gente lo estaba esperando reunidos al sol, debía ser un día frío de primavera. Había una recta larga para llegar al pueblo.

Vieron venir a lo lejos una moto con el médico encima. Poco tuvieron que esperar para escuchar al motorista dando voces descomunales:

– ¡Apartaos, que os jodo; ésta me descalabra, no sabe parar, no hay manera!

Todos se asustaron ante la pinta de semejante acontecimiento: Y la Osa no paraba, iba derecha a la puerta de una casa.

– ¡Abrid la puerta, a ver si tengo suerte y me tira en una cama o al menos en el pajar!...

Abrieron asustados la puerta de par en par; por allí se coló la Osa con el médico a cuestas y terminó el buen galeno con sus huesos en la cocina.

La mujer, que debía estar al pie del fogón, cuando vio en su cocina semejante barbaridad, salió despavorida gritando:

– ¡Que no he llamado al médico!; ¿qué hace este hombre despatarrado en mi cocina? Que venga el alcalde, yo soy inocente. Si se ha roto algo, no es culpa mía.

Se levantó del suelo el médico; le ayudaron a sacar la moto de la casa; llamaron al herrero que entendía de Osas; le explicó al cliente en apuros cómo se paraba la moto; se cercioró varias veces de que el médico sabía parar su moto. Y aquel día no hubo consulta. Al siguiente llegó puntual, paró la moto y con una sonrisa de triunfador les dijo:

– Buenos días, tenéis un herrero cojonudo, donde la compré no me lo habían explicado. Vamos allá.

EL MENTIROSO DE ANTOLOGÍA

José recordaba a un hombre famoso por sus mentiras:

– “En una ocasión empezó a difundir la noticia de que en La Seca una manada de lobos hambrientos había atacado a un rebaño de carneros; se habían comido algunos y otros los habían dejado malheridos, teniendo el pastor que sacrificarlos. Decía que vendían la carne muy barata, que la gente de la comarca había comenzado a acudir a comprar; que llegaban de Tardelcuende, de Quintana, de Cascajosa, de Osona, de La Muela, y que sólo faltaban los de La Ventosa. Algunos incautos acudieron y fueron objeto de mofas y carcajadas en La Seca.

Fingió en otra ocasión un dolor de tripa diciendo que estaba indispuerto y que tenía que meterse en la cama, pero que era una lástima ya que se disponía a coger una liebre que había visto echada, indicando a sus amigos el lugar exacto donde tenía la cama la liebre, perjurando que cogerla sería tan fácil como beberse un trago de agua. Dando crédito a sus patrañas fueron algunos mozos al lugar indicado por el troleras y se vinieron al pueblo con un palmo de narices. Quisieron vapulearlo, pero la presencia de la Guardia Civil ese día en el pueblo les hizo desistir del intento.

Después de una merendola, estando todos contentos y algo bebidos, poniéndose muy serio y haciendo aspavientos de dolor empezó a dar alaridos, diciendo que se moría, que se le había atravesado una tajada mal masticada o un hueso del pollo merendado y que lo llevaran con urgencia al médico.

Hay que advertir que la gente de La Ventosa tenían más miedo que alma a molestar al médico a deshoras. Cuando llegaron ante la puerta del galeno y se disponían medrosos a tocar a la puerta, el tío empezó a reírse:

– ¡Os la he pegado, tontos de la pera, mañana tenéis que madrugar y os jodéis!

Los pobres compañeros, sin mediar palabra, lo cogieron y lo tiraron al río diciéndole:

– Jódete tú y bebe agua, a ver si se te pasa la mala gana y se te pudre el hueso o echas raíces a la orilla del río.

Y allí lo dejaron.

Dicen que hubo un tiempo en que aquella lección le hizo prudente haciendo bueno el dicho de que “el tonto por la pena es cuerdo”. Pero como el tiempo todo lo cura, hasta el buen tino, invitó a sus amigos a una merienda diciendo que había matado una ternera. Comieron y bebieron con fruición; estaban todos contentos; salió el mentiroso como a echar una meada. Cuando volvió llevaba entre sus manos la cabeza y el pellejo de un burro viejo cárdeno que tenía y que de puro viejo no podía tenerse en pie.

Se moría de risa aquel filibustero burricida. Dicen que en medio del frenesí de la fiesta no se dio nadie por ofendido, que continuó la bacanal del burrotenera toda la noche y que al día siguiente los comensales juraban no volver a comer burro en toda su vida, que “el burro y el vino hacen desatino”.

Comentaban en esa misma época que “el cura de Nafría había sido cazado en un cepo zorrero por meter la mano donde no debía”. Al parecer la historia era verídica. Una viuda recibía los consuelos del señor cura para sobrellevar la pena de la falta de marido.

La buena mujer dejaba la llave de la puerta de su casa en la hornilla para que el cura la cogiera y pudiera entrar sin llamar. Se llegó a saber en el pueblo la bondad del cura, que fuera de horas se preocupaba por la paz de su grey.

Unos parientes del marido de la mujer bienintencionados quisieron terminar con las horas extraordinarias de aquel sufrido y caritativo cura. El hecho es que transidos de celo, aquellos desalmados en lugar de llave pusieron un cepo zorrero en la gatera. Y el señor cura cayó desolado en la trampa, quedando enganchado y teniendo que ser ayudado por los mozos que ya estaban sobre aviso esperando. La burla fue sonada en toda la comarca; el Obispo del Burgo trasladó al pobre cura a otro pueblo lejano ya que se negó a salir de casa.

A partir de entonces los mozos cantaban en las rondas alusiones a esta salvajada diciendo: “Al cura de Nafría le falló la mano, por meterla donde no debía”.

Estaba contando esta historia el mentiroso en la Venta Nueva de la Aldehuela de Calatañazor, y casualmente estaba allí un reportero de un semanal de Soria. Se publicó en el periódico una reseña al respecto comentando lo peligroso que puede llegar a ser la mentira y la maledicencia, defendiendo la figura de aquel cura “inocente”.

El pobre mentiroso se quejaba amargamente de que la única vez que había dicho una verdad nadie lo creyera y de que había estado a punto de ir a la cárcel y meterse en un buen lío.

Según parece el periódico en cuestión era el semanario La Verdad de Soria, y publicó hace unos ciento treinta años estos acontecimientos metafísicos “oídos en La Venta Nueva”.

Nuestro simpático mentiroso no ha sido honrado por la Historia como se merece; otros muchos sí lo fueron por hazañas semejantes o menores. De cualquier manera en esta crónica queda salvado del olvido y ocupa así de ahora en adelante un puesto de honor y merecido entre los Grandes Mentirosos de la Tierra.



LOS GITANOS

Durante tiempo inmemorial los gitanos deambularon de aldea en aldea levantando a su paso curiosidad y un cierto temor. Llevaban por aquel entonces fama de ser “muy listos” y engañadores, que no había que fiarse de ellos, que eran muy ladinos y el que se acercaba a un gitano siempre salía perdiendo.

Contaban en La Ventosa que una mujer de Fuentelárbol, llamada Marionna, como la componedora de Berlanga, fue ayudada por unos gitanos a recuperar el marido que había muerto no hacía mucho.

Llegaron los gitanos al pueblo y una gitana llamó a la puerta de la tía Marionna y al verla triste le preguntó la causa.

– Ha muerto hace unas semanas mi pobre marido- contestó- ; me ha dejado muy sola. Con lo bueno que era. No puedo aguantar su ausencia, me quiero también morir.

La gitana, de mediana edad, movida de compasión la consolaba y decía:

– No llore, buena mujer; nosotros los gitanos podemos ayudar en casos como éste. Lleve un jamón y una rastra de chorizos a la tumba de su pobre marido; procure que le dé al difunto el olor de estos manjares y así se animará un poco y nos podrá oír cuando lo llamemos; no crea, los muertos no están tan lejos como parece. Si se les sabe llamar siempre acuden, más su Juan que la quería mucho.



Los gitanos antaño daban chascos a los más pintados. La tía Marionna de Fuentelárbol se quedó sin jamones y sin poder oír a Juan, su marido.

Así lo hizo la pobre mujer y se quedó sin chorizos y sin jamón.

No se sabe a ciencia cierta si habló con su Juan; algunos aseguran que pudieron oír a la tía Marionna en el cementerio echándole al muerto que había acudido al olor de la matanza una bronca áspera y descomunal por haberla dejado en este mundo sola y pobre.

En otra ocasión un vecino de La Ventosa vino de la feria de Berlanga con un burro grande y negro, de muy buena pinta, que había comprado a los gitanos y además a buen precio según decía.

Su vecino, al que le enseñó el burro, le advirtió del riesgo de hacer tratos de animales con gitanos.

– Si un gitano te vende un animal barato échate a temblar, igual no llega vivo a casa.

Apenas había acabado de decir esto el prudente vecino, cuando empezó a llover y el burro se fue poniendo blancuzco y descolorido a la par que le caía el agua de la lluvia.

– Puedes estar contento –le animó al pobre hombre– si sólo está teñido. Ya veremos, igual tienes suerte.

Dicen que al día siguiente descubrió el pobre infeliz que el burro comprado a los gitanos era ciego de un ojo y que tenía más años que Matusalén. Al año siguiente se deshizo de él rebajando el precio considerablemente.



Los gitanos recorrían todos los caminos y acampaban a las afueras de los pueblos, debajo de árboles o en las majadas.

SEGUNDA PARTE

Donde se cuenta la ruda vida de trabajo de los hombres y mujeres de La Ventosa y de las aldeas sorianas; grandeza y miseria de unos seres humanos que vivían para trabajar y en el trabajo encontraron una razón para ser ellos mismos EN LIBERTAD.

La necesidad y la libertad no tienen por qué ser excluyentes.

Capítulo 8

Donde se cuenta el trabajo de los **pastores**, sus costumbres, su importancia, detalles y recuerdos que antaño fueron parte importante de la vida de **La Ventosa**.

- El esquilo
- Los pastores

LOS PASTORES

En el medio rural el pastor siempre fue una figura fundamental y permanente; la vida de la aldea se basaba en la agricultura y la ganadería. En La Ventosa cada vecino tenía su rebaño de ovejas; cabras prácticamente ninguna. Vacas, pocas; yeguas y caballos apenas algunos; burros, mulos y bueyes asimilados a la agricultura sin considerarse ganadería. Este era el panorama ganadero en La Ventosa en la segunda mitad del siglo pasado.



En La Ventosa las majadas de antaño se han derrumbado.

En el momento actual ya no queda ni gente, ni ganado, ni pastores; sólo agricultura extensiva, tractores descomunales, muchas toneladas de grano; unos pocos labradores que no viven habitualmente en el pueblo; que sienten la nostalgia de un pasado inmediato en que trabajaban más, cogían menos, vivían más necesitados y posiblemente eran más felices.

Las ovejas más que complemento de la agricultura eran un soporte económico imprescindible en aquella sociedad de economía cerrada y casi autosuficiente, con niveles de vida muy bajos pero sin hambre y sin miseria.

Recuerdo haber oído a un vendedor de “fresco” (así llamaban al pescado en las aldeas sorianas):

“Si llegas a una casa y ves el zurrón colgado en el portal, siempre te compran; si no tienen ovejas, se disculpan diciéndote -No, majo, hoy no te compro. El próximo día-”.



Zurrón de piel de borreguillo. Fotografía tomada en el museo etnográfico de José Antón en La Ventosa. Los zurrones que llevaban los pastores solían ser más burdos, de piel sin curtir y sin lana.

Las ovejas solían “dar más que las tierras”. Los vecinos con buen rebaño era gente con buena cartera; solían comprar tierras, prestar dinero, tener mejor nivel de vida o más exactamente ser considerado entre los “riquillos” del pueblo, pues el nivel de vida era parejo para todos: no pasar hambre, ir vestidos y calzados; poder echar la casa por la ventana algunos días del año o de la vida (fiestas, esquilos, bodas, bautizos...) y morir con el dinero justo para que los hijos les pagaran el entierro.

Era La Ventosa una comunidad sin necesidades y sin miserias; las ovejas, una pieza fundamental.

Las cabras siempre fueron vistas con desconfianza; nunca conocí un rebaño de cabras ni a un cabrero. Decían que una cabra es peor que un hacha, que eran más “algareras”, se comían todo; por donde pasaban las cabras languidecía el bosque, se esquilaba la tierra, y que no en balde el diablo tenía forma de cabra.

Oí decir que antaño en La Ventosa hubo también rebaños de cabras, pero que fueron prohibidas para proteger el bosque de La Roza. Fuera lo que fuera, en La Ventosa nunca se simpatizó con las cabras ni se las echó de menos. Incluso en los rebaños de ovejas no solía ir cabra alguna.

Muy cerca de La Ventosa había alguna zona muy cabrera; la gente de



Las fresqueras eran muy útiles, evitaban que las moscas cagaran los alimentos y permitían que se oreaa todo lo que se colocaba dentro.

Lubia, por ejemplo, iba a vender queso de cabra, que era considerado un manjar semejante a las bacaladas o abadejo. Las mujeres (no eran amas de casa, eran la casa misma) solían ponerlo fresco un día y luego lo metían en aceite, para que se conservara y no le cagara la mosca. O en la fresquera.

De esta manera podías encontrar casas donde gran parte del año había queso de cabra. Algunos hacían queso con leche de oveja, pero eran raros; al final, incluso, se perdió esta práctica.

Los niños de La Ventosa no tomaban apenas leche una vez que eran destetados; esto debió de ser frecuente en todo el medio rural cerealista, ya que hacia los años cincuenta o sesenta se intentó paliar el problema distribuyendo en las escuelas leche en polvo procedente de la “ayuda americana”. España empezaba tímidamente a entrar en la modernidad.

Recuerdo que en mi infancia fui dos veces pastor con el rebaño de mi abuelo Crispín; ha sido un recuerdo imborrable, quedé fascinado por aquel mundo especial. Pastores y pastoras vivían una realidad un tanto aparte de la comunidad oficial, con sus rituales, su estética, sus costumbres, sus “leyes”, sus placeres, sus pesares, incluso su forma especial y diferenciada de comer.

Cuando por la mañana salían de casa para ir a las ovejas en el zurrón llevaban la comida para todo el día; solía consistir en algo tan austero y simple como un buen mendrugo de pan y un huevo duro, o el mendrugo y un “torreno”. Ni fruta, ni aderezo alguno, ni vino, ni agua; los arroyos por aquel entonces llevaban todos agua y eran potables.



La vida de los pastores se desarrollaba en estos campos idílicos y a veces duros de La Ventosa.

Los pastores solían, antes de llegar a las tainas y sacar el ganado, comerse “la merienda” en el camino; el resto del día comían sólo pan y sólo bebían agua. Una vez un pastor me dio como explicación de esta costumbre unas palabras impresionantes, con más estoicismo en ellas solas que en toda la filosofía de Séneca El Estoico:

– “Te comes la merienda en el camino; y la tripa, como sabe que no hay más, ya no te da la lata; nada te pide y tú nada le das. Todos en paz”–.

El oficio de pastor era ejercido por los hijos e hijas de las familias; primero los más mayores, luego según iban llegando los demás hermanos se iban turnando. En algunas familias, especialmente en los últimos tiempos, se ajustaban pastores de fuera. Solían ser familias o más pudientes o con perspectivas más inteligentes, pues esto permitía a los hijos asistir a la escuela durante más tiempo.

La edad de comenzar a ser pastor estaba entre los nueve o diez años; en cuanto se había malaprendido a leer y a escribir y las cuatro operaciones, se sacaban a los hijos de la escuela y se mandaban a las ovejas. Eso sí, en La Ventosa no había analfabetos. Sólo los viejos y viejas, gente de “otros tiempos”, podían llegar a firmar estampando sus huellas en los papeles y documentos.



En cuanto dejaban de ser niños, los hijos de La Ventosa se hacían pastores.

En el barranco de Las Peñas, mirando al sur, hay una oquedad en la roca que apenas empieza a ser cueva, pero que llama la atención de los que por allí pasan; era un lugar apartado donde los pastores y pastoras a veces se reunían a vivir chanzas y lances de iniciación, como en el mundo antiguo, cuando los dioses y los faunos convivían con los hombres en el campo. Le llamaban El Portallillo los Conejos; también estaba La Cueva de la Zorra; estaba negra la entrada por el humo que a lo largo de años inmemoriales había ido oscureciendo la roca.

Decían que allí vivía la zorra y que cada vez que se la veía entrar en aquella madriguera había que “darle humo” para ahuyentarla y hacerla salir de su cubil.

Fuera ello lo que fuere, La Cueva de la Zorra en el barranco de las Peñas era con frecuencia lugar de reunión de pastores y pastoras.

Me han contado algunas historias de aquellos encuentros cargados de sensualidad y de intención.



¡Qué pronto dejaban los jóvenes la escuela para ir a las ovejas! Todos sabían, no obstante, leer y escribir.

Dicen que había un pastor callado, al que “no se le movía la ropa” en apariencia, pero que era el objeto de deseo y de admiración de las pastoras, que era buen “jugador de lances amorosos” y que hacía la delicias de aquellas adolescentes vivarachas e inquietas.

Había varias reunidas en aquel paraje cuando lo vieron llegar con su rebaño por la cresta de Las Peñas; se pusieron de acuerdo, traviesas y maluchas, para gastarle una broma a aquel muchacho que denotaba un instinto natural asombroso para tratar a las mujeres.

Lo llamaron a gritos a distancia, riendo y con gran algarabía:

–Baja, tontorrón; te esperamos impacientes para “dar humo a la zorra”; necesitamos tu ayuda, bien lo sabes–.

El pastor oyó con agrado aquella invitación gritada desde lejos y cargada de intención. Corrió la cuesta abajo y llegó donde estaba el grupo divertido de ninfas y pastoras jadeantes. Se dejó caer en el suelo simulando cansancio y desmadejamiento por el esfuerzo de su carrera precipitada.

Las pastoras en grupo se echaron sobre él; todas querían ayudarle, animarle, apachugarle, reanimarle, cosquillearle, habrían deseado hacerle la respiración boca a boca.

El pastor, buen comediante y aguantador de lances provechosos, se dejaba hacer; simulaba reanimarse poco a poco al compás de la ayuda por turno desordenado de aquellas ninfas encantadoras y en primavera.

Así estaba la situación cuando alguna de ellas tuvo una idea genial:

–¿Por qué no le damos humo a ver si termina por espabilarse? Ya lo hemos intentado con nuestros labios y con nuestras manos, y nada; parece tonto, y ¡es tan listo...! Además, no sé si os habéis dado cuenta, parece un poco trasnochado todo él menos las manos que las tiene listas; me parece que se hace el tonto para meternos mano.

Ni que decir tiene que todas se habían dado cuenta, que estaban pasándolo bien y que aquel juego era lance de aprovechar. “Que hay que caer en la tentación, pues si no vuelve”. “Que la ocasión la pintan calva”. “Que más vale pájaro en la mano que ciento volando”. “Que a quien Dios se la dé, san Pedro se la bendiga”. “Que hay un tiempo para cada cosa”. “Que todo encaja y encaja bien”. “Que si viene el cierzo ponte la capa y si hace calor quítate la ropa”...

Tales pensamientos debían encandilar aquellas cabecitas de pastoras inocentes y todas entre risas asintieron y cogieron al pastor poniendo sus manos en su cuerpo y lo metieron en la cueva y pusieron brozas secas en la entrada y les prendieron fuego y una gran humareda adornó aquel peñasco callado, testigo de bellezas y rituales antiguos.

El pastor, no pudiendo aguantar la humareda que se le vino encima, salió despavorido, achuchó a las pastoras, parecía un fauno persiguiendo ninfas deseosas y todos entre risas y chanzas agradables quedaron en que de vez en cuando había que “dar humo a la Zorra”.

El verano tenía su impronta en la vida de los pastores. La sequía de los pastos hacía necesario un tiempo mucho más dilatado de careo para alimentar al rebaño; por otra parte el fuerte calor del centro del día obligaba a los pastores a meter las ovejas en las majadas durante las horas más álgidas.

Así la vida de los pastores tenía que adaptarse a esta realidad; solían tener el rebaño pastando gran parte de la noche; ellos mismos dormían en las majadas con las ovejas. Iban a casa a la hora de la siesta; así veían a la familia, comían, preparaban la merienda para el día siguiente...

Las majadas estaban en grupos de varias en los distintos parajes del territorio: La Roza, Carreosonilla, El Cocorote, Revillas... La convivencia de pastores y pastoras en aquellas soledades cálidas de verano, durmiendo ellos y ellas en majadas contiguas, se prestaba a toda una serie de lances y anécdotas graciosas llenas de adolescencia y de intención, añadiendo gracia e interés a la monotonía trillada de su vida.

Me han contado viejos que vivieron su adolescencia de pastores en aquellos ambientes bucólicos que solían por la noche ir a visitar a las pastoras que dormían en las majadas o tainas cercanas.

“No te creas; aquellos tiempos eran muy diferentes a los actuales. La gente era mucho más decente; no como ahora que se arrejuntan en cuanto se conocen. Alguna pastora podía haber un poco más ligera de cascos, pero la mayoría eran muy decentes. Se acostaban en el suelo de la majada bien arropadas con el mantón; lo cosían todo alrededor formando un saco y dejando una sola abertura para la cabeza. Algo parecido a lo que ahora me parece que llaman saco de dormir. Así se defendían de los posibles tocadores nocturnos.

Claro, no todas las noches eran igual; a veces hacía más calor y las pastoras dejaban sin coser algunas partes de su mantón. Pero no se puede comparar, éramos mucho más inocentes que ahora, aunque había de todo, bien es cierto.”

Los otoños eran sosegados; las rastrojeras daban abundante pasto a los rebaños, las ovejas estaban más gordas y los pastores más descansados.

Además llegaban las fiestas del pueblo. Era un acontecimiento especial; esos días cerraban las ovejas (los únicos en todo el año); además comían con la familia en la mesa como Dios manda; estaban en el pueblo, con la gente, jugaban a la tanguilla, iban al baile. Esos días no eran pastores, eran jóvenes de La Ventosa. Soñaban con el tiempo de dejar definitivamente las ovejas y ocupar el siguiente escalafón social, el de mozos y mozas.

El invierno tenía sus ventajas y sus inconvenientes; hacía frío y llovía con frecuencia, pero las buenas mantas de pastor daban buen cobijo. Los pies se protegían poniendo “los pellejos” encima de los calcetines y evitado así el mojarse por mucha agua que hubiera en el suelo.

Se pasaban menos horas en el campo, pronto atardecía, se cenaba pronto y enseguida se iba la gente a la cama.

Había, no obstante, que “picar a las ovejas”. Como en el campo había poco pasto tenían que echar a las ovejas una alimentación añadida; solían picar berzas y remolachas en trozos para alimentar el ganado. Esta tarea no era exclusiva del pastor; toda la familia echaba una mano alrededor de la lumbre en aquellos menesteres. Ya de noche llevaban el alimento en “los machos” y se lo echaban a las ovejas para que en la noche se lo comieran.

La vida de la aldea discurría al discurrir el tiempo, era una prolongación del universo. La vida de los pastores y rebaños, también. Cada estación marcaba sus colores, y la clase de pastos, y la forma de cuidar los rebaños.



La Virgen Pastora, cuadro encontrado en una cámara de La Ventosa.

La primavera con el resurgir de la naturaleza hacía también comenzar el ciclo germinativo y de pastos, no sólo en el campo, también en el corazón de los pastores y de las pastoras. Los campos se llenaban de canciones al atardecer; algunos pastores cantaban bien, una minoría; casi todos tocaban el caramillo.

Era un arte pastoril hacerse flautas con la madera de retoños de pino: Se elegía un tallo adecuado, se cortaba el tramo correspondiente



La vida de los pastores se adaptaba al ciclo de las estaciones y de los pastos.

entre dos niveles de nudos consecutivos, se hacía un agujero por dentro a lo largo de la madera, se iba desgastando con un hierro adecuado al rojo vivo. Se hacía luego la forma exterior y los agujeros para las notas. Por fin se confeccionaba el dispositivo de entrada de aire con la “pipa” bien graduada. Aquel sencillo instrumento musical de los pastores sonaba como las propias rosas.

Oír las notas de un caramillo de pastor en el crepúsculo, cuando la noche de la primavera acogía al mundo, fue siempre una experiencia inolvidable. Un instante estético muy cercano a lo geológico y a la antigua música del mundo.

Los pastores eran extremadamente austeros, como todos los habitantes de la aldea. Llevaban la misma ropa a lo largo de todo el año. Había algunos pastores que no dejaban la manta nunca, “por si acaso”, “fíate de la Virgen y no corras”, “más vale prevenido que apaleado”. “Quiá, la manta pesa poco y abriga mucho “... Y mil explicaciones por el estilo.

La indumentaria de ellos consistía en pantalones de pana, chaqueta del mismo material o jersey de lana de ovejas, camisa sin lavar en muchos, muchos días, gorra negra, bufanda y capa en invierno, abarcas siempre y escarpines excelentes tejidos por las madres y abuelas con la lana de las ovejas y una ropa interior austera y eterna.

Ellas vestían con la misma austeridad con vestidos propios de mujer; llevaban una saya recia y acogedora, blusa sencilla, jersey, un mantillo; abarcas y



Boina negra, manta de cuadros, abarcas, pantalón de pana negra y buen humor formaban la semblanza del pastor.

escarpines; a veces, medias recias de lana; en la cabeza solían llevar un pañuelo que anudaban bajo el cuello, muy útil en verano para evitar el calor, y en invierno para el frío. Solían resguardarse del sol para no ennegrecerse; gustaba la piel blanca sin rastro de intemperie.

Cuando llovía y sobre todo cuando caían las grandes nevadas de entonces los pastores se calzaban de una forma especial y muy adecuada: Hacían con las pellejas de las ovejas una tiras largas en forma de vendas que previamente remojadas la noche anterior y escurridas una hora antes de ponerlas se colocaban en los pies como vendándolos, por encima de los escarpines; luego se calzaban las abarcas y así no se calababan en todo el día. Este calzado era de una comodidad infinitamente mayor que las

botas de goma que vinieron después. Los “pellejos” se llamaban a estas vendas de piel de oveja que permitían no calarse por mucha agua que hubiera; podían cubrir la pantorrilla, de forma que se podía caminar entre matas sin mojarse. **Un modelo perfecto de adaptación.**

El zurrón era inherente al pastor, como la uña al cuerpo. Era una especie de morral, normalmente de piel de las ovejas; alguna vez de tela fuerte o paño sacado de alguna manta vieja a desechar. Llevaba una correa que se podía guardar con una hebilla rústica muy fuerte; así se llevaba el zurrón colgado, sobre las espaldas; era cómodo y cabía casi todo, desde la merienda con media hogaza de pan, hasta la fruta robada en los huertos o los huevos de perdiz que se habían encontrado en un nido.

La navaja tampoco faltaba; eran buenas navajas de campo, eficaces desde para cortar palos y ramas hasta degollar un cordero. Recuerdo la admiración de los pastores por unas navajotas cachicuernas que llamaban “de ciento ocho girodías”. Nunca supe lo que era una “girodía”, me imaginaba un ruidito que hacía la navaja al abrirla y ponerla en posición de cuchillo rígido y eficaz. Las pastoras



En la Roza y en el "prau" solían los pastores tener sus domaderos, aprovechando las horquillas de arbustos o de árboles.

solían llevar unas navajas más pequeñas y, de todos modos, sentían menos interés por las navajas que los pastores.

La "garrocha" era otro útil imprescindible del pastor. Se la hacían ellos; cogían una rama o tallo de madera adecuado, de roble o de fresno; iban a sitios que tenían, los "domaderos de garrochas"; solían ser arbustos o árboles pequeños y que tenían una horquilla formada por el tronco y una rama del grosor de la curva de la garrota. Calentaban un extremo del palo y lo metían en la horquilla; giraban tirando del otro extremo curvando fácilmente lo que sería empuñadura. Para que no pudiera la madera perder la forma mientras estaba aún verde, la ataban con un cordel, la colgaban en una majada y al tiempo, ya seco el palo, era una garrocha indeformable.

Algo que recuerdo como muy especial era el "bismado" de las patas rotas de las ovejas. Estos animales tienen las patas muy frágiles a los golpes aunque fortísimas y bien adaptadas para caminar. Las roturas por pedradas o golpes de palo eran frecuentes a lo largo del año, sobre todo en primavera cuando los sembrados empezaban a verdear y los animales tendían a "meterse a los trigos"; los pastores intentaban impedirlo tirándoles piedras o el garrote y a veces rompían las patas a las ovejas.

A las "ovejas cojas" había que curarlas: Se cogían dos tablillas o palos cortos y lisos, se entablillaba la pata rota y encima, para darle rigidez, se embadurnaba todo alrededor con pez caliente. Al enfriarse el ungüento, la pata quedaba rígida y curaba bien. Era una especie de escayolar antiguo pero eficacísimo.

Había pastores que decían de ellos que "tenían mala mano"; solían encojar mucho a las ovejas; solían ser los más brutos y los que tenían "mala leche". Las pastoras dejaban cojas a muchas menos ovejas.

EL ESQUILO

Entre San Juan y San Pedro se esquilaban las ovejas; cuando comenzaban las calores a los rebaños les sobraba el manto tupido de un abrigo invernal.

La lana de las ovejas era un bien muy necesario para atender muchas necesidades de aquellas sociedades que se autoabastecían; se hacían con ella colchones excelentes, escarpines, jerséis, bufandas, ropas de abrigo; antiguamente se hacían incluso mantas y cobertores.

Cuando llegaba el día señalado para esquilarse el rebaño la familia celebraba una gran fiesta; se invitaba a comer a parientes y vecinos; se disponían comidas y bebidas de excepción. Era una de las fiestas no religiosas más importantes del año.

Llegaban los esquiladores, tomaban unas copas de anís y unas pastas y se dirigían a la taina con su macuto de esquila al hombro; solían llevar en él las tijeras y una piedra de afilar, así como dediles y una bolsita de ceniza por si se cortaba a las ovejas. Era un macuto terminado en punta, de cuero o lona, que se adaptaba a la forma de las tijeras.

Los esquiladores vestían **zahones**, se dirigían a la majada y mientras los “**trabadores**” trababan unas cuantas ovejas ellos se echaban un cigarro y unos tragos de vino en animada conversación. Solían ir tres o cuatro esquiladores para poder terminar de esquila el rebaño en un día. Cogían a la oveja de turno entre sus piernas y con una maestría sorprendente les iban quitando la cubierta de lana.



Los esquiladores cuidaban meticulosamente sus útiles de esquila.



Viejos zahones de esquilador hechos de pelleja de oveja.

Una advertencia que hacían siempre al amo de las ovejas era que las ovejas estuvieran calientes. Este detalle tenía mucha importancia para facilitar el esquila; la **mugre** de la lana si estaba caliente era suave y manejable, cortando así mejor las grandes tijeras de los esquiladores. Si estaba fría se dificultaba mucho la labor.

La víspera del esquila se llevaba el rebaño a la **dehesa** a pastar para que se hartaran de comer, al día siguiente no podría salir a **carear**. Fuera de ese día estaba prohibido llevar a las ovejas a la dehesa, espacio de pastos reservado a los animales de tiro, bueyes y mulos, burros y caballos.

A pesar de la destreza de los esquiladores, a veces, se producían cortes involuntarios y sangraban las ovejas. Se les echaba en la herida un poco de ceniza y “**al avío**”.

En cada pueblo había unos pocos vecinos que eran esquiladores, y solían ser ellos los que esquilaban todas las ovejas de los demás; cobraban por su trabajo y todos tan contentos. A veces podían venir esquiladores de fuera, o por que estuvieran ocupados los del pueblo o por desavenencias y malos quereres, que de todo había.



La única majada que permanece en pie. Durante muchos años el Demetrio cerró aquí las ovejas.

A media mañana se **tomaba el pan** y al mediodía se comía de fiesta, con café y anís en amena charla, con la familia toda reunida alrededor de la mesa; en el comedor, no en la cocina como se comía habitualmente. La fiesta era la fiesta y era día de excepción.

Las palabras:

- **Escarpines.**- Calcetines gruesos de lana, sin costura, que las mujeres confeccionaban con cuatro agujas. Eran imprescindibles para calzar **abarcas** (en La Ventosa, “**albarcas**”).
- **Albarcas.**- Calzado rústico y económico, muy duradero y cómodo que llevaban los labriegos. Solían hacerse con un trozo de cubierta de rueda de goma y unos cintillos de badana.
- **Cobertores.**- Especie de mantas para echar encima de la cama o cubrir algo para que no se enfriara. Se hacían de lana muy apretada y por ello solían pesar bastante.
- **Taina.**- Palabra usada en la provincia de Soria para indicar los corrales de ovejas; solía constar de una parte cubierta y de otra al aire libre; así las ovejas podían elegir más o menos abrigo. Las paredes que circundaban el raso eran altas y terminadas en una **barda** para evitar que pudiera saltar la zorra.
- **Raso.**- Parte sin cubrir del enclave de las tainas. Solía ser la mitad de la parte cubierta.
- **Barda.**- Sobrecubierta de sabina o de paja que se ponía encima de las paredes que no se remataban con tejado para evitar que penetrara el agua.
- “**Al avío**”.- Frase adverbial que indica que algo estaba acabado.
- **Zahones.**- Una especie de pantalones muy anchos de cuero abiertos para los por atrás; protegían la ropa y dejaban mucha libertad movimientos; solían llevarlos los esquiladores y segadores.
- **Trabador.**- Persona encargada de ir trabando las ovejas para que los esquiladores las esquilaran y así no tuvieran que perder tiempo.
- **Mugre.**- Grasa que tiene la lana de las ovejas; protege y suaviza manteniendo su piel en buen estado. La mugre suavizaba mucho las manos de los pastores y esquiladores.
- **Dehesa.**- En La Ventosa designaba una porción de terreno de abundantes pastos que se encontraba antes del prado comunal.
- **Carear.**- Pacer y desparramarse el rebaño por el campo.
- “**Tomar el pan**”.- Era comer a media mañana cuando se hacían trabajos duros.

LOS PASTORES. EPÍLOGO

Durante muchísimo tiempo, hasta los años cincuenta, los pastores en las aldeas castellanas constituían un “grupo social” de fuerte personalidad; que tenía su estructura, su propia cultura, sus costumbres propias, incluso su estética específica.

Cuando un jovencito dejaba la escuela y la infancia para ir pastor, comenzaba una vida nueva. Ir a las ovejas por primera vez era en realidad un **rito de iniciación**. El tiempo de pastor era el periodo de tránsito hacia la adultez.

Cuando se dejaban las ovejas para que un hermano o hermana más joven se hiciese cargo del rebaño familiar ya era una persona adulta. Llegaba entonces a formar parte del grupo social de “los mozos” o “las mozas”.

Los nuevos mozos enseguida irían a la mili o a la guerra; las mozas solían formalizar su vida amorosa con “relaciones formales” llegando al matrimonio jóvenes y llenas de ilusiones. Solían casarse con mozos algo mayores que ellas. Solían ser ya “mujeres de una pieza” y ellos, “hombres de provecho”.

Recibían de los padres unas pocas tierras, un par de mulos y lo imprescindible para comenzar una vida aparte; no era infrecuente que el primer año o los primeros meses después de casados vivieran los recién casados en casa de los padres hasta la recogida de la cosecha de aquel año.

La vida de pastor estaba llena de emociones; era una escuela inimaginable de adolescentes. Todos sus intereses tenían respuesta. No se necesitaban ni litronas, ni porros, ni drogas, ni consumismos compulsivos.

De niño a pastor. De pastor a mozo. De mozo al matrimonio. Al trabajo duro y agotador, lleno de privaciones, pero ilusionado y lleno de sentido. De esta plenitud a la vejez bien encajada y arropada por la comunidad y la familia. De la vejez a la muerte.

TODO ENCAJABA Y ENCAJABA BIEN

Capítulo 9

Aquí podrás encontrar los trabajos de agricultura que a lo largo del año los labradores iban haciendo. Eran trabajos duros e interminables. Cada trabajo tenía su tiempo y cada tiempo sus trabajos.

- El arado romano
- El arado de la tierra:
 1. Alzar
 2. Binar
 3. Adobar
 4. Roturar
- Abonar
- Escardar
- Hacer arroyo
- Sembrar
- La siega y sus útiles
- El acarreo. El carro
- Trillar y abeldar
- Meter la paja
- Subir el grano
- Llevar el trigo a Quintana

EL ARADO ROMANO

Ha sido el útil más duradero y permanente en la agricultura de Occidente: Ha estado en uso desde siempre hasta hace unas pocas décadas; incluso cuando las labores se hacían con medios mucho más modernos, incluso existiendo ya el tractor continuaba usándose el arado romano para trabajos específicos como recoger las patatas (hacer surcos para desenterrarlas), arar huertos o parcelas muy pequeñas...

El arado romano es simple y eficaz, muy bien adaptado a la fuerza de arrastre de una yunta normal.

Es muy versátil, durante muchos siglos se usó para roturar, alzar, binar, sembrar.

En su construcción no necesita materiales caros ni tiene complejidades especiales; simplemente madera y una simple reja de hierro. Se confeccionaba en las fraguas locales; incluso muchos labriegos solían hacerlos ellos mismos.



Arado romano; miniatura confeccionada por José Antón de La Ventosa.

Las piezas que conformaban al arado romano eran:

1. **Timón:** Palo largo o pértiga que se acopla a la “cama” por un extremo y por el otro se sujeta al yugo de los animales de tiro, enganchándose en el “barzón”.
2. **Cama:** Pieza curva de madera donde se sujeta el dental y se une con el timón, sujetándolo con las “belortas”.
3. **Dental:** Pieza de madera donde se sujeta la reja de hierro con ayuda del “pescuño” que era una cuña de madera que con ayuda de un martillo podía presionar fuertemente y así asegurar la reja.

4. **Telera:** Tornillo que desde el dental atraviesa la cama para darle fuerza al ángulo.
5. **Belortas:** Anillas de hierro que unen la cama y el timón.
6. **Clavijeros:** Agujeros que tenía el extremo del timón para meter la clavija y engancharlo en el barzón. Además, al haber varios, permitía alargar o acortar la distancia de la pértiga entre el arado y el yugo.
7. **Esteva:** Pieza de madera curva que servía de agarradero del arado.
8. **Reja:** Pieza de hierro encargada de abrir la tierra; terminaba en una punta muy afilada.

En tiempos antiguos la reja solía ser de madera dura, corazón de encina o roble; donde había olivos, de olivo.

A continuación una serie de fotografías sobre las piezas del arado romano.



Rejas de hierro.



Cama del arado.
Todas las piezas se juntan en la cama.

ARAR LA TIERRA

ALZAR: era labrar la tierra de barbecho para ponerla en condiciones a lo largo de un año de cuidados para sembrar al año siguiente.

Era una labor profunda dando la vuelta a la tierra; antaño con arados, a partir de los años treinta empleando “vertederas”, un arado más moderno y que daba vuelta a la tierra de manera que la paja del rastrojo se enterrara en profundidad y se aireara el suelo. Además esta labor profunda permitía mantener la humedad mejor que en tierra no cultivada o cultivada superficialmente.



La vertedera fue un paso adelante respecto al arado romano.

Era un trabajo rudo que exigía fuerza de los animales de tiro y un trabajo recio en el labrador que estaba alzando. Todo el día andando y sosteniendo siempre el arado o la vertedera con pulso recio.

Se solía comenzar a comienzos de la primavera para disponer la tierra para la sementera del otoño siguiente. Así se dejaba tiempo, después de terminar la cosecha del año, para sembrar adecuadamente la cosecha nueva.

Era la primera labor que se hacía a la tierra después de haber dado una cosecha en el verano-otoño anterior.

Si la tierra estaba excesivamente húmeda se solía quedar pegada en la reja de la vertedera y había que quitarla con ayuda de la “restoba”, un útil práctico y sencillo formado por un palo de un metro de longitud acabado en una especie de cuchilla curva para quitar el barro.



La restoba era muy útil para facilitar la labranza.

Si no estaba limpia la “reja” del arado o vertedera, la tierra no se despedía bien, costaba más a la yunta de tiro y se hacía peor labor.

Cuando la tierra estaba muy húmeda, al pasar el tiempo, se quedaba duro el barro voloteado por la vertedera y se hacían terrones muy duros.

Así mismo, si la tierra estaba demasiado seca cuando se alzaba, costaba mucho y la labor está llena de terrones desde el principio.

Pocas veces debía estar la tierra en sazón pues siempre se veían los campos arados llenos de terrones. No en balde a los labradores, cuando se les designaba de forma despectiva se les decía “**destripa terrones**”.

BINAR: era la segunda labor de primavera, como el propio nombre lo indica. Se binaba lo que antes había sido alzado. Mediante la bina se dejaba la tierra áspera y aterronada más suave y mullida y así permaneciera hasta el otoño siguiente en que iba a ser sembrada.

ADOBAR: era arar la tierra antes del invierno para sembrar en primavera la segunda siembra, la de cebada tardía, avena y legumbres (yeros, guijas, titos). Era una labor más simple y menos profunda; se quitaban las malas hierbas y se dejaba la tierra mullida y dispuesta para que el invierno entrara en sus entrañas y la hiciera más fecunda.

Al llegar la primavera todo se despertaba y la tierra que hacía algunos meses había sido “**adobada**” comenzaba a calentar sus entrañas y a estar en sazón para recibir las semillas de las plantas de “**ciclo corto**”, a diferencia del trigo, que necesitaba mucho más tiempo para criarse.

Me viene a la mente a este respecto el hermoso mito **Perséfone**:

Cuando la joven diosa desposada con Hades, el dios de los muertos y del mundo subterráneo, volvía al mundo de la luz después de haber permanecido 6 meses junto a su esposo oscuro, la naturaleza entera se desperezaba del letargo invernal y todo empezaba a germinar.



Ahora ya se ha simplificado todo; el barbecho se siembra sólo alzado, sin adobar ni binar. Todo es lucro y pragmatismo.

Únicamente un cereal duro y resistente podía escapar a esta ley de los dioses, el trigo; cereal antiguo y traído desde lejos a las tierras mediterráneas.

ROTURAR: era labrar la tierra que no estuvo nunca cultivada. Era un trabajo rudo que exigía mucha fuerza de tiro dada la dureza de la tierra a labrar.

Solía hacerse con las yuntas de bueyes que lentos pero fortísimos permitían roturar los terrenos más difíciles.

Los terrenos recién roturados solían tener terrones muy gruesos que el tiempo iba erosionando poco a poco y que después las labores sucesivas antes de sembrar en ellos se deshacían dejando la tierra dócil y fértil.

Las tierras de los “arroturos”, como nunca habían sido sembradas antes, eran especialmente fértiles y estimadas por los labradores.

Ésta fue sin duda una razón para la atroz deforestación de Castilla en los siglos anteriores.

También explica en parte la pugna entre ganaderos y labradores desde tiempos inmemoriales y en todas las latitudes. La Mesta había supuesto el triunfo de los ganaderos; las leyes de protección a la agricultura de los siglos XVIII y XIX, el triunfo de los labradores.

En las aldeas castellanas de Castilla La Vieja se produjo desde el principio una simbiosis entre agricultura y ganadería, de manera que cada labrador era a su vez ganadero. Así se consiguió un equilibrio en beneficio de ambas actividades.



La Dehesa es el único territorio de La Ventosa sin roturar juntamente con el "Prau" y La Roza. El "Roble Mellizo" ha permanecido como símbolo del equilibrio ecológico.

A partir de los años 60 comenzó de nuevo a surgir, lentamente al principio, después de forma clara, el desequilibrio a favor de la agricultura, que se estaba mecanizando y cada vez era más cómoda y rentable. Por otra parte la aparición de los abonos químicos hacía menos necesarios y apetecidos los abonos de origen animal, especialmente **la sirle o basura de oveja**.

El hecho de que los jóvenes fueran emigrando de las aldeas determinó de forma clara la crisis de los **"rebaños de aldea"** antes abundantes y enmarcados en el sistema social y de producción de las aldeas castellanas.

Hoy no quedan **"rebaños de aldea"**, grandes rebaños, muchas veces venidos de fuera y arrendando los pastos, los han sustituido.

ABONAR

Era un trabajo del que dependía en un tanto por ciento elevado el rendimiento de las tierras. Tenía sus “secretos” y no todos los labradores conseguían abonar adecuadamente.

Las pautas para abonar eran fundamentalmente la costumbre y la tradición, y los medios de que se disponía.

Quienes tenían rebaño de ovejas tenían resuelto el problema de abonar las tierras.



El estiércol de los animales era la materia prima del abono tradicional.

El abono durante muchísimo tiempo se reducía al estiércol de los animales. A lo largo del año se iba sacando de las cuadras la basura, sustituyéndola por paja limpia de vez en cuando, para que los animales estuviesen de forma adecuada.

Con el estiércol se formaban los **muladares**, o amontonamiento de basura; allí con la humedad y el calor que producía la descomposición de materias orgánicas la basura se convertía en abono; cuando llegaba el momento de abonar la tierra las basuras del muladar ya eran abono.

La basura más floja para obtener abono era la de mulos, burros y caballos, por su alto contenido en paja.

Un trabajo poco grato y de cierta dureza era “**volver muladar**”; consistía en dar la vuelta a la basura para que se volviera abono toda ella, no solamente la de las zonas enterradas.

Un abono muy especial era “**la palomina**” o excremento de paloma; dicen que era el mejor; su contenido en nitrógeno era muy alto. Le seguía en calidad “**la gallinaza**” o basura de los gallineros. Fuera por la alta calidad de estos abonos, fuera por la escasa cantidad de que se disponía, era un abono dedicado casi exclusivamente para abonar huertos o cultivos muy concretos.

La forma tradicional de abonar era extender por las fincas la basura disponible; una labor que llamaban “**estercolar**”; exigía bastante esfuerzo físico ya que se desparramaba a mano con ayuda de una “**horca de hierro**”, útil éste que también se usaba para dar vuelta al muladar, para “**sacar las camas**” de las cuadras; y en general para todo trabajo relacionado con la basura.

Cuando apareció el abono químico, el famoso “**nitrato de Chile**”, comenzaron a usarse máquinas abonadoras, aunque era frecuente desparramar el polvo

del abono a mano, de forma parecida a como se sembraba el trigo a puñados, llevando a la espalda un saquillo con cierta cantidad de abono. Había que recorrer la tierra andando y echando puñados espolvoreándolos por la superficie. Había que llevar cuidado cuando había viento no se fuera el abono a la tierra del vecino.

A partir de los años sesenta aparecieron abonos químicos más complejos y específicos para cada circunstancia. Las abonadoras se hicieron mucho más potentes y eran arrastradas ya por tractores.

Quien no se gastaba en abonos solía ver su cosecha mediocre; los que mejor abonaban obtenían con creces mejores resultados. Esto animó a la gente a no ser cicatera con los gastos del abonado.

ESCARDAR

Escardar era otro trabajo imprescindible ya que no había herbicidas y las labores hechas con el arado no evitaban la proliferación de cardos y malas hierbas.

Ya en primavera, cuando los sembrados empezaban a tener más de un palmo y las malas hierbas comenzaban a nacer, con ayuda de un “**escardillo**” y un palo en forma de “**horquilla**” todos los miembros de la familia recorrían a pie los sembrados cortando cardos y arrancando las malas hierbas.

El escardillo era un palo que tenía en un extremo un hierro cortante; con la horquilla se presionaba el tallo del cardo contra la tierra y así se cortaba fácilmente. Las mujeres solían ser muy hábiles escardando. A los hombres no les solían gustar estos menesteres que exigían paciencia y mucha atención.

Una modalidad algo parecida al escardar era “**quitar abrojos**”.



Los abrojos eran unos cardos duros, de una gran capacidad de proliferación. Símbolo de mala planta.

Ya en verano, en los barbechos que tenían gran cantidad de estos cardos duros, con ayuda de un azadón se iban arrancando y luego se quemaban.

Los abrojos esquilaban mucho la tierra y eran enemigos naturales de los labradores. Además su pinchazo era dolorosísimo, muy parecido el dolor a cuando te pinchabas con una púa de espino.

Así evitaban en lo posible la existencia de abrojos en sus tierras.

Esta desagradable labor solían mandarla los hombres a los mozalbetes de la familia, nunca a las mujeres y sólo algunas veces a niños.

Cuando se iba a escardar, como era el tiempo en que los pájaros tenían sus nidos, se encontraban en los sembrados muchos nidos de “**cucuruchona**”, de “**trigueras**” y de otros muchos pájaros de los campos de cereal. Para los más jóvenes era un aliciente para querer ir a escardar.

Recuerdo la imagen de las mujeres cuando se iban a escardar una vez que habían hecho las labores de la casa, con su pañuelo negro protegiéndose del sol; en una mano el escardillo y en la otra la horquilla.

Iban a buen paso a los sembrados, y solían regresar a casa no muy tarde, ya que todo giraba en la casa a su alrededor. Esta sociedad tenía mucho de “**matriarcado**”. De puertas para adentro el centro real de la vida y de la economía y de la subsistencia y de la autoridad de alguna manera estaba en la mujer. Afuera imperaba un patriarcado recio y tradicional.

“**HACER ARROYO**”

“Hacer arroyo” o “hacer río” era un trabajo exageradamente duro y que lo hacía el hombre sin ayuda posible de animales. En invierno, cuando no había otras labores que hacer y cuando la tierra estaba blanda por el agua de las lluvias, los hombres más recios de las familias se echaban al hombro una “**pala recta**”, se



Los arroyos terminaban por cegarse y llenarse de broza; había que limpiarlos. Se solía hacer en invierno y era un trabajo muy duro.

calzaban antes pellejas bien curadas, después botas de goma, para no mojarse y poder estar metidos en el agua, y marchaban a las fincas que necesitaban drenaje, rehaciendo los arroyos que se iban cegando o el río que estaba lleno de broza y de tierra. Tenían que cavar con la pala recta y arrojar la tierra afuera, a veces en el río a considerable altura. La tierra era muy pesada por el agua que contenía y esta actividad era en extremo dura y agotadora independiente de lo incómodo que resultaba estar metido todo el día en un barrizal.

SEMBRAR

Era una de las labores fundamentales de los labriegos; tenía cierta complejidad y de esta labor dependía en gran medida el éxito de la cosecha.

Influían multitud de variables en el hacer una buena sementera: El estado de la tierra, el grado de humedad, la forma de sembrar, la calidad de grano que se sembraba, la cantidad de grano que se echaba, el tiempo en que se hacía... hasta la “mano” del sembrador.

Hasta la llegada de las máquinas sembradoras, hacia mediados del siglo XX, se sembraba a mano. El sembrador, con un saquito de forma especial a la espalda (tenía el saco algo de mochila) que contenía la simiente, iba “tirando” la semilla a puñados y desparramándola al tirarla mientras iba andando por las fincas. Incansable y metódico. Después se cubría con **la grada**.

Cuando llegaron las máquinas sembradoras la siembra se hizo mucho más cómoda y técnica; se podía graduar la cantidad de semilla, la profundidad en la tierra; se hacía en surcos rectos y paralelos. Y cundía mucho más.

Hoy las máquinas sembradoras son artefactos gigantescos; a veces se pasa un rodillo después de sembrar para evitar la pérdida de humedad. La agricultura moderna en nada se parece a la tradicional, entrañable y dura, basada en el hombre y en su coraje.

En La Ventosa se compró enseguida una máquina seleccionadora para todo el pueblo. Esto permitió que la semilla fuera mejor y más limpia de malas hierbas. Los vecinos seleccionaban sus granos para sembrar por turno. Hoy se guarda esta máquina como pieza de museo en la fragua junto con otros utensilios que llenaron la vida de La Ventosa cuando era una comunidad pujante y viva.



Rodillo para apisonar la tierra y evitar pérdidas de humedad.



Máquina seleccionadora de La Ventosa. Su adquisición supuso un adelanto considerable.

Tras las primeras lluvias del otoño se sembraba el trigo. Solían no retrasarse demasiado. Un refrán decía respecto a la sementera: “Si el temprano miente, el tardío siempre”; “En octubre echa el pan y cubre”.

En primavera se sembraban los cereales de ciclo más corto, especialmente la cebada.



Grada



Máquina sembradora

LA SIEGA

Siempre fue una de las actividades agrícolas más importantes; no sólo por el significado de encuentro primero del agricultor con la cosecha, sino por la dificultad que tradicionalmente siempre tuvo a lo largo de todos los tiempos hasta tiempos recientes, en que surgió una tecnología liberadora mejorando considerablemente la suerte de hombres y bestias.



Hoces y zoquetas

Hasta los años treinta se segaba a **hoz**; se levantaba la gente al amanecer y cuando la mies aún estaba fresca de la noche comenzaba a segar. En una mano la **zoqueta** y en la otra la hoz, manada tras manada, iban segando las fincas de cereal, fincas que parecían interminables. Y así hora tras hora, con una paciencia infinita y un esfuerzo callado y eficaz se iba segando la cosecha.

A media mañana se tomaba el primer almuerzo. Solía consistir en unas sopas o patatas con costillas, unos buenos torreznos y unos tragos de vino tinto, que daba fuerza y “correa” para seguir la dura labor de segar agachado todo el día bajo un sol abrasador.

Se solía ajustar segadores de manera que la siega no se hiciera interminable y angustiosa en exceso. Los segadores venían de lejos, venían en cuadrillas que, como hoy las cosechadoras, comenzaban a segar las cosechas por Andalucía, subiendo hacia el norte, La Mancha, tierras de Madrid, para terminar en las tardías tierras de La Meseta Castellana.

Los segadores eran hombres recios, que bebían mucho vino, comían bien y trabajaban “a lomo caliente”; se ajustaban en ferias y mercados de las cabeceiras de comarca: Berlanga, Almazán, Rioseco, Soria.

No era infrecuente que tras el ajuste de un año los segadores quedaran ya ajustados para los años siguientes. El ajuste se hacía siempre de palabra; pocas veces se firmaban documentos, o nunca; eran tiempos donde la fiabilidad de la palabra estaba asegurada por un honor a prueba de todo. Eran tiempos de hombres recios, de animales recios, de trabajo recio. **De honradez recia.**

Las despensas de las casas estaban preparadas para los tiempos de la recolección, tiempos de trabajo excepcional y de una dureza difícil hoy de imaginar. Se comía mucho, se bebía vino recio de Aragón o de Toledo, se dormía poco y los segadores solían cantar. Los pueblos se animaban con la llegada de estos trabajadores que, como aves de paso, llegaban un día sin saber de dónde y se marchaban de la misma manera después de cobrar **la soldada.**

No solían los segadores dejar a su marcha muchos dolores de amor; la dureza de su vida no dejaba resquicios para muchas florituras. Además las mozas del pueblo (y sus padres) sabían que amor de marino, de soldado o de segador siempre era tan seguro como el agua en una cesta. Con **criados** ya era otra cosa; al permanecer varios meses conviviendo estrechamente en una familia y al ser jóvenes con una vida más estable y conocida, no eran infrecuentes romances y amoríos que a veces terminaban en la iglesia y así el criado se convertía en yerno.

Con la llegada de tecnología todo iba a cambiar; también el trabajo de la siega. Debíó de ser hacia los años veinte o treinta del siglo pasado cuando hicieron la aparición en La Ventosa las primeras máquinas de segar.



Rastra de zóquetas

Unos vecinos del pueblo que habían ido a Soria o a Almazán vinieron contando que habían visto unas máquinas que segaban, que no haría falta segar a hoz, ni ajustar segadores, ni trabajar tanto; que simplemente con la

ayuda de la yunta de arrastre una familia podía segar la cosecha en menos tiempo y mejor.

Alguno de ellos trajo la primera máquina segadora. Era bastante simple, no pesaba mucho; una yunta de machos la movía sin dificultad. Era una segadora **gavillera**; segaba pero no hacía otra cosa, dejaba la mies desparramada por las tierras.

Resolvía el problema pero no del todo. Había que recoger lo segado, atarlo y ponerlo en “**hascales**”, como se denominaba a los fascales en La Ventosa. Tenían las gavilleras no obstante una ventaja importante, eran relativamente baratas. Esto hizo que convivieran siempre con las atadoras. Los labradores que no tenían mucha labor siguieron teniendo gavilleras.

Dos o tres años después de haber empezado a segar con gavilleras, trajeron a La Ventosa la primera máquina segadora atadora. Todo el mundo quedó maravillado viendo como ataba en fajos ella sola la mies segada.

La enorme utilidad de estas máquinas, venidas de América y de Alemania, hizo que rápidamente los labradores que tenían más hacienda las compraran.

Así en pocos años el tremendo problema de la siega quedó resuelto a favor del hombre. No se necesitaron segadores, ni tanto vino, ni tanta comida, ni tanto tiempo, ni tanto trabajo.

La tecnología empezó a cambiar la forma de segar; terminaría en medio siglo por cambiarlo todo, incluso haciendo desaparecer un mundo rural, una agricultura que había durado muchos siglos.

Es curioso, quién iba a transformar al mundo no lo sospecharon los ideólogos que anunciaron un mundo nuevo basado en la revolución del proletariado o en utopías de toda índole.

LA TECNOLOGÍA HA SIDO LA SALVADORA Y LA CONDENADORA DE UN MUNDO Y QUIEN A LA POSTRE PODRÁ SALVAR AL HOMBRE. ¿SALVARLO? CON TODA SEGURIDAD TENDRÁ QUE SALVARLO DE LA PROPIA TECNOLOGÍA.

Me viene a la mente la afirmación de sociólogos modernos que dicen que “**todo progreso conlleva retroceso en determinados aspectos**”. Lo estamos viendo confirmado en la problemática del hombre desarrollado y en el modelo mismo de desarrollo que nos ha dado nivel de vida y bienestar en un grado que los segadores de hace apenas ochenta años no pudieron sospechar.

Los segadores encontraban muchos nidos de muchas clases de aves en las tierras que segaban; abundaban las codornices; bebían agua en los arroyos y no tenían que mirar si había colorantes en las morcillas o chorizo que comían, ni la



La tecnología siempre salva al hombre y lo “condena” para volver a salvarlo.

fecha de caducidad de aquellas pitanzas agradables que mataban el hambre y que no engordaban; no temían la adulteración ni el nivel de sulfitos en los vinos que bebían, recios y “cubiertos”. Cada época tiene su modelo de progreso.

Los griegos decían “**Panta rei**”, todo pasa. Pero al pasar, viene siempre de la mano una novedad, un mundo nuevo, en un ciclo continuo e inacabable.

EL ACARREO



A veces el acarreo se hacía con redes, sobre todo cuando la mies no se había atado en fajos.

La mies que se había segado se llevaba a la era para seguir una serie de actividades hasta coger el grano. Este traslado se llamaba “acarreo”.

Se hacía con carros o con mulos y solían aprovecharse las horas muy tempranas de forma que la mies estuviese revenida y evitar así que se desgranase con la manipulación.

El acarreo con mulos era un trasiego interminable entre las fincas y la era; era frecuente que fueran los muchachos o muchachas, incluso niños, los que se encargaban de guiar a los animales tirando del ramal. A los mulos encargados del acarreo se les ponía encima de la albarda unas **artolas** para ir atando a un lado y a otro los fajos con ayuda de una sogas muy larga. Una vez cargados los mulos parecían gigantes a lo ancho.



Artolas para colocar las redes sobre los mulos

Palabras relacionadas con el acarreo a lomo de animal:

Albarda.- Pieza principal del aparejo de las caballerías de carga, compuesta de dos almohadillas rellenas de paja, unidas por la parte que pega al lomo del animal; se cubría con una **cubierta** hecha de esparto o sisal; encima se colocaban los diversos aperos.

Atarre.- Una correa ancha que ciñendo las nalgas del animal evitaba que la albarda se desplazara hacia adelante.

Cincha.- Faja de cáñamo o cuero, que pasando por debajo de la tripa del animal sujetaba la albarda u otros útiles que pudiera llevar.

Artolas.- Artefacto de madera ajustado a la albarda y unido con sogas, donde se ajustaban los haces de mies a transportar.

Amugas.- Palos paralelos por encima de la albarda, donde se fijaban las sogas que ataban los haces de mies.

Algadijo o Angarillas.- Artefacto de madera a cada lado de la albarda, donde se sujetaban las redes de transportar paja o legumbres en rama.

Cuando llegaban a la era descargar era muy fácil; se desataba el extremo de la larga cuerda y de forma sencilla caían los haces sobre el suelo. Luego se **“hacinaban”** formando grandes montones muy bien estructurados para evitar su derrumbe. Eran las **hacinas**, llamadas **“cinas”** en el habla local. Las **“cinas”** eran un exponente del nivel económico del labrador; los **“riquillos”** se sentían orgullosos de sus **“cinas”**, más altas y más grandes. A la hora de emparentarse mediante el matrimonio influían estas cosas.

Cuando se hacía el acarreo con carro, los responsables eran gente con experiencia, nunca muchachos. Tiraban del carro los bueyes o los machos; los bueyes solían llevar grandes carretadas, pero eran más lentos y parsimoniosos. Los mulos tenían menos fuerza, pero eran más ágiles y rápidos.

Se preparaba el carro de forma especial para el acarreo; para que tuviese mayor capacidad se le solía quitar el suelo normal de tablones y colocarlo más abajo, casi a ras de tierra, enganchado a la estructura del carro con unas cadenas. Además se le ponía unos palos altos para poder llevar una carga considerable por encima de **los barandales**.

Los carros cargados hasta el cielo parecían monstruos que cantaban una monótona canción de camino con el chirrido de sus ejes llenos de polvo y faltos de grasa tantas veces. “Por que no engraso los ejes, me llaman abandonao; si a mí me gusta que suenen, por qué los he de engrasar”. Decía una canción de carreteros y acarreadores.

Había dos clases de carros; los carros de bueyes y los carros de varaes tirados exclusivamente por mulos.

El carro de mulas, carro de varaes.

El carro tradicional, de origen antiquísimo, y ligado especialmente a los bueyes era “**el carro de pértiga**” que había evolucionado de las rústicas **carretas**.

La diferencia fundamental entre ambos tipos de carros era la forma del enganche a los animales del tiro. Mientras que el carro de pértiga iba unido al yugo mediante una pértiga de madera recia que quedaba encajada en medio de los dos animales que constituían el tiro; en el carro de varaes, más moderno y más adaptado a las yuntas de mulos, el animal de tiro iba metido entre los dos varaes de la parte delantera del carro. Solía reforzarse la fuerza de tiro enganchado varios mulos, unos delante de otros.

En la parte de los varaes que forman el cuerpo del carro se encajan **las garroteras** que forman los laterales. Al suelo del carro llamaban “**tendal**”. A los tirantes que unían las distintas bestias de tiro al carro de varas se llamaban **franjaletes**.

La pieza básica del sistema de arrastre de los bueyes era el **yugo**, pieza de madera que se adaptaba a la testuz de cada buey, colocando una almohadilla sobre la cabeza del animal para evitar roces, y que se ataba fuertemente a los cuernos. La madera de los yugos era especialmente recia y dura; de encina o de olmo.

En los mulos la fuerza de arrastre se basaba en **el collarón**, una especie de collar de cuero relleno de paja que se colocaba al comienzo del cuello de los animales y se adaptaba a su pecho para tirar hacia delante.



Yugo para enganchar bueyes y carro de pértiga



Collerones colgados de una viga en la cámara de una casa de La Ventosa.



Una rueda de carro era una verdadera obra de arte y de habilidad.

El yugo de mulas tenía unos palos verticales, **costillas**, que se adaptaban al collerón.

¡Cuántas palabras se llevaron los carros al partir!, palabras inmemoriales que fueron usadas con frecuencia por muchas generaciones y que han muerto definitivamente, como mueren las estrellas, o los cuerpos, para dar paso a otros mundos y otras vidas.

¡Qué lejos quedan ya aquellos carreteros que cantaban en el camino y que transportaban la mies o el grano o la leña o las ilusiones todas de una comunidad que no podía sospechar que su fin estaba tan cerca!

El progreso es un dios que, como Jano, siempre construye dos perspectivas, una hacia delante; la otra, hacia atrás. Todo progreso conlleva trágicamente retro

ceso. Para que nazca un mundo tiene que morir otro, ley de hierro del hado implacable y ciego.

Las palabras y el uso se dan la mano; así el mundo del acarreo tenía las suyas, que murieron al dejarse de usar. ¡La muerte de las palabras!, ¡Qué funeral tan extendido al morir la aldea!

La **pértiga** timón o palo grueso del carro de bueyes que se enganchaba al yugo; era de madera fuerte y resistente, normalmente de olmo; no tenía que ser nudoso, sino de veta derecha y clara para aunar fortaleza y elasticidad.

Los **aimones** eran los tabloncillos laterales que unidos por los cabezales formaban el cuadro donde se fijaban los **palones** que daban cabida al carro hacia arriba.

Las **ruedas** del carro eran una filigrana de madera, la obra de arte de los carreteros (constructores de carros); eran livianas, amplias y fortísimas. En su construcción se empleaba madera de olmo; en algunas piezas, encina. Hierro, para determinadas piezas. El centro de la rueda, de donde partían los **radios**, era el **cubo**, rodillos de madera con un hueco en el centro y que rodea al **buje, tubo de hierro** donde se acopla el eje; siempre tenía que tener grasa el buje para evitar un rozamiento excesivo entre el eje fijo y las ruedas móviles. El exterior de la rueda estaba ceñido por una pretina de hierro que era la que estaba en contacto con el suelo al rodar; así la madera de las ruedas no se desgastaba.

Los **pinos** eran las piezas de madera curvas que formaban la circunferencia de la rueda.

Las **argollas** eran las fijaciones de hierro en que se fijaban los palones al carro.



Con el acarreo las calles de La Ventosa se llenaban de carros que pasaban a las eras.



Acarreo con mulas; subiendo la cuesta de La Cruz de La Pobrera. Fotografía de Jesús de Miguel.

LA TRILLA

La **trilla** era un trabajo monótono que exigía una paciencia infinita a los labradores; su único aspecto agradable era que la cosecha se tenía ya a la puerta de casa de alguna manera.

Por la mañana se **echaba la parva** distribuyendo en la era los haces de mies, sueltos y mullidos. A continuación comenzaba un monótono y largísimo proceso de pasar el **trillo** por encima, una vez y otra vez, y otra vez y mil veces. Con el roce de las piedras y sierras del trillo la paja se iba moliendo lentamente y se desprendía el grano al deshacerse las espigas.



El trillo fue un útil antiquísimo; las máquinas trilladoras hacia los años 60 lo relegaron al olvido. Miniatura de madera hecha por José Antón.



Parte bajera del trillo; obsérvense las piedras cortantes de pedernal.

Cuando estaba apelmazada la parva por el trasego incesante de los trillos había que **volverla** con ayuda de una horca de madera si la paja aún estaba bastante entera; o con una pala del mismo material, si la mies ya se iba reduciendo de tamaño y se iba convirtiendo en paja de **pajar**.

Una vez trillada la mies suficientemente, se recogía la parva con un artefacto tirado por los machos: **la rastra**; era el gozo de los chicos, se montaban en aquel recogedor gigante que iba amontonando la parva y que permitía, dada la cantidad de paja mullida que arrastraba, tirarse encima, dar volteretas en blando. Recoger la parva era un placer para todos, después de un día interminable, por fin se había acabado el trabajo.

La trilla conllevaba también, además de una paciencia infinita, el estar todo el día lleno del polvo que la mies iba soltando a medida que se iba deshaciendo. El **polvo de cebada** picaba especialmente en el cuerpo; el de avena, apenas creaba problemas; el de trigo o centeno ocupaba un lugar intermedio.

En el tiempo de la trilla la gente joven solía ir a bañarse al río; se quitaba así el polvo del cuerpo y se aprovechaba la ocasión para pescar cangrejos y peces a **cesto**, para aprender a nadar con ayuda de un haz de juncos como flotador y



El río de La Ventosa nunca lleva mucha agua; se aprovechaban los remansos para bañarse.

para refrescarse en tiempo de tanto calor y de tanta monotonía. Los hombres no se bañaban nunca: “De los cuarenta para arriba, no te mojes la barriga”.

En cuanto se dejaba de ser joven la gente no se bañaba nunca, ni en casa ni en el río; y es curioso, si no era gente especialmente guarra, no olían mal. He pensado muchas veces en este fenómeno tan curioso; hoy en cuanto la gente no se ducha todos los días empieza a oler a cuerpo descuidado; hoy usamos además de forma generalizada desodorantes y perfumes para sentirnos bien. ¿Por qué

antes la gente podía vivir una vida sin bañarse ni perfumarse?



Útiles para volver la parva y manejar la paja: horcón de dos ganchos, horca de madera, pala, bielda.

La única respuesta que se me alcanza es que debía de existir un equilibrio natural entre bacterias y piel, haciendo menos virulentas a las bacterias que crean el mal olor, o que la piel creara de forma natural la solución adecuada.

Vocabulario de la trilla:

Hacina.- Montón de fajos puestos ordenadamente para que no se moajara la mies si llovía. Era una especie de gran almacén al aire libre en espera de que se fuera trillando la cosecha. Oí un refrán de niño que siempre me llamó la atención, “**En año de muchas endrinas, pocas hacinas**”. Parece querer decir que con una climatología que favoreciera la abundancia de endrinas había malas cosechas de cereal. Pero tampoco es un hecho tan claro.

Parva.- Forma desparramada de haces sueltos sobre la era para pasar el trillo por encima e ir trillándola lentamente. Una cosa curiosa que recuerdo es que como los animales se pasaban el día entero dando vueltas con el trillo encima de la parva tenían que cagar mientras trabajaban; para evitar que las “**moñigas**” (como se decía en el habla local) fueran un inconveniente para el trillado, el trillador las recogía en unas latas, evitando que cayeran a la parva. En esto se llevaba especial cuidado con los bueyes.

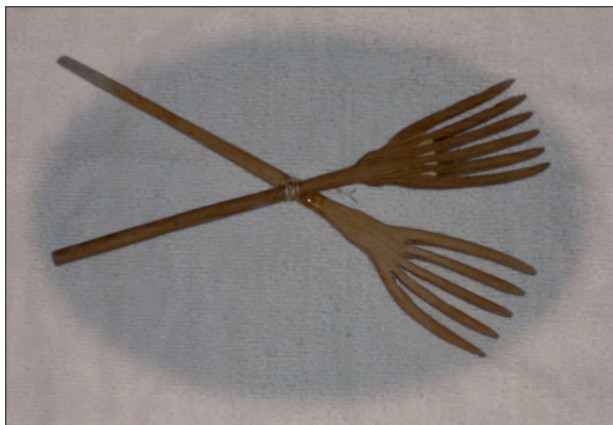
Trillo.- Instrumento formado de tablones sobre el que iba el trillador; en la cara inferior que deslizaba sobre la paja tenía unas piedrecitas de pedernal muy duras y cortantes para moler la paja; más tarde se añadieron un sierras de hierro incrustadas en la madera que potenciaban la capacidad de trilla. A última hora aparecieron unos **trillos de rodillos** que facilitaban enormemente la tarea, sobre todo cuando, al comienzo, la mies estaba muy entera. Los **trilleros**, hace muchos años, iban de pueblo en pueblo arreglando los trillos y dejándolos a punto para el trabajo o vendiendo otros nuevos. Eran famosos los trilleros de **Cantalejo** (Segovia).

Emparvar.- Recoger la parva y amontonarla de forma que si llovía escurriera el agua y no se moajara; una parva mojada era un problema muy serio. Algún año hubo que empezó a llover durante la trilla y tuvieron que guardar la cosecha en pajares y locales para trillar al año siguiente. En estas circunstancias se ayudaban de forma solidaria unos a otros; los que habían terminado de trillar, si venían mal dadas y amenazaba el tiempo con lluvias, ayudaban a los más rezagados. No hay que olvidar que la supervivencia dependía de la cosecha de cereal en gran medida.

ABELDAR

Era la operación de separar el grano de la paja con ayuda del viento.

En los anocheceres de verano siempre hace su presencia el solano; los labradores aprovechaban este viento siempre puntual y en forma de brisa recia para “**ablenstar**”; así se llamaba en La Ventosa y en todos los pueblos de la comarca la operación de separar el grano de la paja.



Las horcas de madera se empleaban para abeldar y también para dar vuelta a la parva cuando se estaba trillando y la mies estaba ya bastante machacada.



María de Miguel abeldando con pala. Fot. de Jesús de Miguel.

Con ayuda de una **bielta** iban lanzando hacia arriba porciones de lo trillado aquel día; la paja, de menos densidad, la arrastraba el aire más lejos; el grano se iba depositando más cerca, separado ya de la paja.

Era el final de un día inacabable y pesado.

Cuando comenzó el proceso de mecanización en la agricultura aparecieron las “**máquinas ablenadoras**”, que facilitaron enormemente el trabajo de abeldar.

Eran relativamente sencillas. Unas aspas al moverse dentro de un bombo hueco producían una corriente de aire que lanzaban hacia atrás. Allí un juego de **cribas** que se movían constantemente iban separando el grano de la paja; se producía un tercer producto, **las granzas** que eran las partes más duras de la paja con densidad intermedia entre la paja normal y el grano; las granzas podían llevar granos mermados y otras semillas, por eso se aprovechaban para echar de comer al ganado.

La energía para mover la máquina de abeldar exigía un esfuerzo duro al encargado de dar vueltas a la manivela que movía el sistema. A veces se ponían dos personas, o se sustituían por turnos para tales menesteres.

Con el grano que iba cayendo de la máquina se iban llenando **las talegas**, unos sacos estrechos y altos; debían de tener esta forma para facilitar cargarlos a la espalda y subirlos a la **cámara**.



Máquina "ablentadora".

Una costumbre muy curiosa cargada de connotaciones muy especiales era "quedarse a dormir en la era". Como el grano estaba en la era, en montones o en talegas, cuando se iban a casa a dormir solía quedarse un miembro de la familia para vigilarlo y evitar así que posibles ladrones lo robaran.

Solían quedarse los mozos; a veces eran acompañados por los chicos, que voluntariamente pedían hacerlo. Era una experiencia muy especial dormir en la era, metido el cuerpo en un saco de los de trigo, arropados con **cobertores** o **mantas de cuadros**, mirando a un cielo estrellado que parecía llamar al descanso y al silencio. Si la noche era fresca o fría, la gente que dormía en la era solía hacerlo enterrado en la paja. El mundo de sensaciones de este dormir es algo difícilmente de imaginar para quien no lo haya vivido.

Muy pocas veces se quedaban a dormir en la era las mozas; cuando esto ocurría enseguida se propagaba la noticia entre los mozos y esas noches todos querían ir a dormir a las eras. Oí contar de niño que una vez hubo en La Ventosa una **criada** que había venido de fuera **ajustada** para el verano; que le gustaba quedarse a dormir en la paja de la era y que hacía felices a los mozos del pueblo siendo ella misma feliz.

Fuera lo que fuera este asunto, era cierto que la noche, su belleza infinita, su sigilo entre la paja, eran circunstancias que favorecían el amor y los amores.

A partir de los años 60 comenzaron a llegar a La Ventosa motores de gasolina para mover las máquinas "ablentadoras": se



Un viejo motor de "ablentadora" que perteneció al tío Ceferino de la Ventosa.

llenaban las eras del ruido del progreso que ponía un tinte de modernidad y de alivio en el esfuerzo inhumano de aquellos labradores recios como el pedernal de sus trillos.

Dormir en la era ha sido uno de los tiempos estéticos más densos de mi vida; de niño me sentí abrazado por el Universo en aquellas noches estrelladas y rutilantes. Una experiencia así puede marcar una vida.

METER LA PAJA

Una vez que se había apartado el grano de la paja, quedaban aún dos tareas importantes para terminar la recolección de la cosecha:

- Meter la paja en el pajar
- Llevar el grano a la **cámara** de casa.

Con esto el ciclo agrícola había acabado, el año estaba asegurado para hombre y animales; el fantasma del hambre queda definitivamente ahuyentado. He de decir que en las aldeas castellanas nunca se pasó hambre. A pesar de la dureza de la tierra y del rigor del clima la estructura social de “**pequeños propietarios**” y de un **sistema de economía de autosuficiencia** hicieron posible un nivel de vida austero, a veces muy austero, pero libre de hambrunas.



Portera del pajar del tío Crispín de La Ventosa. Obsérvese la altura.

La paja era absolutamente imprescindible a lo largo de todo el año para los animales: Servía de alimento mezclada con cereales para bueyes, mulos, burros. Era asimismo la materia prima para “**echar camas**” en las **cuadras** y así conseguir limpieza y bienestar a los animales que estaban en ellas.

La paja también se empleaba para conseguir basura y estiércol; se llevaba a los **muladares**, se mojaba con el agua de lluvia, se iba pudriendo, se le daba una vuelta a su debido tiempo y por fin se llevaba a las tierras como abono.

Muy de madrugada, al amanecer primero, cuando la noche aún no había dado paso al alba clara de “rubios cabellos”, se comenzaba a llevar la paja desde las eras al **pajar**.

Se **aparejaba** a los machos con los **algadijos**, unos aperos de madera donde enganchar **las redes** que servirían para llevar la paja, una a cada lado del macho. Así viaje tras viaje se iba acarreado hasta la **portera del pajar**. Allí, con ayuda de una **bielta** (llamada “biela” en la comarca de La Ventosa), se iba metiendo, lentamente, por la apertura alta de la portera. Era éste un trabajo que exigía fuerza. Lo hacían mozos u hombres jóvenes.

El acarreo de la era al pie de la portera del pajar lo hacían los chicos o mozalbetes, ya que simplemente tenían que guiar a los animales del **cabestro**, o sogá atada a la **cabezada** de los mulos, para tirar de ellos y dirigirlos.

Vocabulario de este trabajo:

Cámara.- La parte superior de las casas, el desván; en ella solían guardarse mil trastos necesarios para la vida; hasta allí se subía el grano de la cosecha. De esta manera estaba a buen recaudo de ladrones o de la humedad destructora de cosechas.

“Camas”.- Se refiere a la capa de paja que se echaba en el suelo de las cuadras y corrales, o gallineros, para que los animales no tuvieran humedad y estuvieran más calientes; de vez en cuando se sustituían por otras nuevas. Esta operación se llamaba “**sacar las camas**”; se solía realizar con ayuda de las “**ingueras**”, una especie de gran cesta de mimbrés con dos asideros adelante y otros dos atrás y llevadas por dos personas.

Cuadra.- Lugar donde estaban los animales; solía estar no lejos de la cocina o dormitorios para poder oír con facilidad si había algún problema y peligraban los mulos o bueyes. No hay que olvidar que dependían de estos animales para sobrevivir. Una desgracia en este sentido podía ser una catástrofe familiar.

Muladar.- Lugar reservado para echar la basura y la paja que se convertiría en abono; solían estar a las afueras del pueblo.

Pajar.- Inmueble reservado para guardar la paja después de trillada y aventada; solía ser el pajar un caserón hueco cerca de casa. Antes de existir **las pobreras** se mandaba a los pobres a dormir al pajar.

Portera (del pajar).- Una ventana como a dos metros del suelo por donde se metía al pajar la paja traída de la era.

“Biela”.- Localismo de la comarca de La Ventosa para designar una **Bielda**, o bieldo grande de madera para manejar la paja.

Cabezada.- Una serie de tiras de cuero que enmarcaban la cabeza de mulos, caballos y burros para manejarlos adecuadamente y con facilidad.

Dentro del pajar se desarrollaba un trabajo muy curioso que rehuían los mayores y que solía encantar a los chicos, **“horquear la paja”**, **“pisar la paja”**, consistente en ir distribuyéndola por todos los rincones del pajar y apretarla para que cupiera más. Se tragaba mucho polvo, pero permitía a los chicos jugar, y dar volteretas, y sentirse útiles.



Dos cabezadas, una de mulo y otra de burro. Pertenecieron al tío Ceferino de La Ventosa.

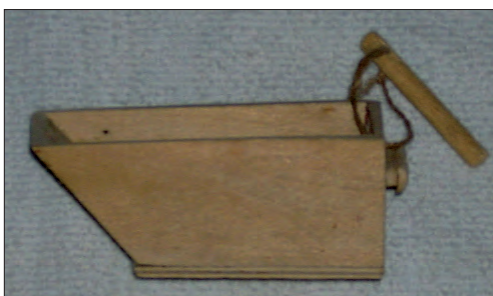
SUBIR EL GRANO

Cuando ya se había sacado el grano de los cereales se medía y se metía en **talegas**.

Tradicionalmente no se pesaba el grano en los pueblos; se medía con una medida específica para medir la cosecha, **la media**. Su nombre indica que era la mitad de la **fanega**.

En fanegas se determinaba no sólo la cantidad de trigo o de cebada o de avena o de centeno (era la capacidad de 55,5 litros en Castilla), sino también una unidad de superficie para medir las fincas.

Así un labrador decía, tengo 45 fanegas de tierra; no hablaban de áreas, ni hectáreas ni centiáreas. Hablaban de fanegas.



Media con el rasero; objetivaba perfectamente la cantidad de grano.

Una fanega de tierra era la superficie en que se sembraba el grano que cabía en una fanega. Eran 64 áreas y 596 miliáreas.

En los mulos o en carro se transportaba el grano hasta la puerta de casa; de allí a cuestras, saco tras saco, talega tras talega, se iba subiendo a la cámara y se vaciaba en el montón correspondiente.

Había un montón para el trigo, otro para cebada, otro para avena y un último para el centeno.

Estos montones, cuando llegaba la fiesta y las camas no eran suficientes para todos los invitados que venían de los pueblos cercanos, servían de lechos. “Ir a dormir al trigo” era una expresión consagrada en el lenguaje de las aldeas.

El trigo era más frío para dormir que los restantes cereales; el más acogedor era la avena; era más “blanda” y caliente.

Los hombres más vigorosos iban subiendo aquellas pesadísimas talegas escalera arriba hasta las cámaras. El peso de una talega podía variar entre los 45 y 80 kilogramos. Subir aquello hasta los pisos altos de las casas era un trabajo de atlantes. A veces los mozos y los hombres adquirían fama de fuertes al subir pesos no frecuentes y se pavoneaban de ello.

Visto con perspectiva esta actividad de subir el grano a las cámaras parece una pérdida de tiempo y un esfuerzo inútil. Hoy los graneros están a ras de suelo y el grano se conserva mejor y no exige esfuerzo alguno.

Yo lo he pensado muchas veces; tanto esfuerzo para nada. He llegado a la conclusión de que había razones poderosas para hacerlo. Los labradores eran muy realistas y no malgastaban sus tiempos y esfuerzos para nada:

- 1) La cámara estaba asegurada absolutamente para no estar al alcance de los ladrones; lejos de la puerta y ventanas del piso bajo. Era el lugar más apartado de la calle.
- 2) Garantizaba la no humedad, de manera que el grano se conservaba adecuadamente todo el año.
- 3) Psicológicamente debían los labriegos y sus familias dormir tranquilos sabiendo que encima de sus cabezas y a buen recaudo estaba la cosecha y garantía de todo un año.

Cuando subían el grano a la cámara en la familia se respiraba un ambiente de satisfacción y de triunfo; no era infrecuente que alrededor de los esforzados subidores estuviesen todos los miembros de la familia; la madre, preparando una comida o merienda especial; el padre, ayudando a acercar los sacos; los chicos correteando y estorbando agradablemente; el perro, tumbado en el portal y durmiendo feliz.

Y aún había que bajarlo, otra vez, para llevarlo al molino y hacer harina o para llevarlo a Quintana Redonda a “la fábrica” y venderlo.

Los incendios eran la única amenaza sobre la cosecha; llevaban especial cuidado al respecto. En La Ventosa, no obstante, hubo varios. **Las Casas Quemadas** son el vestigio de un incendio desolador.



El "tío" Crispín ayudando en las eras. Aquellos hombres eran incansables. Fot. de Jesús de Miguel

LLEVAR EL TRIGO A QUINTANA

Antiguamente el trigo se molía en los molinos que había en el pueblo o en la comarca para obtener la harina con que se iría haciendo el pan del año, semana tras semana. Las mujeres eran las encargadas de cocer; solían hacerlo cada quince días o cada semana. Era un pan algo moreno pero buenísimo, tardaba en ponerse duro muchos días y se hacía en hogazas grandes.

El resto de la cosecha se vendía a almacenistas, panaderos o en mercados. Se solía vender sobre todo en **Berlanga**.

Después de La Guerra se simplificó la venta de trigo con la aparición del Servicio Nacional del Trigo, que garantizaba unos precios fijos y la venta segura.

En la Ventosa llevaban el trigo a **Quintana Redonda**, recogían la harina que necesitaban y el resto lo cobraban en dinero.

Solían emplear carros de bueyes para el traslado a través de un camino lleno de arena entre La Ventosa y Quintana; hay unos diez kilómetros de distancia; los arenales exigían una fuerza especial para arrastrar el carro que llevaba muchos kilos de trigo.



Camino de Quintana, también llamado "Carrosoria".



Se partía temprano. Cuando se llegaba había que esperar el turno para pesar y descargar la mercancía; se recogía la harina necesaria para el consumo propio y se volvía normalmente al atardecer, incluso en noche cerrada.

Estos viajes eran agradables ya que además de coronar muchos esfuerzos de todo un año, eran motivo para comer fuera de casa o para comprar salchichón o para hablar con gentes de lejos. Solían correr a cargo de la gente joven y solían hacerse en grupos de varios.

Los chicos miraban con envidia a los carros que partían cargados hasta los topes y que regresaban en la noche cerrada contando mil historias apasionantes. El **cáрабо** era siempre el motivo sobresaliente del mundo fantástico de los viajes a Quintana.

Decían que este pájaro de la noche se convertía en hombre y asustaba a los que pasaban por los pinares donde él habitaba. Muchos tenían miedo a las "voces" del cáрабо, se montaban en sus carros si regresaban solos; si, en grupo, se juntaban y pasaban en silencio el dominio de aquel pájaro, rey de la noche y del pinar.

También decían que para ahuyentar al cáрабо había que cantar en voz alta y decidida una canción sortilegio que decía: "**Cáрабо comí, que voy a por tí**". El cáрабо huía en la profundidad de la noche y no volvía a molestar.

Poco a poco los bueyes, lentos y seguros, iban dejando atrás las espesuras umbrías y misteriosas del pinar; ya se veían las luces del pueblo, se llegaba al **punto del Hondo**, a la dehesa, a las eras y a La Ventosa.

En las casas esperaba la familia a la lumbre con los brazos abiertos y el corazón impaciente; se servía una buena cena, se charlaba sobre los pormenores de la jornada, se entregaba el dinero cobrado a "**la madre**" y todos felices se marchaban a las alcobas a dormir.

Algo muy largo y muy duro y muy necesario se había coronado con éxito.
Era el triunfo de la vida.

Otros productos que se vendían eran patatas, alubias, garbanzos. Se solían llevar a al mercado a Soria, a Berlanga, a los mercados de Rioseco. Después de muchas horas de camino, a veces había que medioregalarlos para no volverlos a traer a casa. Producía frustración e ira contenida en aquellos labriegos el egoísmo de los compradores urbanos, ajenos al valor real de aquellas mercancías y siempre prontos a regatear de forma miserable.

Capítulo 10

Donde se citan otros trabajos no relacionados con el cultivo de la tierra, pero importantes en la vida de las aldeas.

- Las “cenderas”
- La cocina
- Cocer el pan
- La caza y la pesca

LAS “CENDERAS”

Así llamaban en La Ventosa al trabajo comunal que de vez en cuando se realizaba para ejecutar obras de interés común, como arreglar las calles, hacer un camino, cerrar la dehesa, retejar la fragua, hacer el río... y mil cosas más.

La víspera del día señalado para las **hacenderas** el alguacil echaba el bando por todo el pueblo, y tras tocar la corneta decía:

“Por orden... del señor Alcalde... se hace saber... que mañana a las nueve... en la Casa Ayuntamiento... para cenderas”. O avisaba casa por casa a todos los vecinos.

Si algún vecino no asistía sin causa justificada se veía obligado a pagar una multa que normalmente se convertía en vino para los demás. No solía faltar la gente, había unas leyes tácitas que funcionaban a la perfección.

Las “cenderas” era ocasión para cambiar impresiones, para hablar de todo, de todos incluso. Solían durar un día entero y eso daba para mucha lengua.

El temperamento de cada uno se hacía notar muy especialmente en las “cenderas”; los vagos no “la hincaban”; los borricos ejercían a sus anchas; “los entendidillos” se las sabían todas; a la buena gente se le notaba y a la mala, también. Los más eficaces solían callar y observar.



Sin “cenderas” todo se deterioró.

Ni que decir tiene que las “cenderas” no solían ser trabajos forzados, ni mucho menos; la gente iba tranquila normalmente y al final el trabajo siempre se acababa, si no en un día en dos.

Solían terminar en una merienda en la casa de Ayuntamiento; el común solía poner el vino y cada uno se llevaba su merienda en una fiambarrera. Buena fiambarrera, buen pan y buena navaja. El vino siempre bueno y gratis.

Los chicos acudían a estos concejos pues era costumbre darles de comer y darles vino. Al final todos salían contentos y algo “iluminados”, hablando por los codos. A veces el vino agriaba los caracteres y se vociferaba de forma desabrida.

Cuando la aldea empezó a desintegrarse socialmente se notó enseguida en la dinámica de las hacenderas. Faltaba la gente, se desinteresaba la gente, llegándose incluso a no asistir. Por fin, como no había gente, no hubo “cenderas”. Y como había dinero, las obras se contrataban a empresas y se pagaba. Y **santas pascuas**.

Una forma de “cenderas” especial era hacer el pozo de los muertos y enterrarlos. Solían hacerlo los mozos por turno, **a reo**.

El ayuntamiento siempre pagaba estos servicios sin roñosería; los “enterradores” empezaban su trabajo en el cementerio y acababan en la taberna.



Julio, uno de los últimos vecinos de La Ventosa, bebiendo vino en unas “cenderas”. Fot. de Jesús de Miguel.



Fotografía de la última generación de jóvenes de La Ventosa; según fueron envejeciendo fue languideciendo todo. Imagen sacada de un billete de lotería de 1967.



Los vecinos de la Ventosa haciendo río.

Glosario

“Cenderas”.- Hacenderas.

“Iluminados”.- Que habían bebido más de la cuenta y estaban contentos sin disimulo.

“Santas pascuas”.- Exclamación que indicaba que algo estaba terminado y acabado.

A reo.- Uno detrás de otro, según un orden establecido previamente.

LA COCINA

En las aldeas sorianas, en La Ventosa, la cocina está al servicio de la vida con un realismo confortable: todo es sencillo y todo adaptado a una realidad terca y muy determinada por el medio y por las circunstancias.

No es una cocina refinada, pero es exquisita; si hoy pudiéramos elegir un menú rústico de aquellos que hacían nuestras abuelas **no quedaríamos en merma ante los Arguñanos** o los grandes restauradores de hoy.

La mujer es la que maneja la cocina; el hombre apenas si llega a saber freírse un huevo. Como la mujer tiene que atender a tantas tareas a la vez programa su tiempo para poder dedicarse simultáneamente a varias actividades. Cuidar los hijos, atender a los viejos, tener agua en casa, preparar meriendas, atender a gallinas, cuidar los cerdos, coser la ropa, hacer el pan, lavar la ropa, escardar, pelar los pichones, o “escullar” pucheros...



Cocina de La Ventosa modernizada; la caldera colgada del “allarín”.

Esto determina necesariamente el trabajo concreto de la cocina.

Es extremadamente simple el trabajo cotidiano de la cocina de cada día. En las celebraciones de fiesta se hace algo más compleja, pero no demasiado.

Los platos no son variados y se repiten de forma monótona no llegando a cansar, pues el comer en nuestras aldeas tenía unas connotaciones que evitaban la monotonía sentida. Se comía para vivir; se comía en grupo familiar bien estructurado; se comían platos muy bien preparados; se evitaba espontáneamente y sin pretenderlo el hartazgo; no había obsesiones añadidas; no se esperaba otra cosa.

La mujer la víspera echaba en remojo los garbanzos o judías de la comida del día siguiente. Por la mañana hacía unas sopas, unos torreznos y ya estaba el desayuno para todos. Ponía el puchero a cocer y al mediodía se encontraba con la comida hecha. Calentaba agua para lavar los útiles empleados; muy pocos ya que todos comían en la misma cazuela. Algunos podrán tachar esta costumbre de bárbara y antihigiénica; no saben lo que dicen. La comida era un sacramento de familia y su adaptación al medio evitaba enfermedades y riesgos.

Por la noche, unas patatas desechas con la **cucharrena** y unos huevos fritos para todos, no uno por cabeza, sino algo menos. Sigue el sacramento de la participación y la austeridad.

Los días que no eran **de cuitio**, los días en que se celebraban acontecimientos significativos, la cocina exigía alguna mayor dedicación; pero todo se reducía a hacer un buen plato de carne, de pescado menos veces, y preparar algún postre sencillo, buñuelos, leche frita, o cosas por el estilo.

La cocina era el sitio de estar; como todo el mundo trabajaba mucho, se estaba poco en la cocina, apenas lo imprescindible para comer y convivir en tiempo de ocio. Cada uno tenía su sitio en la cocina; los sitios mejores eran para los abuelos y abuelas, para los ancianos de la casa. Todo el mundo respetaba escrupulosamente estos derechos tácitos.

En invierno solía haber buena lumbre y no se pasaba frío; quemaban **támaras** de encina y leña de los montes de la Roza sobre todo.



Los ancianos ocupaban siempre un sitio privilegiado junto al fuego. Fot. de Jesús de Miguel

Vocabulario:

Arguiñano.- Presentador de televisión de programas de cocina, famoso a principios del siglo XXI.

Cucharrena.- Útil de cocina para deshacer las patatas de la olla; tenía un rabo de hierro y un disco del mismo metal en la punta.

Día de cuitio.- En el habla local día de hacer, día que no era fiesta.

Támara.- Ramas finas de la encina; era una excelente leña que levantaba llama enseguida y dejaba buenos rescoldos.

Allarín.- Cadena que pendía sobre la lumbre del hogar con un gancho para poder graduar la altura. Del “allarín” se colgaban las calderas.

LA MATANZA

La matanza, aparte del trabajo que conllevaba toda la faena, era una de las fiestas de la familia. Se reunían todos para echar una mano y luego para celebrarlo, pues era todo un compartir. De ella dependía la manutención de todo el año para toda la familia.

A continuación voy a describir, de una forma detallada, las dos principales jornadas del día de la matanza, que siempre iban acompañadas de mucho frío y carámbanos colgados de las tejas:

Al cerdo, para poderlo conducir desde el “corte” a la casa donde se le iba a sacrificar, se le ponía en la cabeza un cesto de mimbre para que no se escapara y poderlo guiar. Allí, en la casa, estaba preparada una gran caldera de agua hirviendo al “amor de la lumbre”. En el gamellón boca abajo se tumbaba el cerdo, al que se le trababan las manos y una pata con una soga, la otra pata se le dejaba libre para que al moverla bombeara la sangre. Se le cogía con un gancho en la cabeza hasta colocarla en el sitio apropiado para su sacrificio. Bajo la cabeza se ponía una terriza con el pan de hogaza cortado en rebanadas finas, cayendo la sangre encima de éstas cuando se le hincaba el cuchillo en la yugular.

Una vez muerto se le metía dentro de este gamellón y se le rociaba con esa agua hirviendo para poderlo pelar sin dificultad, esto se hacía con un cuchillo o con una especie de cazoleta de metal con un mango.

Una vez limpio se le hacía una incisión al lado de las pezuñas de las patas traseras detrás de los tendones y así colgarlo desde el techo. Una vez puesto en posición vertical se le abría el vientre sacando la “íntima”, lo que se conoce por panceta, que es una gran tira de arriba abajo de unos 30 cm. de ancho. Una vez separada ésta se quitaba lo que era la manteca, esta se cortaba en pequeños trozos para derretirlos en una sartén y así añadirlo a las morcillas, de las que luego hablaremos.

Se sacaban del cerdo todos los intestinos (mondongo) y las vísceras, se lavaba por dentro y se dejaba orear hasta el día siguiente.

Mientras, la tarea era hacer las morcillas. Junto con las sopas de pan y la sangre se le añadía los chicharros o chicharrones junto con la manteca derretida, añadiéndole sal y azúcar, arroz hervido y algo de cebolla frita y especias. A toda esta masa se le denominaba bodrio, que es el relleno de las morcillas.

Antes se procedía a separar bien los intestinos y apartar la manteca a la que están adheridos, por una parte el intestino grueso (tripas) y por otra el intestino delgado (hilos). Estos había que cortarlos y así separarlos de una membrana muy gruesa que los une entre sí, que a la vez ésta se trocea también para hacer chicharrones. Una vez separados se procede al lavado de las tripas en el río, se limpian primero de todas las heces del interior antes de trocearlas y tras varios aclarados se les daba la vuelta y se cortaban, lavándolas varias veces con un poco de

agua, sal gorda y vinagre. El intestino delgado, aparte de esta tarea, se le raspa, hasta dejarlo en la membrana fina con la que se hace el chorizo.

La vejiga, una vez lavada, se frotaba hasta hacerla de gran tamaño, como si fuera un globo (a veces también se utilizaba como una tripa más); solía ser el recipiente de la manteca, una vez ésta derretida y colada. Se colgaba del techo y ya seca se cortaba en rebanadas para su uso.

Las tripas, una vez bien aclaradas, así como el estómago (morcón) y el principio del intestino grueso (ciego), se cosían por ambos lados dejando un pequeño orificio para rellenar del bodrio que estaba ya preparado. Al morcón y al ciego se les echaba además pasas, piñones, higos, etc. Se pinchaban para que no se reventaran dentro y se cocían en una caldera de cobre y una vez cocidas se colgaban en largas varas en el techo para su oreo. El caldo resultante del cocido de las morcillas se le denominaba caldo-morcilla, que se solía tomar para cenar como sopa.

Para almorzar se solían hacer migas con parte de los chicharrones de manteca. También se hacía a la brasa las chichorras, así como un guiso con el hígado y el pulmón y el bazo. Antes se debía ir a inspeccionar al veterinario para comprobar que no estaba infectado por la triquina.

Por la noche era como una gran fiesta donde se reunía toda la familia y había una gran cena.

También se llevaba parte de las viandas al vaquero, al herrero o a algún vecino; consistían en un trozo de hígado, morcilla, caldo-morcilla y alguna “chichorra”. Era un buen mes para ellos.

Una de las tareas que menos solía gustar de este día era el lavar las tripas. Con todo el frío que hacía en esas fechas había que bajar al río. Recuerdo que en una ocasión, creo que el año 1970, hubo que romper el hielo con un hacha porque no había forma de otra manera, el termómetro llegó a marcar -20° C. Quizá este fuera un caso extremo.

No obstante, el recuerdo de bajar a lavar al río evoca también momentos de gran añoranza, porque era el lugar donde se lavaba la ropa y para las mujeres el lugar de reunión, de conversación y “cotilleo”, al igual que los hombres la fragua. Había que estar de rodillas en el “cajón”, y terminaban “dobladas”, pero en el buen tiempo era una tarea, a pesar de lo dura, agradable. Lo que costaba era subir la “Carrera la fuente” con la ropa mojada. Las más habilidosas se ponían un rodete a la cabeza y encima el balde.

Después de este paréntesis continúo describiendo el segundo día de la matanza: Se deshacía o descuartizaba la canal del cerdo, sacando los jamones, paletillas, lomos, costillas, piezas de tocino etc. En diferentes “gamellas” y artesas de madera se ponían en sal y ajo las piezas, según fuera su grosor así tenían que estar de tiempo, y las partes que no se echaban en sal se picaban para hacer los chorizos y las güeñas, estas últimas son como un chorizo de inferior calidad

que había que gastarlo antes porque en él se metían todas las partes sanguíneas, parte de las vísceras etc. Se solían echar al cocido, que era la comida habitual del invierno.

Las carnes y tocino destinadas para los chorizos se picaban y amasaban con ajo, pimentón y sal, dejando macerar durante tres o cuatro días antes de embutirla en los hilos que previamente se habían lavado y que permanecían en agua de sal.

Una vez embutidos se colgaban en unas varas en el techo de la cocina, igualmente que las morcillas, así como el resto de las piezas que permanecían en sal y que una vez sacadas y limpias se les dejaba para el oreo, y que con humo de la lumbre tomaban un sabor característico.

Se solían hacer dos matanzas por término medio en cada casa, generalmente por diciembre, así que las Navidades casi eran sinónimo de Matanza.

NOTA.-Esta información sobre la matanza la ha escrito Dulcicia Antón de Miguel, hija de José.

COCER EL PAN

En el medio castellano el pan lo hacían las mujeres; era un pan de hogaza grande, de harina cernida a mano, un poco moreno, de altísima calidad, bien cocido en horno de leña y adobe calentado con támara de carrasca, sabiendo a aromas de montes de encina. Era un pan que “ni el rey de España”.

En La Ventosa, en las aldeas sorianas, el pan era la certeza de que no se pasaría hambre. Y nunca se pasó. En tiempos de la posguerra (años cuarenta)



Portera de un horno de La Ventosa; se puede ver la leña que llena el horno.

hubo zonas de España donde la gente se moría de hambre. Conocí a unos vaqueros venidos del sur que decían que algunos de sus hijos se habían muerto de hambre entre sus brazos.

Tradicionalmente solía haber en nuestras aldeas un **horno comunal**, donde a reo iban cociendo, las mujeres de las distintas familias, el pan.

Se solía cocer cada diez o quince días. Aquel pan tardaba mucho en ponerse duro y se conservaba bien de forma natural.

El **reciento** era la levadura que se iba pasando de unos a otros, de forma que nunca se compraba levadura artificial; era como en los templos antiguos, “el fuego sagrado” permanecía siempre vivo y constante. El pan de aquella levadura sabía distinto al pan moderno hecho con levadura industrial. Lo pude constatar cuando las mujeres de nuestras aldeas empezaron a usar levadura comprada. **Levadura prensada** la llamaban.

El pan tradicional sabía a monte; sabía más a libertad, sabía a **pan de pueblo**.

El trabajo de la **cocienda** era un proceso que aprendían las mujeres desde niñas, una tradición milenaria pasada de madres a hijas, de abuelas a nietas.

Se cernía la harina con **cedazos** (en La Ventosa “**ceazos**”) encima de la **artesa** sobre unos listones paralelos que llamaban **varillas**. Se añadía agua a la harina y se hacía la masa; se amasaba, se añ-



Artesa y varillas colocadas encima para cerner con los cedazos encima.

día la levadura correspondiente, se dejaba el tiempo suficiente para que **levantara** y se convirtiera en paneable. Este proceso debía de llevar bastantes horas, quiero recordar que lo hacían de un día para otro y se necesitaba una temperatura adecuada. Las mujeres decían que tenían que **arropar la masa**.

A continuación iban cogiendo trozos de masa con las manos, les daban la forma de hogazas, las metían al horno debidamente preparado y en sazón para la cocienda, cerraban **la portera**, esperaban varias horas y ya estaba aquella maravilla cocida y a punto para ser sacada del horno.

Se guardaba en la misma **artesa** de donde había salido, tapado con trapos de lienzo para que no se secase demasiado. Durante algún tiempo la familia tendría pan bueno. Y así sin interrupción y con gozo renovado.

Preparar el horno era una labor que tenía su **intríngrulis**; una buena cocienda dependía en parte del horno; si no estaba en las condiciones adecuadas, el pan podía quedarse crudo, o quemarse, o estar por fuera bien y por dentro mal, o mal por fuera y bien por dentro, o con algún inconveniente.

Había que llenarlo con leña, calentarlo mucho encendiendo el combustible de tamaras y leña.

El fuego se manejaba con ayuda del **“horguero”**; cuando el horno estaba muy caliente, el suelo, las paredes, el techo, se limpiaba la ceniza con el **recogedor** y se iban metiendo las hogazas muy dentro colocándolas unas junto a otras con mucho cuidado para que no se tocaran. Esto se hacía con la **pala**.

Previamente se iba cogiendo la masa de la artesa en la cantidad justa para formar una hogaza y se iba dejando encima de un tablero sobre unos lienzos limpios llamados **maseras**. Antes de meter las hogazas al horno solían las mujeres hacer en la masa unos cortes superficiales a capricho que luego, al cocerse, quedaban como dibujos en el pan.

Vocabulario:

Reciento.- Levadura natural guardada celosamente y usada en turno para cocer.

Levadura prensada.- Levadura artificial comprada.

Artesa.- Recipiente de madera, rectangular, para hacer la masa y amasarla.

Varillas.- Listones de madera sobre los que se movían los cedazos encima de la artesa al cerner la harina.

“Levantar”.- Se decía que la masa había levantado cuando la levadura había ya hecho efecto.



De izquierda a derecha:

Recogedor.- Para limpiar la ceniza.

Horguero.-: Palo largo para manejar el fuego dentro del horno.

Pala.- Para meter la masa al horno.

Rejadilla.- Para sacar las hogazas del horno.



“Rallador” para limpiar la artesa y quitar los restos de masa que se quedaban pegados en ella.

“Arropar”.- Echar encima de la masa alguna ropa de abrigo para que mantuviera la temperatura adecuada y pudiera actuar la levadura.

Intrínquilis.- Complicaciones, dificultades, complejidad.

Portera.- Boca del horno.

Recogedor.- Útil para limpiar el horno.

Rejadilla.- Útil para sacar las hogazas una vez cocidas.

Horguínero.- Vara larga para manejar el fuego dentro del horno.

Pala.- Útil para meter en el horno la masa de las hogazas.

Maceras.- Lienzo que se ponía encima del tablero sobre el que se iban colocando las hogazas antes de meterlas al horno.

LA CAZA

La caza en La Ventosa fue una actividad intermedia entre la mera distracción y la utilidad; no se consideraba trabajo, pero era una actividad lucrativa que aportaba a la despensa de las familias de los cazadores un acopio de carne de cierta importancia. La abundancia de la caza hasta los años ochenta determinaba la actividad.



Lo llano del terreno facilitaba la caza del galgo.

Antaño fue frecuente el **cazar con galgo**; lo llano del terreno y la abundancia de liebres hacían interesante esta forma de cazar.

Otra modalidad tradicional y ejercida desde la noche de los tiempos fue la **caza con lazo**. Los laceros eran sigilosos y enigmáticos; ponían sus trampas al atardecer y muy temprano salían de casa a recoger sus presas. Siempre estuvo prohibido poner lazos, pero siempre se cazó.

Los lazos para cazar perdices u otras presas menores se hacían de las **crines** largas del rabo de mulos o caballos; se trenzaban y adquirían una notable resistencia y elasticidad. Los lazos para liebres y conejos solían ser de alambre especial que se compraba en los mercados o en las ferreterías de Soria o de Almazán.

Incluso había lazos mucho más fuertes con los que se cazaban presas mayores como zorras o jabalíes, apenas usados estos en La Ventosa.

Una forma especial de trampa era **la losilla**. Consistía en una piedra plana suficientemente pesada para atrapar al animal que entrara debajo. Se apuntalaba con unos palitos levantándola del suelo, se solía poner comida bajo la piedra y al entrar la presa a comer empujaba los palos y caía la piedra atrapándolo.

Con losilla se cazaban conejos, perdices, pájaros, palomas. Cayó en desuso mucho antes que los lazos.

La caza en su forma habitual y normal era la caza con escopeta y hasta muy última hora circunscrita a la caza menor: codornices, perdices, liebres y conejos. Últimamente ha cobrado importancia la caza de jabalíes y corzos, el término es un coto donde suelen cazar cazadores foráneos. Tradicionalmente con sólo tener permiso de armas y sacarse la licencia de caza se podía cazar, en cualquier territorio, no había cotos; abundaba la caza y los cazadores.

Las escopetas que se han usado en La Ventosa han sido de dos calibres, escopetas del doce y escopetas del dieciséis; las primeras de cartuchos más gruesos y por tanto “abrían más el tiro” facilitando el acierto; las segundas de mayor alcance. Poco a poco se han impuesto las del doce.

Oí hablar a mi padre de las “**escopetas de la Fusé**”,



Útiles del cazador: Escopeta, canana y cinto de cazador.

muy antiguas que había que cargar por la boca con ayuda de una **baqueta**, echando primero la pólvora, después un taco, a continuación los perdigones y por último otro taco de cierre.

También le oí contar que la pólvora que se usaba antaño era de muy mala calidad, que tenía poca fuerza y echaba mucho humo, la **pólvora de Fillafeliche**; debía de ser tan mala que “las liebres corrían más que los perdigones”. Incluso había un dicho que rezaba: “Eres más malo que la pólvora de Villafeliche”

Una forma bastante habitual era la **caza de espera**; el cazador esperaba camuflado y escondido a sus presas. En los **salegares** se cazaban aves (perdices, palomas, **chorlas**) que acudían a picotear la sal que habían dejado las ovejas. En **Las Peñas**, conejos, que allí había en cantidades impresionantes. En los **majadales de las tainas** se cazaban liebres al atardecer o en las noches de luna llena.

La caza era abundante y no estaba sometida a tanta reglamentación y trabas como actualmente; matar más de cincuenta codornices el día de la desveda era frecuente. Hoy por mil motivos la caza escasea y parece que va a desaparecer; matar una liebre es algo heroico; hay años en que parece que las codornices han desaparecido; no se ven pasar **palomas torcaces**; **tórtolas**, **pocas**; **palomas zuritas**, muy pocas también.

La mecanización, la presión excesiva favorecida por el automóvil, las nuevas escopetas, contaminación del medio, nuevas enfermedades, **la ciudad intrusiva** que todo lo arrasa... pueden explicar esta situación de caza depauperada.

Antaño nevaba mucho más que ahora; muchos cazadores eran muy aficionados a **cazar con nieve**; ahora está prohibido; antaño era uso frecuente. Se seguían fácilmente los rastros y se cogían las presas con facilidad, liebres o conejos. Las perdices cuando hacía mucho calor eran más vulnerables pues se **dejaban acercar** mejor y enseguida se cansaban de volar.

Todo un mundo ya pretérito y que tuvo vigencia durante muchos años y que ayudó a los pobladores de las aldeas a comer mejor y a llenar un tiempo de ocio.



La mecanización masiva está acabando con la abundancia de caza menor.

Vocabulario:

Escopeta de La Fusé.-

Un modelo de escopeta antigua de principios del siglo XX.

Baqueta.- Una vara larga que se metía por el caño de la escopeta para apretar los elementos con que se cargaba.

Villafeliche.- Pueblo de Aragón, entre Calatayud y Daroca, donde antiguamente se hacía pólvora.

Salegares.- Lugares donde sobre piedras lisas se echaba sal a las ovejas.

Chorlas.- Unas aves parecidas a las perdices, algo más gruesas, de carne blanca y algo “jasca”; eran aves de páramos cerealistas.

Majadales.- Praderizos que había alrededor de las majadas; tenían hierba fina y solían estar casi siempre verdes.



José Luís, uno de los últimos cazadores de La Ventosa en “pose de Carlos III”.

LA PESCA

La caza era cosa de hombres; la pesca, de chavales. No tuvo importancia alguna, siendo un simple pasatiempo ocasional. El río Castro, como llama a su río La Ventosa, es apenas un arroyo que drena sus tierras.

Nunca fue caudaloso, pero en la actualidad, con el proceso de desertización que se anuncia, ha ido llevando cada vez menos agua, hoy reducido a un simple arroyo que nunca llega a secarse.

Prácticamente sólo se han pescado cangrejos; eran muy abundantes en tiempos. Solían ser de tamaño reducido, seguramente debido a su cantidad, apenas llegaban a la talla reglamentaria cuando se implantó.



El caudal del río Castro es mermado en todo tiempo.

Se pescaban **a ratel**. Por las tardes del verano iba la gente desocupada, chicos, maestro, cura, gentes venidas de fuera... a pescar cangrejos. Con ayuda de una **horquilla** echaban los rateles con cebo al río, esperaban un rato. Después iban sacando uno tras otro y cogiendo los cangrejos que habían entrado.

El cebo era muy importante para el éxito de la pesca; si llevabas buen cebo cogías muchos más cangrejos. Los cangrejos son animales carnívoros, les gusta todo tipo de despojos cárnicos, pero prefieren la carne fresca.

Así el mejor cebo era carne de pájaros; especialmente bueno era el hígado y los peces del mismo río. Las tripas era un cebo mediocre y muy utilizado; **los rancios** eran un cebo malo pero como había muchos cangrejos también servían.

Una forma de pesca desde tiempos inmemoriales era pescar **a cesto**. Solían emplear este sistema los mozos cuando iban a bañarse al río en tiempo de trilla para quitarse el polvo de la mies. Ponían un cesto grande dentro del río, con los pies iban espantando a los cangrejos y peces que hubiera cerca; de esta manera se refugiaban en el cesto. Lo sacaban y estaba con el botín preciado. Después solían hacer una **merendola** regando los cangrejos con vino abundante y con jolgorio.

El río Castro a su paso por La Ventosa no tenía barbos ni truchas, los peces que se suelen pescar por estas tierras de Soria; únicamente, peces pequeños: **cabezotas**, **bermejillas** y alguna **boga**.

A partir de los años ochenta los cangrejos se murieron debido a la contaminación de las aguas o alguna enfermedad. Más tarde aparecieron cangrejos de otra raza, **cangrejo americano**, mucho más resistente, de peor carne, de aspecto más rojo. Subieron del Duero y lo han invadido todo.

El problema ecológico se ha hecho sentir de forma alarmante en la contaminación de tierras y aguas. No han quedado ranas, antes tan abundantes; se murieron los cangrejos tradicionales. El río apenas tiene agua. Los abonos y los productos químicos empleados en los campos lo están envenenando todo; no quedan manantiales en verano, no queda gente. Una desolación cargada de toneladas de cereales y de prosperidad económica.



La cacera del molino, hoy seca, antaño era abundante en cangrejos.

Glosario:

Ratel.- Un aro de hierro que tiene una red; en el centro se coloca un cebo, se mete en el río para pescar cangrejos; entran a comer los cangrejos al ratel, se saca y así quedan atrapados. El ratel tiene una larga cuerda que se ata a la orilla del río para poder sacarlo.

Horquilla.- Útil de pescador consistente en un palo largo terminado en una horquilla para manejar los rateles.

Rancios.- Recibían este nombre los restos viejos de tocino que ya no tenían utilidad para comer; solían emplearse para hacer jabón o simplemente se tiraban.

Merendola.- Forma enfática para designar las meriendas de grupo de mozos y chavales; eran reuniones muy animadas y divertidas, donde el vino, la chanza y la animación eran proverbiales.

Cabezota.- Un pez pequeño con pintas negras y cabeza recia; suele habitar el fondo de los ríos. Su carne blanca es muy delicada.

Bermejilla.- Pecesillos con irisaciones rojas; mala carne y muchas raspas, vientre abultado. No tienen importancia alguna en el terreno culinario.

Boga.- Pez más grande que las bermejas, de mala carne y muchísimas raspas. Abundaba menos en La Ventosa que los anteriores.

Cangrejo americano.- Una clase invasiva de cangrejos que ha sustituido al cangrejo autóctono; resiste mejor la contaminación y las enfermedades. Prolifera mucho y dicen que llega a salir del río en busca de comida. Tiene una carne mediocre y áspera.

Capítulo 11

Las palabras.- Donde se recuerdan una serie de palabras que fueron frecuentes en La Ventosa.

- Unas reflexiones previas.
- Palabras que me contaron José y los últimos de La Ventosa.
- “Los que iban por los pueblos y aldeas sorianas hace medio siglo”.
- Parajes del término de La Ventosa.
- Senderos y caminos.

PALABRAS DE LA VENTOSA. INTRODUCCIÓN

¿Fue primero la palabra y luego llegó el hombre o fue el hombre quien dijo la palabra primera?

Seguramente ambas afirmaciones sean ciertas y estén proclamando un enigma inquietante: el enigma del origen.

La historia más entrañable de una comunidad se ciñe a sus palabras y a lo que las palabras construyen. Desde la forma de decir hasta las palabras mismas que se dicen, o que se cantan, o que se lloran, o que se proclaman en las calles o en las alcobas, o se susurran al corazón, todo es comunidad, todo es **hombre**.



El medio rural siempre ha hablado su vida y su muerte con una dignidad y una belleza de palabras poco frecuente. Óleo de Jesús de Miguel.

El medio rural siempre ha hablado su vida, y su muerte; muchas veces a espaldas de la ortodoxia oficial y académica, pero siempre con un sabor de arcaísmo lleno de belleza y dignidad. “El habla da alas a la lengua”. **Lo que la Academia sanciona lo construye el pueblo.**

A continuación se citan una serie de palabras ya “muertas”, algunas incluso que no se encontrarán en diccionarios y que conformaron la forma de vivir de nuestras aldeas sorianas a lo largo de sus siglos de existencia.

Estas palabras y expresiones se circunscriben sobre todo a una “comarca antropológica” difícil de determinar pero que podría situarse entre la Sierra de

Inodejo al norte, el Duero al sur, las tierras del Burgo al oeste y las tierras de Soria y de Lubia hacia el sol naciente.

Se han transcrito como me las contaron José de La Ventosa y algunos viejos anteriores, que a su vez las oyeron a sus abuelos, a sus bisabuelos, a sus padres incluso. O que oyeron cantar en cantos inmemoriales transmitidos de generación en generación.

Se citan, no por orden alfabético, sino por el orden que fueron contadas, evocación espontánea de un mundo fascinante que ya no existe.

PALABRAS QUE HE OÍDO

Traiba: -Traía-. Imperfecto del verbo ‘traer’. Arcaísmo que mantiene aún la característica temporal (b) de los verbos latinos de la 1ª conjugación. Arcaísmo muy extendido por el medio rural de Castilla.

“Traiban las alforjas llenas de mendrugos de pan de molino”.

Semos: -Somos-. Forma popular del presente del verbo ‘ser’ que se ha mantenido de forma muy constante en el habla hasta los años cuarenta del siglo XX. A partir de esas fechas era propio solamente de personas incultas y poco evolucionadas.

“Los pobres to lo tenemos entre las piernas, pues semos pobres”, expresión oída a un vaquero de La Ventosa.

Carajo: Sustantivo de “fuerte” significación enfática, palabra empleada como sustantivo y como interjección. Nadie sabía qué es un carajo, pero siempre entendía la significación de frases como:

“¡Vete al carajo!” o simplemente *“¡Carajo!”*. En el habla popular la significación de estas expresiones estaban muy cerca de *“Vete a hacer hostias”*, *“¡Hostias!”*.

Puñeta: Sustantivo muy enfatizado con significación muy alejada de su uso normal inicial y académico.

“Vete a hacer puñetas”: *Mandar a alguien a “tomar pol (por el) saco”, o a “tomar pol culo”, expresiones de “urgencia” para quitarse a alguien de encima, indicando la última un cierto nivel de agresividad.*

“¡Puñetas!”: Interjección. Exclamación que indicaba novedad e incertidumbre, o algo parecido.

Lo oí contar a un hombre de La Ventosa: *“A un puñetero le preguntaron que qué es una puñeta; -No lo sé; aún no he cogido ninguna-”*

Puñetero: Adjetivo muy empleado en el lenguaje coloquial para indicar que alguien presentaba inconvenientes a una situación o proyecto.

“Mira que eres puñetero, te lo estoy diciendo y no haces caso”

Rejodido: Jodido varias veces. Expresión muy usada con una cierta carga afectiva de aprecio y de recriminación matizada al tiempo. Solían emplearla los viejos para reprender sin acritud a los niños y jóvenes. O los hombres a las mujeres. Parece que encerraba a la vez recriminación, afecto y desnivel social:

“Mira que eres rejodido, llevas un rato haciéndome la puñeta”, “No seas burra, rejodida, que ya se ha arreglao (arreglado) to (todo)”

“Pueque”: -“Puede que”-. Forma apocopada, que al final de su uso llegó a indicar nivel cultural bajo, pero que durante mucho tiempo fue “fabla” normal en estos medios rurales.

“Pueque venga el frío porque el grajo vuela bajo”. Había un refrán que rezaba: “Cuando el grajo vuela bajo, hace un frío de carajo”. “Pueque seas corto (torpe), no haces una a derechas (bien)”.

Escullar: Quitar el caldo al cocido, para hacer sopa o para dejar el agua justa. Solía decirse cuando el cocido se hacía en un puchero de barro. Normalmente se “escullaba” con ayuda de la “corbetera” (tapa o cobertera) que tenían los pucheros u ollas de barro hechas en Tajueco, muy usadas en la comarca.

“Díaquí a un rato (pronto) a comer, ya escullo el puchero”. “Esculla la olla, la güeña ha hecho mucha espuma”. Con una mano se cogía por el asa el puchero, con la otra



Se “escullaba” el puchero donde se hacía escocado para hacer sopa con el caldo.

se colocaba la tapadera en la boca del puchero dejando una pequeña abertura que permitiera colar el agua o caldo al inclinarlo hacia un lado.

Castrón: Macho de las ovejas que había sido castrado para engordarlo y sacrificarlo con las “viejas”.

“**Las viejas**”: Ovejas ya viejas, andoscas, o trasandoscas, que se apartaban del rebaño para poder cuidarlas mejor y engordarlas. Se solían sacrificar en la matanza del cerdo y así aumentar la reserva de carne de la familia. “Las viejas” de todos los vecinos del pueblo solían formar un rebaño comunal. Cada vecino cogía las suyas al atardecer cuando regresaban del campo y las atendía con esmero para poder engordarlas en poco tiempo. Si no se cuidaban de esta manera estas ovejas terminaban por morir pronto, ya que no podían seguir al rebaño, se quedan solas y eran pasto de buitres, zorras o morían de hambre.

“El tío Josezón y el Francisquillo ayer mataron cada uno dos cochinos y 5 viejas”.

Embalagar: Hacer una especie de operación quirúrgica a las ovejas consistente en atravesar el paladar del animal con una paja (**bálago**), de forma que el lagrimal de los ojos pudiera drenar a su través.

Salegar: Lugar donde se echaba sal a los animales, especialmente a las ovejas. Solían consistir los salegares en una serie de piedras grandes y planas por arriba distribuidas en un terreno llano y cómodo para que las ovejas lamieran y comieran la sal que se les echaba encima de los pedruscos.

Los salegares solían ser sitios especialmente apropiados para cazar a la espera palomas, perdices, chorlas... que solían acudir a comer la sal que dejaban las ovejas. El cazador se escondía en un chozo pequeño disimulado entre la maleza circundante, esperaba a sus presas y les disparaba.

“El tío Gregorio está haciendo un salegar en la Roza”.

La Roza: Monte carrascal de La Ventosa, muy apto para el cuidado de las ovejas.

Renovar: Cuando los corderos en primavera comenzaban a tener cuernos ya crecidos se decía que “renovaban”.

Desmongar: Cortar a los bueyes la punta de los cuernos. Despitonarlos. Solían meter a estos animales poderosos en “el potro” (artilugio de maderos fuertes) para poder cortarles los cuernos y poder manejarlos. Para los chicos siempre era un acontecimiento cuando el herrero del pueblo “desmongaba” los bueyes y vacas, o toros del pueblo.

“El Jorge, el herrero de La Ventosa, dijo ayer en la fragua que iba a desmongar los bueyes del tío Pío y la vaca del tío Segundo”.



La Roza: Monte carrascal de La Ventosa, muy apto para abejas y para la agricultura.

“**Estrecolar**”: Estercolar. Abonar las fincas con el estiércol de los animales, un abono orgánico de muy buena calidad que no esquilma la tierra y que podía llegar a mejorar la fertilidad de las fincas. La “sirle” (estiércol de oveja) y sobre todo la “palomina” (estiércol de paloma) eran especialmente buenos. Los labradores que tenían palomas y ovejas solían tener fincas feraces.

Indino: Adjetivo indicando algo parecido a “travieso” y con una cierta carga afectiva y de estima. Se solía aplicar a niños y a la chiquillería revoltosa. Una variante era “**quindino**”; en los años de 1950 ya se usaba poco, exclusivamente algunos abuelos y abuelas muy viejos.

*“No seas **indino**, trae el botijo de agua a la abuela”.*

Truje: traje, indefinido del verbo ‘traer’. Forma arcaica que se perdió ya hacia los años 1940. Una relativa permanencia se daba entre la gente inculta muy poco evolucionada.

*“**Truje** un buen burro de la feria de Berlanga; era cárdeno y algo falso”.*

Merqué: Compré. El sustantivo “**mercado**” perduró en el léxico habitual de forma constante y muy sólida, pero el verbo correspondiente desapareció ya desde antiguo. En el habla lo concreto es un criterio de fijación y vigencia.

*“**Merqué** a los gitanos un macho romo que tuvo buena pinta y malos hechos”.*

Piales: Una especie de vendas de piel de oveja adecuadamente curtidas para impermeabilizarlas y que se rodeaban en los pies. Así con unas simples abarcas podían meterse en el agua o barro y no se mojaban.

*“Al tío **Ceferino** se le rompieron los **piales** y no pudo hacer arroyo en las Tablazas”.*

Descardinar: Quitar la suciedad de la lana antes de cardarla. No solían lavar la lana en vellón ya que la mugre facilitaba el manejo a la hora de hilar y torcer la lana. Se hacía con la mano y con una especie de peines para facilitar la labor.

“La tía Eustaquia, la mujer del tío Crispín, estaba tomando el sol descardinando la lana; era una buena hilandera”.

Rastrillar: Cardar la lana con el rastrillo. Rastrillada la lana de esta manera, las hebras se desenredaban y ya se podían hilar.

“La Anastasia del tío Pío y la Teodora del tío Marcos rastrillaban la lana con decisión”.

Agramar: Labor que se realizaba para trabajar el cáñamo, consistente en machacar la paja y quitarle la parte dura. Se hacía con un instrumento llamado “agramador” o “agramadera”, instrumento consistente en dos maderos que al chocar entre sí machacaban la paja del cáñamo.

“El tío Cristóbal agramaba bien y siempre tenía buenos agramadores”.



Primanuera: Se llamaba así a un trozo del aparato digestivo de los rumiantes que se hallaba pegando al “herbero” y que conducía a la panza.

“Cuando mataban las viejas tiraban las primanueras casi siempre”.

Espadilla: Una especie de espada de madera empleada para trabajar el cáñamo.

Baticola: Un cinto de cuero que se pasaba por debajo del rabo de los mulos o burros para evitar que los “aparejos” se fueran hacia delante.

Lavativa: Se incluye esta palabra normal por empezar a ser de uso hoy técnico. En La Ventosa, no obstante, perte-



necía a la vida cotidiana ganadera y normal: se hacía un lavado del último tramo del aparato digestivo mediante irrigaciones o **lavativas** para resolver problemas de salud en seres humanos y en animales.

“La tía Claudia puso dos lavativas a la burra del tío Juanete, le vinieron como mano de santo”.

Aparejos: Todo lo que se ponía encima de las cabalgaduras para hacer más cómodo su uso: Albardas, mantas...

Morcón: Estómago de los animales; una vez lavado y embutido con “el **bodrio**”, era la morcilla más apreciada, porque además se le añadían pasas, piñones, azúcar... Era una morcilla voluminosa y redonda. Era “el buque insignia” de las morcillas.

“A los chicos les gustaba el morcón”.

Colambre: Era el conjunto de botos para transportar el vino.

“El Fitorras siempre cuidaba con esmero su colambre; era la envidia de todo el vecindario”.

Zamarro: Era el delantal de cuero que solían llevar los trabajadores, como el herrero o los segadores de hoz.

“Jorge, el herrero, siempre cuidaba su zamarro”.

Morrión: Clavija que se ponía en el extremo del eje de los carros para evitar que se salieran las ruedas. Era de hierro y se encajaba a *martillazos*. Si se salía de su sitio se tenía un accidente, se salía la rueda del carro y éste volcaba.

“El tío Juanete murió al volcar el carro; el morrión de una rueda posiblemente fue la causa” “Una vez el Carlos quitó el morrión del carro del tío Marcos, y estuvo a punto de haber una desgracia”.

Cachuelas: Cuando parían las ovejas se decía que el pastor o el amo **estaba en cachuelas**

“No puedo ir a cenar, estoy de cachuelas. Esta noche empiezan a parir las ovejas de la Roza”.

A renuevo (“Poner ovejas a renuevo”): Poner ovejas a renta a otro según un contrato determinado. Al finalizar el plazo estipulado se tenía que devolver ovejas de la misma edad y condición.

“Ya no voy pastor -decía el tío Miguelín-; he puesto mis ovejas a renuevo”.

Ahijadera: Temporada en que parían las ovejas.

“No tengo tiempo para nada, estoy de ahijadera”.

“LOS QUE VENÍAN”

Aceiteros.- A vender aceite; muchas veces se les pagaba con los huevos de las gallinas. Solían llevar el aceite en pellejos.

Pimentoneros.- Venían a vender pimentón; solían llevar unos mulos y pregonaban “*Pimentón de la Vera. Buen pimentón*”.

Cedaceros.- Iban vendiendo cedazos o arreglándolos; solían llevarlos en una larga pértiga que llevaban al hombro.

Capadores.- Expertos en capar animales, caballos, mulos, burros, cochinos, machos, toros. Solían llevar un blusón negro y anunciaban su llegada con un “chiflo” como de afilador.

Afiladores.- Afilaban cuchillos, navajas, tijeras; llevaban un carrillo especial con la piedra de afilar. Solían ser gallegos de Orense. Anunciaban su llegada con un “chiflo”; cuando se oía al afilador decían que iba a llover.

Caldereros.- Vendedores y arregladores de calderos.

Comediantes.- Iban de pueblo en pueblo haciendo comedias, “poniendo” películas de cine (a veces eróticas), era su llegada un acontecimiento en la aldea. Solían llevar cabras y perros amaestrados. Cuando llegaban a la aldea hacían un paseo por las calles tocando música de clarinete; todos los chicos del pueblo acudían. Eran gentes misteriosas y miserables.

Charlatanes.- Pregonaban a voz en grito mantas, sábanas, o lo que fuera; no solían ser muy fiables; prometían todo y todo era mediotongo. También vendían remedios milagrosos para toda clase de desdichas y enfermedades. Desde curar el cáncer a quitar verrugas.

Albarderos.- Vendían y arreglaban albardas; solían llevar entre los útiles de su oficio unas agujas larguísimas.

Sogueros.- Vendían y hacían sogas de cáñamo y de esparto.

Componedores.- Eran gentes muy cercanas a “pobres”; arreglaban de todo, cacharros de barro, cociones, terrizas, paraguas, calderas; solían ser muy guarros y llevaban una vida miserable. Solían ser de tez oscura y se les llamaba “húngaros”.

Quincalleros.- Vendedores de quincalla; iban de puerta en puerta con un cajón especial a la espalda vendiendo agujas, espejos, alfileres y toda la clase de baratijas imaginables. Eran gentes simpáticas y siempre esperadas, especialmente por las mozas.

Rastrilladores y trilleros.- Vendían rastros y trillos, y horcas de madera. Eran famosos los trilleros de **Cantalejo**. Solían llevar carros cargados de trillos y de útiles.

Tenderos.- Eran los vendedores de alimentos y frutas. Solían ser personas fijas que periódicamente iban a vender. Daban la voz de su llegada y las mujeres iban a comprar; a veces iban de puerta en puerta. **Los Molines** fueron por los años cincuenta los tenderos más famosos; llevaban un gran carro y siempre perros lobo; **el Rocamble** fue el perro más fiero de la comarca que siempre guardaba el carro del **Mateo**, **el Molín**.

Fresqueros.- Vendedores de “fresco”. Así llamaban al pescado. Había un refrán que decía: “*La fruta y el pescado, al doblado*”; indicaba los riesgos de este tipo de comercio.

Esquiladores.- Solían ir en grupos de unos pocos; esquilaba los rebaños; solían arrendar su trabajo “**a destajo**”; solía ser gente animada y conocida y que ya tenía su clientela fija.

Carboneros.- Carboneaban el monte de carrascas; solían vivir en La Roza, en chozos que ellos mismos se construían; tenían colgado el tocino a la entrada del chozo; eran habilísimos haciendo carboneras y gente muy fuerte y austera. Del pueblo de Las Fraguas solían venir muchos carboneros.

Peceros.- Vendedores de pez; era la pez necesaria para bizmar ovejas y marcarlas.

Cochineros.- Vendían cochinos pequeños para luego engordarlos durante todo el año. Solían llevar un blusón negro; se ganaban bien la vida. Los **guarros** vendían cochinos negros (ibéricos); estos cochinos llamados **guarros**, eran menos apreciados que los cochinos blancos. Decían los aldeanos que los guarros tenían mucha grasa.

Guarnicionero.- Venía al final de la primavera de Almazán para reparar las lonas de la máquina de segar. Venía con un coche negro, que a buen seguro para muchos fue el primer coche que vieron.

“El de Rioseco”.- Era un señor que vendía telas. Venía en un caballo y a ambos lados de la albarda, en grandes alforjas, iban colocadas los tubos y las tablas de tejidos con una organización increíble. Solía venir en la primavera y al final de verano, para que así las mujeres pudieran confeccionar algún vestido para la fiesta.

PARAJES DEL TÉRMINO

La aldea vive en la tierra, de la tierra y por la tierra; sus habitantes desde que nacen están unidos al **terruño** de una forma indeleble. La tierra y el alma son un “continuum”; todo está determinado por la tierra.

Desde la cuna los infantes oían en la familia el nombre de los parajes del término; de niños vivían, buscando nidos o llevando la comida o recogiendo fajos o acompañando a los mayores, aquellos lugares “lejanos” y soñados. De mayores pasaban la mayor parte de su vida trabajando en ellos. De viejos, cuando ya no podían alejarse del poblado, soñaban con los colores, con la fisonomía, con las fincas, con los abrevaderos, con las fuentes, con el cielo... de tantos rincones llenos de significado y con sabor a tierra. Las mujeres a veces llegaban a parir fuera de casa, en **Carreosonilla**, o en **La Roza**; y muchas veces se ponían de parto estando, en cualquier rincón del término, regresando precipitadamente a casa donde las madres y abuelas hacían de parteras.



Siempre la Sierra de Inodejo en lontananza.

José me entregó una lista de nombres de los parajes del término de La Ventosa; me evocan mi infancia. Como en una cuadrícula matemática, este **sistema de localización** resolvía el problema complejo de determinar con exactitud dónde se estaba y donde estaba la finca o la majada o los pastos.

Cuando se determinó la propiedad con el Catastro o se hizo la Concentración Parcelaria, el referente básico fue esta nomenclatura tradicional, antigua como la aldea misma.

Los nombres de la lista no están por orden alfabético, sino por territorios; bien es sabido que las palabras cuando se las saca del habla se convierten en cadáveres; pero siempre un cadáver es testimonio de una vida y normalmente son sagrados:

- Las Erillas
- Los Barrancos
- La Lámpara
- La Lamparilla
- La Lorza
- Los Herreros
- Los Ballicares
- La Cañada
- Matacubillo
- Carreosonilla
- Valdeláguila
- El Verdinal
- Valdeñagodo
- Cerro Carrasco
- El Palomar
- Los Pedujales
- Los Pajares
- El Hondo
- Alto El Roble
- El Canalizo
- Mojón Quemado
- Cerro Verde
- El Domadero
- Motolín
- El Vivero
- El Tallar
- Agualobos
- El Cubillo
- La Romana
- El Tovar
- Trasmajuelo
- Suertes de la Dehesa
- Las Parras
- La Carrasquilla
- Carresoria
- Cajimeno
- Cuesta del Espinar
- Cerro Pelón
- Cerro Del Avispero
- Tierras de Concejo
- Las Viñas
- La Grulla
- Los Prados
- Los Caces
- Carrenogales
- Tinturera
- La Charca
- Las Callejas
- La Torraza
- El Mojón
- La Vega
- Las Quintanas
- Cerro La Enjambre
- Los Cañamares
- Los Palomares
- Los Cabezuelos
- Los Carreteros
- Altozano
- Sauquillo



Desde el campanario se vislumbra todo el término.



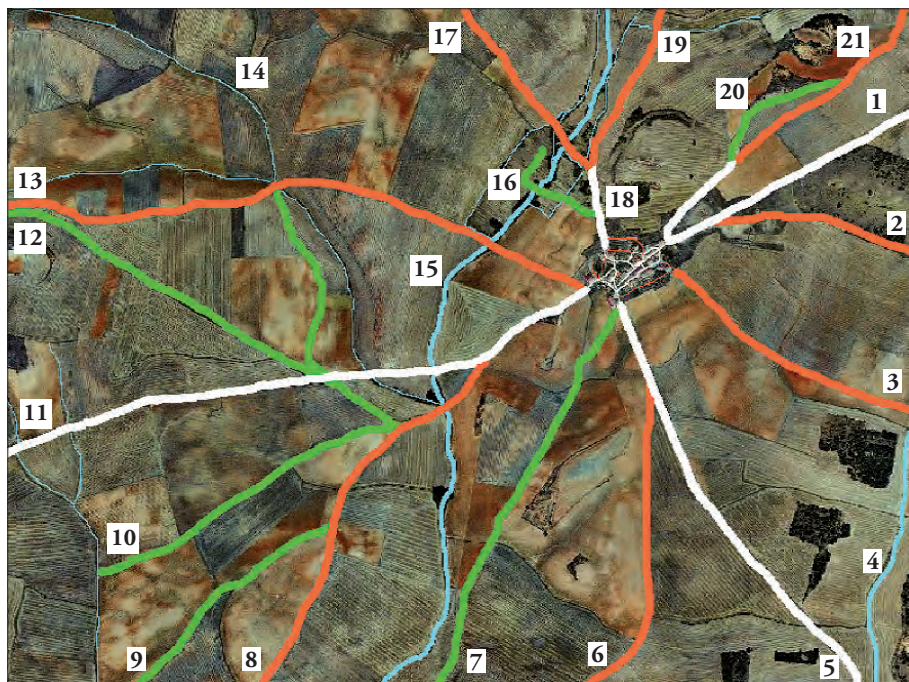
Hoy Las Viñas son tierra roturada.

- La Cuesta
- Yeromalo
- La Calera
- Alto Pericón
- Carrelamuella
- La Colada
- Cerro Las Rosas
- La Loma
- Las Peñas
- El Penacho
- La Raposera
- Canducavero
- Las Pentezuelas
- Dehesa Vieja
- Minguijón
- Revillas
- El Cuervo
- Cocorote
- Las Navazas
- Sitio Fernandillo
- Navazuelas
- Meadero Los Perros
- Cañizal
- Carrelavilla
- Vallejo El Hondo
- Los Endrinos
- El Carril
- Fuentemala
- Olmo El Carril

- Praderillas del Cuervo
- El Cantarral
- Cerro La Vaca
- Los Agromales
- Los Ladrones
- Cerro El Espejo
- El Carnero
- Molino La Jila
- Las Dehesillas
- La Cabra
- La Paloma
- Los Ijones
- El Cañizal
- La Planta
- Las Llantas
- La Cordera
- Prado La Puente
- Las Pasaderas
- El Sestil
- Gurgutera
- Recuento
- Santa Catalina
- Hoya Molina
- Zarragudo (Cerro Agudo)
- Cerro Las Fuentes
- La Asadoras
- Carreosona
- Valdebarbate
- Pico La Nariz



Todo paraje tiene su encanto.



- | | |
|--------------------------|--------------------------|
| 1.— Carresoria | 12.—Senda La Colada |
| 2.— Carreosonilla | 13.—Camino La Muela |
| 3.— Carremazán | 14.—Arroyo Los Cañamares |
| 4.— Río Erices | 15.—Río Castro |
| 5.— Carrelaseca | 16.—Camino La Vega |
| 6.— Carreosona | 17.—Camino La Barbolla |
| 7.— Senda Las Dehesillas | 18.—Carrelafuente |
| 8.— Camino La Villa | 19.—Camino La Revilla |
| 9.— Senda El Carril | 20.—Senda Cajimeno |
| 10.— Senda Las Navazas | 21.—Camino Monasterio |
| 11.— Camino Fuentelárbol | |

EPÍLOGO

Para dar fin a este viaje errático donde he presentado recuerdos, imágenes, añoranzas, anécdotas y algunas reflexiones sobre lo que fueron nuestras aldeas y sus gentes, quiero decir de forma sucinta algunas ideas sobre la aldea desde una perspectiva más amplia.

Expondré a continuación unas reflexiones sobre lo que ha supuesto la aldea en el desarrollo de la Humanidad:

– La aldea ha sido (es aún en determinadas áreas culturales y niveles de desarrollo) una forma de adaptación de la Humanidad al medio geográfico que ha hecho posible la supervivencia de la especie durante etapas milenarias.

– Las aldeas fueron lo primero, una vez que los hombres aprendieron y pudieron hacerse sedentarios; después, y muy lentamente, fue surgiendo “la ciudad”.

– Durante milenios la historia de la Humanidad ha sido una dialéctica ininterrumpida entre estos dos polos de agrupación: las aldeas y la ciudad. Las aldeas fueron el soporte y la condición para el nacimiento de la ciudad; de ahí su importancia en la estructura de culturas y de imperios.

– En las aldeas nació el “pensamiento social”; en la ciudad se fraguó la complejidad que, al andar el tiempo, haría posible el formidable desarrollo ideológico y tecnológico de los hombres.



Gaiteros tradicionales en la fiesta de la aldea. Fot. de Jesús de Miguel.

– El actual modelo de desarrollo se basa en un predominio absoluto de la ciudad sobre la aldea, hasta el punto de la desaparición de esta pieza permanente y necesaria durante muchos milenios.

Este predominio ha surgido en lo que se ha venido llamando Civilización Occidental y se ha convertido en una tendencia planetaria de alcance y de consecuencias incalculables. El futuro soñará las aldeas, se ha producido en la ciudad y “mirará” hacia el cielo.

– ¿Surgirán nuevas “aldeas” en la futura colonización del cosmos por el hombre? Se llamarán de otra manera, pero recordarán en muchos aspectos las aldeas antiguas que sirvieron de soporte de la colonización del territorio en el planeta Tierra.

– En las zonas desarrolladas se han muerto las aldeas, pero sobreviven en el alma; una nueva función está haciendo posible la supervivencia de muchas aldeas tradicionales. El ocio. La aldea que no ha desaparecido del todo se convierte en lugar de descanso y de veraneo. Es un reducto socioemocional para poder tener aún sueños.

De esta manera las aldeas podrán tener una nueva vigencia, bien matizada sin duda, pero necesaria y cierta. Pieza necesaria para equilibrar los desfases y desequilibrios psicológicos que producen las grandes aglomeraciones humanas y metrópolis.

No todas las aldeas sobrevivirán o se refundarán de nuevo; la comunicación y el enclave son condiciones de esta supervivencia. Esta afirmación se puede observar ya en el caso de las aldeas sorianas.



En Soria las aldeas se mueren, pero aún quedan las siemprevivas.



En las aldeas el hombre y su medio se confundían en una unidad que lo mantenía a salvo. Fotografía de Jesús de Miguel

